

tillo, Gaviria, Feria, Puebla de Rocamora, Algara de Gres, Vega de Anzó, Corpa, San Martín, Miranda, Corvera, Casa-Torres, Ariáñ, Montesa, Torrelaguna, Quirós, Rafal, Alonso Martínez y Valdeiglesias;

Condes de Aguilar, Guenduláin, Garay, Vilana, Mayorga, Albiz, Peñalver, Maza, Cazal, Maceda, Conquista de las Islas Batanes, viudo de Albiz, Superunda, Alto Barcilés, San Félix, Muguíro, Liniers, Ardales del Río, Sallent, Villares, Pic de Concha, Cerragería, Aguilar de Inestrillas, Peña Ramiro, Villariego, Riudoms, Villamonte, Bernar, Artaza, Campo de Alange, Romilla, Casa-Cantera, Floridablanca, Aybar, Moral de Calatrava, Belascoain y Guadiana.

Vizcondes de Eza, Val-de-Erro y Pontón;

Generales marqués de Pacheco, Bascaran, Tovar, Cavalcanti, Aznar, Sousa, Baldasano, Aguilera y conde del Grove; el primer introductor de embajadores, don Emilio de Heredia; el agregado militar a la Embajada de Italia, comandante Marsengo; el primer secretario de la Legación de Cuba, señor Pichardo; el segundo secretario de la Legación de la Argentina, señor Chiappe, y el segundo secretario de la Embajada de Rusia, barón de Meyendorff.

Los señores Vázquez de Mella, Hoyos (D. A.), Llanos y Torriglia, Méndez Vigo, Amado, Retortillo (don Alfonso), Torres (don Emilio María), Torres (don José Luis), Baeza, Agrela (don Mariano), Dorado, Núñez Samper, Gordon Wardhouse, Lázaro Galdiano, Benlliure (don Mariano), Moya (don Miguel), Santos y Fernández Laza, Santos Cía, Pérez del Pulgar, Herrera (D. A.), Barsi, Tolosa Latour, Retortillo y Macpherson, Baüer, Cavestany, Rodríguez Escalera, Vázquez de Zafra, Castro (don Cristóbal), Diaz Agero (don Pedro), Moreno Carbonero, García Mojinas, Pérez de Guzmán y Gallo, Montojo (don Juan), Potestad (don Fabricio), Baldasano (don Arturo), Castillo y Soriano;

Royo Villanova (don Antonio), Lara (don Cándido), Martínez Abades, González Alvarez, Zubiaurre (D. y R.), Alcalá Galiano (don Alvaro y don Juan), Alonso Martínez (don Manuel y don José), Peñalver (don Federico), Nardiz, Ramírez de Haro, Muñoz Cobos (don Enrique), Repullés (don Enrique María), Lastra, Roca de Togores (don Pedro), Bosch (don Pablo), Bernaldo de Quirós (don Ramón), Moral (don Manuel), Sarthou (don Rafael), Bertrán de Lis (don Ignacio), Manuel de Villena (don Rafael), Pulido, Corradi, Físcowich, Gil Delgado, Castro (D. A.), Sabas Muniesa, Allendesalazar (don Andrés y don Ramón), Travesedo (D. F.), Serrano (don Leopoldo), Liniers, Campuzano, Halphen, Padilla, Semprún, Jenquel, y muchos más.



A las cuatro y cinco llegó el cortejo al Asilo de Jesús de San Martín, en cuya cripta recibió sepultura el cadáver de la marquesa, según ella dejó dispuesto.

La Real orden autorizando el enterramiento en el Asilo, decía así en su párrafo principal:

•Teniendo en cuenta que las excelsas cualidades de la finada, cuyo nombre figuró siempre a la cabeza de toda empresa noble, patriótica y caritativa—por lo

cual, si fué venerada en vida, hoy es sinceramente llorada en toda España—la hacen merecedora a que se acceda a su voluntad».

Y allí quedó el cadáver de la marquesa, de esta marquesa de Squilache que no tuvo hijos y que fué, sin embargo, madre de tantos necesitados.

En el Cielo estará.







Señorita Pilar del Arco y Cubas, condesa del Vado, hija de la condesa viuda de Arcentales.

(Fot. Kaulak.)

## La Srta. de Arcentales y el conde del Vado.

**S**E ha celebrado esta mañana en la iglesia del Asilo del Sagrado Corazón, adornada profusamente con plantas y flores, el enlace de la encantadora señorita Pilar del Arco y Cubas, hija de la condesa viuda de Arcentales, con el joven conde del Vado, hijo de los condes de Guendulain.

La hermosura de la novia era realzada por sus galas de desposada; su vestido de seda blanca, su albo velo, sus encajes antiguos y sus guirnaldas de azahar enmarcaban lindamente aquella figura juvenil, aureolada por la emoción.

El novio vestía el uniforme de la Orden de Malta, destacando sobre él la llave de gentilhomme.

Bendijo la unión—amenizada por una brillante orquesta, que ejecutó un selecto programa—el nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonesi; fueron padrinos la condesa viuda de Arcentales y el conde de Guendulain, y firmaron como testigos—luciendo todos ellos uniformes—el duque de Zaragoza, los marqueses de Aldama y Quirós, los condes de Arcentales, Eril, Fresno, Real Piedad y Plasencia; el secretario particular de S. M. el Rey, don Emilio María de Torres, y don Ramón de Ussia.

La concurrencia fué muy numerosa y distinguida. Entre otras damas figuraban en ella las duquesas de Zaragoza y viuda de Arévalo del Rey, las marquesas de la Mina, Argelita, Santa Cristina,

Amboage, Aldama, Peñafuente, Quirós, Vadillo, Torrelaguna, Castellfuerte y viudas de Martorell y Aldama; condesas de Guendulain, Plasencia, Fresno, Real Piedad y Torrecilla de Cameros; vizcondesas de la Alborada y Roda, señoras y señoritas de Jordán de Urrés, Torres, Miláns del Bosch, Gabaldá, González de Castejón, Padura, Semprún, Bargés, Azara, Méndez de Vigo, Ussía, Molíns, La Cierva, Alonso Castrillo, Arco, Cánovas y algunas más.

En la sala de visitas del Asilo fué servido un *lunch*.

Los nuevos condes del Vado, que recibieron muchas felicitaciones y cariñosos deseos de perdurable felicidad, salieron esta noche para Zaragoza, donde pasarán los primeros días de su luna de miel.

Con motivo de su enlace han repartido entre sus amigos lindas cajas de dulces de Hidalgo.



La elegante residencia de la condesa viuda de Arcentales, en la calle de Almagro, se vió muy visitada días antes por la sociedad madrileña, para admirar la magnífica canastilla de boda de la linda novia.

Madre rumbosa, la condesa viuda de Arcentales ha hecho a su hija un equipo verdaderamente espléndido, en el que han colaborado casas de las más importantes de Madrid. La vista se pierde entre aquellas blancas cascadas de batistas y encajes, avaloradas con artísticos bordados.

Los distintos salones de la planta baja del hotel estaban convertidos en magnífica exposición de valiosas joyas, objetos de orfebrería, porcelanas, bandejas y otros regalos, ofrecidos por sus amigos a la encantadora señorita de Arcentales. Muchos de ellos los firman joyeros tan importantes como Díaz, Mellerio y Sanz.

Sería difícil tarea reseñar todos los regalos expuestos, pues ascienden a más de 300 los recibidos, todos ellos dignos de mención.

La condesa viuda de Arcentales ha regalado a su hija, además del *trousseau*, que es soberbio, un rico velo de encaje, una preciosa mantilla negra, una *rivière* con *pendantiff* de brillantes y pendientes de brillantes.

Los condes de Guendulain regalan a su futura hija un reloj antiguo, con miniatura de esmalte y brillantes, y un abanico antiguo.

El conde del Vado, a su prometida, un *pendantiff* de brillantes con esmeralda y perlas, y un abanico antiguo, además del elegante vestido blanco de novia, adornado con encajes, y otro magnífico traje negro.

De sus hermanos ha recibido la novia un regalo práctico: un automóvil.

Entre los regalos de familia a la señorita del Arco figuran los siguientes:

De la marquesa viuda de Aldama, un collar de perlas y brillantes; marqueses de Aldama, un centro de mesa y unos candelabros de plata; don José Luis Ussía, juego de té y café, con doce tazas de plata; don Jesús Ussía, juego de tocador, de plata; don Ramón Ussía, pulsera con esmeralda y brillantes; señoritas del Arco,

pulsera de platino y brillantes; señora viuda del Arco, una bandeja de plata; señores del Arco (don Eugenio), marco de retrato de madera tallada y bronce; señores del Arco (don Javier), bandeja de plata repujada; señores de Cabello, jarroncito de plata; señores de Miláns del Bosch (don Jaime), cuatro preciosas bandejas de plata repujada, con los escudos de los cuatro apellidos de los novios, y de los señores de Villapadierna, juego de helado, de plata y cristal.

De la familia del novio ha recibido la condesa del Vado los siguientes regalos:

De los duques de Zaragoza y condes de Eril, un abanico antiguo, con paisaje en pergamino; marqueses de Santa Cristina, una lámpara de bronce, y de los condes de la Real Piedad, imperdible de zafiros y brillantes.

Al conde del Vado ha regalado su prometida una botonadura de brillantes.

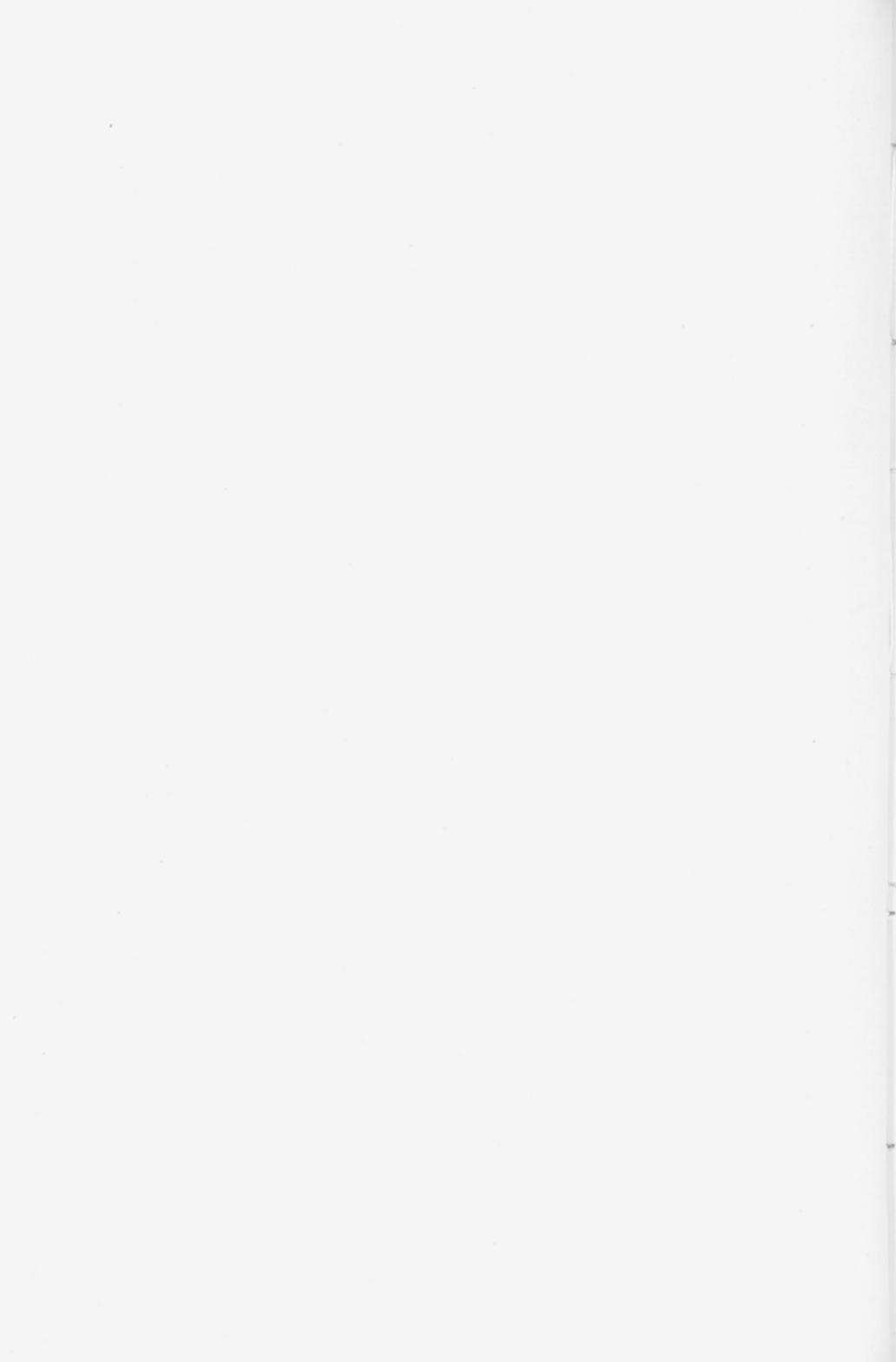
La madre de la novia regala a su futuro hijo político otra botonadura con perlas y brillantes.

También ha recibida el novio los siguientes regalos de familia:

De la marquesa viuda de Guirior, caja de cristal y plata para sellos; condes de la Real Piedad, caja con cubiertos de postre; marqués de Quirós, escritorio de plata; marquesa viuda de Benameji, artística jarra de plata; marquesa viuda del Valle de la Reina, una bandeja y seis vasos de plata antigua; duques de Zaragoza, una maleta de viaje, y marquesa de Campo-Sagrado, caja con cubiertos de plata.

La familia de la novia ha hecho a su futuro pariente los siguientes regalos:

Don Ramón de Ussía, un alfiler de corbata con zafiros; señores de Ussía (don Jesús), un alfiler de zafiros y brillantes; señora marquesa viuda de Aldama, unos gemelos de zafiros; señores de Miláns del Bosch (don Jaime), una pitillera de esmalte azul; señores Ussía (don José Luis), un alfiler de corbata, con rubies; marqueses de Aldama, un alfiler de corbata, con brillantes, y señoritas del Arco, un alfiler de corbata.



JUNIO - 1915







Señora doña Concepción Dahlander de Gimeno.

## En casa de los señores de Gimeno.

L ilustre ex ministro de Instrucción pública y de Marina doctor don Amalio Gimeno y su bellissima esposa gustan de sentar a su mesa, y siempre dentro de la mayor intimidad, a un reducido número de sus amigos; y anoche, en aquel comedor donde brilla la plata repujada y en el que gran cantidad de rosas soberanas de Valencia y de Murcia abrían sus hojas dentro de los centros argentados que descansaban sobre el albo mantel, se celebró una de estas comidas, que tan grato placer producen por la amabilidad que las preside, por la intimidad que en ellas reina, por el afecto y el cariño que sobresale en todo instante y porque al final suelen tener una encantadora nota de arte.

Sentáronse anoche a aquella mesa, adornada de rosas, que no sólo nacían en los centros de plata, sino que se extendían en guirnaldas como naciendo de los calados de la mantelería, además de los señores de Gimeno, el ex senador señor Sarthou, su señora y su hija la marquesita de Selva Alegre; la marquesa de Peñafiel, los señores de Girona—un joven matrimonio que pasa una temporada en Madrid—y el ilustre ex ministro de Instrucción pública y eminente doctor don Carlos María Cortezo. Todos íntimos de los amables dueños de la casa.

Y entre aquella intimidad deliciosa y sincera, entre aquella amistad nacida, en los hombres, en sus tiempos mozos de estudian-

tes, cuando aún no soñaron ellos con llegar a las más altas cumbres de la vida, se deslizó una conversación amenísima, ingeniosa, anecdótica, en la que los destellos del ingenio y del talento salpicaron felizmente el animado charlar de los comensales.

El *menú* fué el siguiente:

Consommé a la Sevigné.  
Salmón a la Robert.  
Solomillo Chateaubriand.  
Pechugas rellenas.  
Pollos de Bayona, asados.  
Ensalada rusa.  
Bizcocho helado de avellana.  
Pastel de frutas.  
Chester cake.  
Postres.

Después... después que en el despacho del que en la política llegó a ministro y había llegado antes en la ciencia médica a ser insignie, se sirvió el café y se fumaron los cigarrros, hubo el verdadero manjar de la noche: el arte exquisito, admirable, la voz maravillosa de la señora de Gimeno, a la que tantas veces hemos aplaudido con fervor y admirado con entusiasmo en la regia escena del teatro Real. La señora de don Amalio Gimeno. ¿No la recordáis acaso? Quizás por señora de Gimeno no veréis más que su belleza valenciana, su porte distinguido, su tipo español. Pero la señora de Gimeno se llama Concepción Dahlander, y a Concha Dahlander— como la llamaban sus amigos—, mantenedora gallarda de la estirpe española en la escena extranjerizada del Real, la hemos admirado, festejado, aplaudido. Hoy, mejor de voz que nunca, más encantador que siempre su timbre, el placer de admirarla, la delicia de oirla, se queda tan sólo para sus amistades, para los que se congregan en su elegante casa de la calle de la Lealtad, en aquel saloncito tapizado de claras sederías, en uno de cuyos ángulos, sobre esbelta columna, se alza un busto en mármol de la dama, cincelado por el gran Benlliure.

Allí la oímos anoche entonar con su maestría y su arte el delicioso *Etude latin*, primeramente; luego, con una soñadora media voz, llena de misterio y de encanto, cantó la difícilísima *Romanza*, de Hann; más tarde, *Los granaderos*, de Schumann, con letra de

Heine, hallaron en Concha Dahlander o en la señora de Gimeno— como queráis—la intérprete dichosa que acierta en la expresión, en la voz, en el sentimiento, en el vigor.

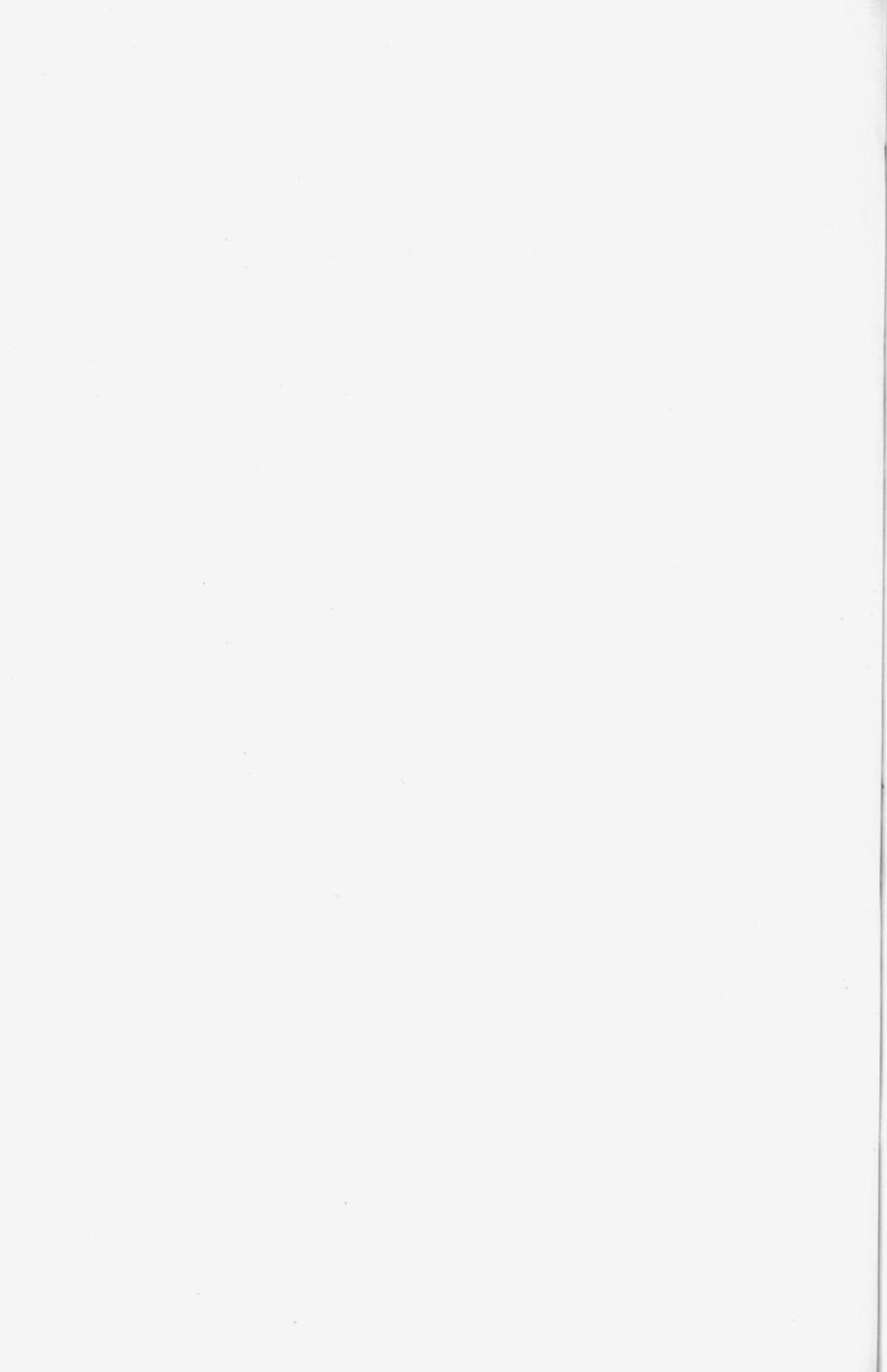
Intimamente también se ovacionó a la gran artista. Nos acordábamos de aquellos otros años en los que la ovación era estruendosa en la sala del regio coliseo, en los grandes teatros extranjeros, y recitábamos con el poeta:

«¡Esos no volverán!»

No volverán porque la señora de Gimeno se retiró del arte públicamente para consagrarse a su hogar. Pero nosotros somos aún afortunados. La hemos oído anoche; la oímos de vez en cuando; la seguiremos oyendo, si Dios quiere. Y es tal su voz y es tal su arte, que calculamos nosotros que cuando don Amalio Gimeno es ministro y llegue a su casa fatigado por uno de esos días de labor ardua en el ministerio y en las Cámaras, para recrearse el espíritu rogará a su cariñosa compañera.

—Conchita, canta.

Y al escucharla le desaparecerán todos los quebrantos.







El barón del Castillo de Chirel.

(Fot. Franzen.)

## El barón del Castillo de Chirel.

**L**A ilustre familia de los Castillo de Chirel sufre hoy de nuevo un rudo golpe. El ilustre jefe de ella, el hombre honrado, perfecto caballero, ciudadano ejemplar, para el que su hogar era un santuario y un culto la amistad, ha muerto ayer, produciendo la noticia tristísima la misma desconsoladora sorpresa en cuantos la iban conociendo.

La dolorosa nueva ha sido recibida en la sociedad aristocrática con profundo dolor. En los salones madrileños la familia Chirel goza de bien conquistados respetos y de bien merecidas simpatías, y a sus duelos hoy—como antes a sus alegrías—únense todos por natural impulso del cariño.

Fué su casa, ese lindo hotel de la calle de Ayala, un modelo de hogares cristianos, en el que siempre reinó el amor y, por muchos años, la dicha; fueron sus salones teatro de fiestas brillantísimas, a las que acudía lo más florido de Madrid, y fueron, sobre todo, casa y fiestas, por amabilidad exquisita de los barones del Castillo de Chirel y de sus hijos, verdaderos ejemplos de lo que es un hogar español nacido al amparo de todo sentimiento de nobleza y de religión. Por eso esta casa, estos salones tan castizamente españoles, eran nota brillante en la vida madrileña, a los que correspondía el honor de inaugurar la *season* aristocrática. Ya se sabía. El día de San Carlos y el del Patrocinio de Nuestra Señora, en los salones

de la calle de Ayala se reunía *todo Madrid* para felicitar al matrimonio ilustre, que ni un año dejó de abrirlos a la amistad, y a aquellos salones, en homenaje a la baronesa, iban las primeras flores de la temporada elegante.

Pero hoy la casa alegre, dichosa y feliz de la calle de Ayala está triste y cerrada. Dentro de un mes se cumplirá el primer año de la muerte de una de las hijas de los barones del Castillo, Magdalena Frígola, señora de Muguero, arrebatada a su vivir de un modo rápido, dejando en la mayor desolación a su viudo, a sus padres, a sus hijos; hace tres meses nada más que la muerte segó súbitamente otra vida de aquella Casa, la de la joven condesa de la Ventosa, Pilar Frígola, abriendo más aún la herida del sufrimiento; y ayer, como nuevo golpazo del Destino, falleció también el esposo modelo, el padre amantísimo, el propio barón del Castillo de Chirel, sumiendo en la más terrible amargura a todos los suyos, que adoraban en él, porque no en balde poseía las excelsas cualidades de caballero, de honradez y de lealtad.

Hijo de aquel barón de Cortes, que fué escritor, y periodista, y autor dramático, y director de la *Gaceta*, y hombre de un buen humor excelente y de unas ocurrencias felices, tuvo, como su padre, afición decidida al periodismo, y allá en los tiempos mozos de su juventud, cuando también sentía ardores por esta profesión nuestra, que si tiene momentos agradables tiene otros muchos dolorosos, el barón del Castillo de Chirel, en aquel tiempo Carlos Frígola, ocupaba frecuentemente con el actual ministro de Instrucción pública, conde de Esteban Collantes, entonces Saturnino Collantes nada más, y con otros compañeros la clásica tribuna de la Prensa en el Congreso, y allí escribía sus cuartillas, que eran luego lucidas crónicas parlamentarias.

¡Cuántos recuerdos van desapareciendo ya!

Muchos años reinó la felicidad en la noble casa. Desde hace uno la Desgracia impera con doloroso y triste dominio. Y nosotros, que vimos aquel hogar dichoso donde los padres se miraban en sus hijos, en el que los hijos adoraban en sus padres, sin un disgusto, sin una contrariedad; nosotros, que asistimos a sus fiestas, a sus verbenas, a sus bailes, a las bodas de las señoritas de Frígola... y vemos hoy llorar a todos por los duros golpes de la Muerte, nos unimos since-

ramente a su dolor, y para la ilustre baronesa del Castillo de Chirel y para sus hijos todos va la sentida expresión de nuestro duelo.



La conducción del cadáver del barón del Castillo de Chirel al cementerio de la Sacramental de San Isidro, verificada esta tarde, ha constituido una gran manifestación de duelo, a la que se han asociado personas de todos los partidos y los innumerables amigos del ilustre finado.

El féretro, de caoba con herrajes de plata, fué bajado en hombros de los hijos políticos del barón, y colocado en una lujosa carroza-estufa, tirada por seis caballos empenachados. Sobre la tapa del féretro aparecían el birrete y la espada de la Orden militar de Montesa, a que el finado pertenecía.

A la hora fijada púsose la comitiva en marcha, precedida por el clero de la parroquia de la Concepción, con cruz alzada y cantores.

A los lados del coche mortuario marchaban porteros del Senado, del Banco Español de Crédito y del Banco Hipotecario, con velas encendidas. Detrás iban varias religiosas y criados de la Casa.

Presidieron el duelo el ayudante del Rey, marqués de la Ribera, en representación de S. M.; el mayordomo de semana don Juan Romero Araoz, por la infanta doña Isabel; el marqués de la Mesa de Asta, por los infantes don Carlos y doña Luisa, y el capitán señor Pulido, por el infante don Fernando.

Las demás personas reales se asociaron igualmente al duelo, enviando su pésame a la familia.

La representación oficial estaba constituida por el presidente del Consejo, señor Dato; los ministros de la Gobernación, Guerra, Fomento e Instrucción pública; el vicepresidente de la Alta Cámara marqués de Portago, el presidente del Consejo de administración del Banco Español de Crédito, marqués de Alhucemas, y el gobernador del Banco Hipotecario, don Francisco de Laiglesia.

Por último, formaban la presidencia de la familia el capellán de la Casa, señor Humanes; los hijos políticos del finado, don Carlos Hurtado de Amézaga, don Francisco Muguíro, don Manuel de Cendra, el marqués de Zugasti y el conde de la Ventosa; hermano político, marqués del Salar, y hermanos condes de Muguíro y Alto Barcilés.

En la numerosa concurrencia figuraban, entre otros, el ex presidente del Consejo don Antonio Maura, capitán general marqués de Estella, ex ministros señores Cierva, Sánchez de Toca, marqués de Figueroa y Urzáiz, presidente del Consejo de Estado, duque de Mandas; subsecretarios de Estado, señor Ferraz, e Instrucción pública, señor Silveira; director de Correos y Telégrafos, señor Ortuño; una Comisión de la Alta Cámara, compuesta por el duque de Seo de Urgel, marqueses de Santa María de Silveira y Alella, condes de Albos, Peñalver, Vilches y Bernar, y señores Santos y Fernández Laza, Vázquez de Zafra, Lara, Alvarez Guijarro y Zavala (don Martín); generales marqués de Pacheco, Bascaran y Primo de Rivera (D. M.); gobernador, señor Sanz y Escartín; alcalde, señor Prast; presidente de la

Audiencia provincial, señor Ortega Morejón; comisario Regio de Seguros, conde de San Luis, y otras personas del elemento oficial.

También concurrieron los duques de Montellano, Béjar, Infantado, Sotomayor, Torres, Lécera, Zaragoza, Tovar, Bivona, Medina de las Torres, Aliaga, Baena, Alburquerque, Santa Lucía, Veragua y San Fernando; marqueses de la Torrecilla, Mina, Romana, Canillejas, Toca, Encinares, Alonso Martínez, Cortina, Martorell, Pidal, Olivares, Corvera, Riscal, Santa Cristina, Berna, Ugena, Auñencia, San Vicente, Castromonte, Rafal, Zarco, Someruelos, Torneros, Cayo del Rey, Valdueza, Peñafuente, Arcos, Donadio, Ibarra, Miranda, Santo Domingo, Villamediana, Acha, Miravalles, Vega Inclán, Scala, Vivel, Villatoya, Jura Real, Navamorcuende, Fontalba, Altamira, Portago y Valdeiglesias; condes de Guendulain, viudo de Guadiana, Garay, Corzana, Almenas, Sepúlveda, Cerragería, Paredes de Nava, Cedillo, Liniers, Agüera, Heredia-Spinola, Caudilla, San Félix, Artaza, Revilla-Gigedo, Scláfaní, viudo de Albiz, Finat, Casal, Aguilar, Almodóvar, Villamonte, Fuenclara, Romillo, Limpías, Aguilar de Inestrillas, Villariezo, Adanero, Maluque, Valmaseda, Sástago, Maza y Oliva, y vizcondes de Eza, Pontón y Bellver.

Se hallaban asimismo los señores Coello (don Alonso), Rózpide, Silvela (D. M.), Pérez de Guzmán, Rosales (D. M.), Gil Delgado, Liniers, Rolland, Hurtado de Amézaga, Quiñones de León, Silvela (D. T.), Espada, Cañal, Semprún, Pastor, Escalera, Gordon Wardhouse, Bäuer, Gil Lozano, Palacios, Bermúdez de Castro, Alcalá Galiano, Florit, Llanos y Torriglia, Moreno Carbonero, Lastra, Travesedo (D. F.), González Hontoria, Allendesalazar (A. y R.), Campuzano, Weyler (D. F.), Roca, Fernández Fuentes, Cobián (D. J. J.), Montojo (J. y F.), Azuela, Rubio, Solsona, García Loygorri, Caro, Elorriaga, Bernar, Botella, Landecho, Roca de Togores, Quiroga, Sanchiz, Ossorio y Gallardo, Reynot, Beruete, Patiño, Padilla (D. A.), Santa Cruz, Muguiro, Alcázar, Alonso, (D. J.), Cavestany (D. J.), y otros muchos.

Cerraban la comitiva las carrozas del Senado y los coches de los representantes de la real familia.

## El duque de Medina - Sidonia.

 EN la larga y triste serie de desgracias que en estos días nos ha afligido, ha de registrar hoy la crónica necrológica tres pérdidas verdaderamente sensibles: la de un insigne escritor y religioso, la de un hacendista eminente y la de un ilustre prócer, representante de una de las más antiguas Casas de la Nobleza española, a cuyas ilustraciones van unidos los recuerdos de muchas gloriosas páginas de la Historia de España.

Era éste el Grande de España don Joaquín Alvarez de Toledo y Caro, décimonoveno duque de Medina-Sidonia, marqués de Villafranca del Bierzo, de los Vélez y de Molina; conde de Niebla, gentilhombre de cámara de S. M. el Rey, con ejercicio y servidumbre; caballero maestrante de Valencia, y gran cruz de la Orden de Carlos III.

La muerte del distinguido prócer ha producido dolorosa sorpresa en la sociedad de Madrid, pues ayer se encontraba perfectamente de salud. Por la tarde estaba vistiéndose para asistir al entierro del barón del Castillo de Chirel, cuando se sintió indispuerto. Poco después falleció, víctima de una lesión cardíaca, rodeado de su esposa y de sus hijos, habiendo podido recibir los auxilios espirituales.

El finado había nacido en esta corte el 28 de Diciembre de 1865, siendo el hijo menor del XVIII duque de Medina-Sidonia, mayordomo que fué de Palacio, y de su prima hermana doña Rosario Caro

y Alvarez de Toledo, de la ilustre familia de los marqueses de la Romana.

En su juventud, por cesión de su padre en 1862, llevó el título de marqués de Molina, creado en 1535, cuando su hermano don Alonso, primogénito de la Casa, llevaba el de conde de Niebla. Muerto éste, le sucedió en todos sus derechos.

Al morir en 1901 su ilustre padre, heredó, con el título de duque de Medina-Sidonia y todos los demás de la Casa, la jefatura de esta ilustre familia, una de las más antiguas, como hemos dicho, de la Nobleza española.

No es ocasión ésta de recordar, ni el espacio nos lo permite, las ilustraciones famosas de tan gran familia, que era ahora la que llevaba en primer término, con la de los marqueses de Martorell y la de Xiquena, el glorioso apellido de Alvarez de Toledo. Baste recordar, como principal ejecutoria, que uno de sus miembros insignes fué don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, el héroe de Tarifa, que sacrificó a su propio hijo en holocausto de la Patria. Otros muchos miembros ilustres llevaron a la Casa, por entronques y aun por alianzas reales, otros títulos famosos.

El marquesado de Villafranca, título de la Casa en la que luego vinieron a recaer los de la gran Casa de Medina-Sidonia, famosa un tiempo por sus extensos estados, fué creado por los Reyes Católicos.

El duque que acaba de fallecer casó en Madrid el 10 de Abril de 1893 con su prima hermana doña Rosalia Caro y Caro, hija menor de don Carlos, conde de Caltavuturo, y de su prima doña María de la Encarnación Caro.

Hijos del difunto duque son don Joaquín, joven de veintiún años, heredero de los títulos; don Alonso y don José Joaquín, nacidos en San Sebastián, y doña María del Rosario, nacida en Torrente (Valencia), que cuenta catorce años de edad.

Hermanas del duque de Medina-Sidonia son doña María, condesa de Aderno, casada con don Hortuño de Ezpeleta, duque de Castrotorreño, que residen en Francia, y doña Inés, marquesa de Cazaza, casada con don Fernando Ramírez de Haro y Patiño, conde de Villariego.

Viuda del hermano mayor es doña María de la Trinidad Caballero y Muguero, hija del marqués de Somosancho, y parientes muy

cercanos del difunto los marqueses de la Romana y Martorell, conde de Peña-Ramiro y de Scláfani, duquesa viuda de Sotomayor, conde de la Ventosa, marqueses de Villanueva de Valdueza y de Villamayor, marquesa de la Mina, duque de Bivona y marqués de San Felices de Aragón.

Descanse en paz el ilustre prócer, y reciban su viuda, sus hijos, hermanos y demás familia, a cuyo duelo nos asociamos, la expresión de nuestro dolor.



Esta tarde, a las cinco, se ha verificado el entierro del distinguido prócer, constituyendo el acto una sentida manifestación de duelo.

El cadáver, encerrado en severo féretro de ébano con herrajes de plata, fué bajado a hombros de personas de la familia y colocado en una carroza tirada por seis caballos.

Precedía a ésta el clero de la parroquia de la Concepción, con cruz alzada, y rodeaban el coche fúnebre hermanas de la Caridad.

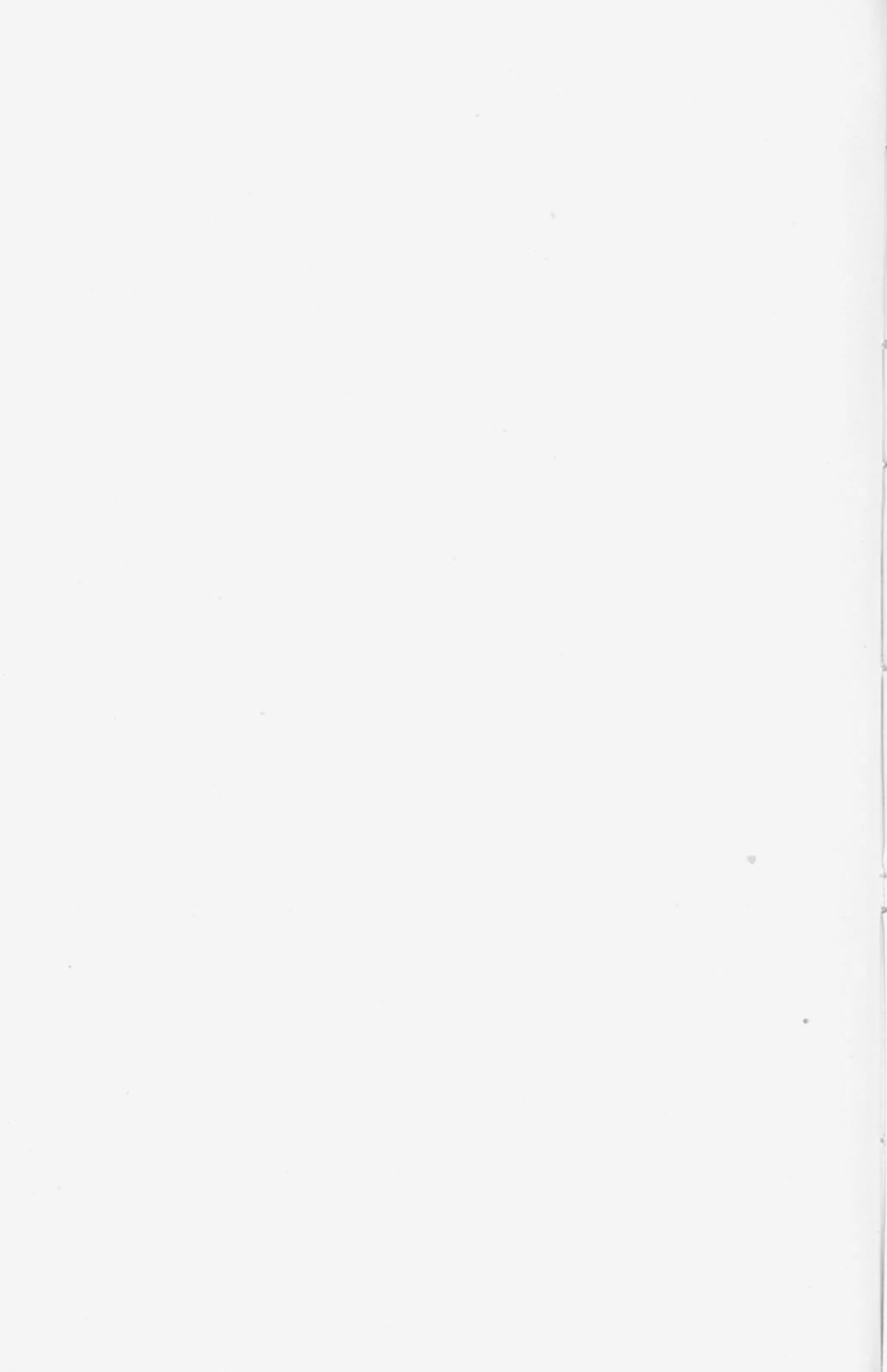
A continuación marchaban dos presidencias del duelo, formando la primera el marqués de Bayamo, en representación de S. M. el Rey; el duque de Tetuán, por la Reina Doña María Cristina; el conde de Artaza, por la infanta doña Isabel; el marqués de la Mesa de Asta, por el infante don Carlos; el capitán Pulido, por el infante don Fernando, y el señor Romero Araoz, por el infante don Alfonso.

La presidencia de la familia la constituían el duque de Sueca, los marqueses de Martorell y de la Romana y el conde de Peña-Ramiro.

Seguía una numerosa y distinguida concurrencia, de la que formaban parte el presidente del Consejo de Estado, duque de Mandas; el ex ministro señor Gasset, el director general de Seguridad, señor Méndez Alanís; los duques de Medinaceli, Tamames, Zaragoza, Tovar, Infantado, Bailén, de las Torres, Vistahermosa, Sotomayor, Montellano y Léceza; príncipe Pio de Saboya, marqueses de la Torreçilla, Mina, Villatoya, Valdueza, Castromonte, Salar, Santo Domingo, Someruelos, Zugastí, Arenal, Portugalete, Cenía, Ariany, Zarco, Portago, Pons, Velada, Canillejas, Rocamora, Rafal, Villamayor, Camarasa, Piedras Albas, Valdefuentes, Pidal, Arcos, Miranda, Riscal, Herrera, Cayo del Rey, Corvera, San Dionis, Zahara, Bay y Valdeiglesias;

Condes de Aybar, Romilla, Caudilla, Torrubia, Villamarciel, Almodóvar, Villaverde la Alta, Cerragería, Torrejón, Oliva, Revilla-Gigedo, Sallent, Clavijo, Torre-Arias, Scláfani, Heredia-Spinóla, Bilbao, Monterrón, Villamonte, San Félix, Aguilar de Inestillas, Montefuerte, Adanero, Albiz, Guendulain, Almenas, Serramagna, viudo de Albiz, Sástago y Campo de Alange; vizconde del Pontón, y señores Quiñones de León, Peñalver (don Federico), Méndez Vigo (R. y J.), Propper (don Eduardo), Gordon Wardhouse, general Madariaga, Urrutia, Roca de Togores (don Mariano), Alcalá Galiano (don Alvaro) y otros muchos.

El cadáver del duque recibió sepultura en el cementerio de la Sacramental de San Isidro.



## En el palacio de Viana.

 El caballero mayor de S. M. y la marquesa de Viana recibieron anteayer el honor de que los Reyes se sentaran a su mesa, y correspondiendo con la esplendidez de los grandes señores a la augusta distinción, invitaron hasta treinta comensales de lo más ilustre de la sociedad aristocrática y adornaron el histórico palacio de los Rivas con profusión de plantas y de flores.

La comida, suntuosa y perfectamente servida, como es costumbre en aquella casa, se celebró en el gran salón de Carlos IV, evocador de los regios esplendores del palacio de El Pardo.

Su Majestad el Rey tenía a su derecha a S. A. la princesa de Salm-Salm, príncipe Raniero de Borbón, duquesa de Santo Mauro, duque de San Pedro, condesa de Gavia, don José Santos Suárez y marquesa del Riscal, y a su izquierda a la marquesa de Viana, marqués de la Torrecilla, duquesa de Montellano, duque de Medinaceli, condesa del Rincón, señor Hurtado de Amézaga y mayordomo de semana señor Careaga.

Su Majestad la Reina tenía a su derecha a S. A. el infante don Alfonso, duquesa de San Carlos, duque de Santo Mauro, duquesa de Arión, conde de Gavia, señora de Santos Suárez y marqués del Riscal, y a su izquierda al marqués de Viana, S. A. la infanta doña Beatriz, duque de Montellano, duquesa de Medinaceli, conde del Rincón, señora de Hurtado de Amézaga y señor Quiñones de León.

El café y los licores se sirvieron en uno de los patios, convertido en magnífico *hall*. Grandes palmeras y macizos de rosas, mesas antiguas y orientales tapices extendidos sobre el pavimento, completaban la decoración.

Cuando SS. MM. y AA., seguidos de los demás comensales, hicieron su entrada en los salones del piso principal, ya aguardaban allí los demás invitados.

Los *tziganes* de Boldi, en la tribuna del gran salón, espléndidamente iluminado, ejecutaban las obras más notables de su variado repertorio.

Entre otras personas, se hallaban allí: los duques de la Unión de Cuba, los marqueses de Tenorio, hermanos de los dueños de la casa; la señorita de Santo Mauro, los señores de Beistegui, el príncipe Pío de Saboya y su hija la marquesa de Almonacid, los marqueses de Santo Domingo, la señorita de Hurtado de Amézaga, los condes de Clavijo, el marqués de Villavieja y su hija la señorita de Escandón, el marqués de Pons, los condes de los Llanos, Cimera y Maza, y don Carlos Salamanca.

Todos los artísticos salones del palacio se hallaban abiertos y espléndidamente iluminados.

La marquesa de Viana vestía elegantísimo traje de raso blanco y se adornaba con magníficas esmeraldas.

A las dos se sirvió la cena, y poco después se despedían Sus Majestades y Altezas y los demás invitados de los marqueses de Viana, encantados de las gratas horas transcurridas en el palacio del ilustre descendiente del genial autor del *Don Alvaró*.

Charlas de verano.

## En el Real Club de la Puerta de Hierro. Palomita Falcó. Un retrato.



A del alba sería...

—Cuando Don Quijote salió de la venta...

—No, sino cuando un grupo de gentilísimas señoritas y de apuestos galanes salían del Real Club de la Puerta de Hierro, abandonándole después de la brillante fiesta celebrada.

—¿Fiesta en el Club?

—Una fiesta que no por íntima dejó de ser brillante; una fiesta ofrecida por un joven mejicano de opulenta familia a cuantas personas le han brindado atenciones durante su estancia en esta corte.

—Y consistió...

—En una comida espléndida, seguida de baile animadísimo. Calcule usted si fué afortunada la idea de don Juan Manuel de Iturrigui de escoger el pintoresco cuartel de El Pardo donde está enclavado el Club para departir agradablemente durante unas horas.

—Y esas horas...

—Se prolongaron, ¡ay!, hasta que los albores del nuevo día asomaban por el horizonte.

—Comida y baile. ¡Bravo, amigo mío!

—Y comida excelente y música de Boldi, que es como decir exquisita también.

—¿Muchos invitados?

—Recuerdo algunos: la condesa de la Corzana y su hija la du-

quesita de Algete, la marquesa y el marqués de Villavieja y su hija la linda Pomposa Escandón, la señora viuda de Muguíro y su bellísima hija María Teresa, las señoritas de Santo Mauro, Guillamas, Benamejís, Hurtado de Amézaga, Castrillo, Casa-Torres y Martínez de Irujo, y los señores marqués de Pons, marqués de Narros, conde de los Llanos, Salamanca, Martínez del Río, Almodóvar, Escandón, Mitjás, González-Gondón, Portago y Cortina.

— Una noche, en fin, deliciosa: baile, música, flores...

— Exacto. Habiendo música no puede faltar la poesía. Dígalo si no el palacio de los duques de Montellano, en el que se ha celebrado un pequeño concierto para escuchar nuevamente a esa encantadora Palomita Falcó, hija de los duques, que es una artista de cuerpo entero.

Es una Palomita que se remonta.

— ¡Oh! Ya lo creo. Es una pianista admirable. Tiene una expresión, un sentimiento... Hace aún pocas tardes S. M. la Reina Doña Victoria y S. A. la infanta doña Beatriz fueron a tomar el té al aristocrático palacio y después hubieron de escuchar a la señorita de Falcó. No hay que decir si la aplaudieron. ¡Por supuesto! ¿Cómo no hacerlo escuchándole aquellas páginas de Listz y aquella sonata de Beethoven? Pues anteayer quiso escucharla también S. M. la Reina Doña María Cristina, y en unión de su camarera mayor, la duquesa de la Conquista, y de su mayordomo mayor, el príncipe Pío de Saboya, fué al gran palacio de la Castellana. Antes se sirvió el té en aquel jardín encantador, donde las rosas abrían sus pétalos sobre la *pelouse* esmeraldina. Y luego fué cuando los dedos nacarados de Paloma arrancaron al piano, entre dolientes y suaves, entre dulces y amargas, entre retozonas y místicas, las notas soberanas de unas páginas de Mozart, de Schubert, de Bach, de Chopin, de Beethoven.

— Bello concierto.

— ¡Ah, amigo mío! E interpretado con mágica maestría, con admirable mecanismo, con absoluta seguridad y, sobre todo, con una cantidad de alma de artista que atrae, deleita, emociona y hace al fin que nuestras manos se junten en un aplauso sonoro y entusiasta. La Reina se encantó de oírla, y con S. M. los pocos que formaban el auditorio.



Palomita Montellano,  
ejecutando en el piano una melodía de Chopin.

(Fot. Siul.)



—Que eran...

—Además de los duques y de su hijo, el marqués de Pons, y además de la alta servidumbre de la egregia dama, la duquesa de Fernán-Núñez, el embajador de Austria-Hungría y la princesa de Fürstenberg, el marqués de la Mina, los marqueses de Villavieja y la señora de Escandón y el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla. Oído esto, ¿quiere usted decirme si serían agradables las horas pasadas en la elegante residencia?

—Se adivina que sí.

—Pues bien; para no separar el arte de nuestra conversación, le diré que cuantas personas acuden estas tardes al hotel de los marqueses de la Puebla de Parga tienen ocasión de admirar en uno de los salones una nueva obra de arte que embellece aún más la dichosa residencia.

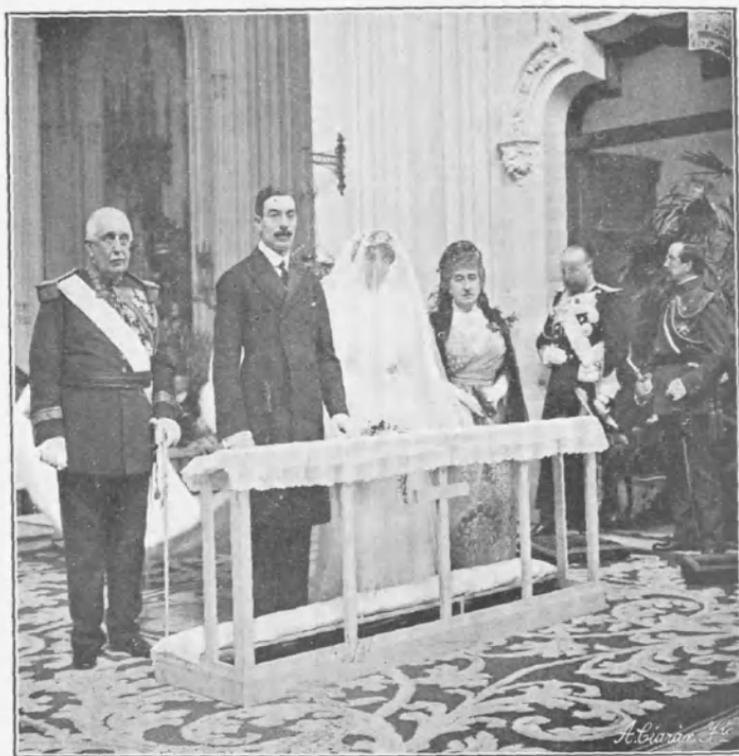
—¿Y es...?

—Es un retrato que acaba de hacer a la marquesa el brillante pintor Prado Norviella. Ya la elección de modelo—la marquesa es una delicada belleza aristocrática, hija de los marqueses de Camarasa y hermana de la duquesa de Medinaceli—constituye por sí solo un acierto. Pero, además, está compuesto el cuadro en uno de esos momentos en que los artistas se encuentran poseídos de la más feliz inspiración. Un primor es la figura de la dama, envuelta entre los pliegues de un vaporoso traje de tul negro sobre un fondo de seda del mismo color; un primor es el busto, no adornado por joya alguna, sino por su propia belleza; admira la gentil colocación de la cabeza, aureolada de sus bucles dorados, y son deliciosos por su delicadeza, por su elegancia, los detalles que completan la obra del artista: el cinturón, de antiguo damasco verde, que en plegada franja envuelve el talle; la roja flor que entre los tules negros del pecho abre sus pétalos como la grana; el fondo oscuro, como los de muchos retratos de la escuela inglesa del siglo XVIII...; todo, en fin, hace que se prodiguen los elogios al pintor y las felicitaciones a la dama.

—Vayan los míos también muy cariñosos.







Boda de la señorita Purificación Bascaran, con el señor Castillo y Manrique de Lara.

(Fot. Mar'in y Ortiz.)

Nuestras charlas.

---

## Dos bodas. Muerte de la marquesa de San Felices de Aragón.

**D**EJAMOS nuestra charla última en una felicitación a la marquesa de la Puebla de Parga por el éxito de su retrato; ¿no es eso?

—Eso es. Y la empezamos hoy...

—Con una enhorabuena a unos novios que ayer han recibido la bendición nupcial.

—¿Boda tenemos?

—Tuvimos. En la Concepción, a las once y media de la mañana, entrando el sol a través de aquellas artísticas vidrieras, descompuerto en mil bellos colores, adornado el altar con plantas y con flores y ante una escogida concurrencia, compuesta sólo de amigos íntimos de los contrayentes.

—Que eran...

—La novia, María de la Purificación de Bascaran, hija del general don José, tan querido en los salones madrileños; el novio, un joven ingeniero, don Sixto del Castillo y Manrique de Lara, de distinguida familia de Las Palmas y perteneciente a la de los condes de Vega Grande de Guadalupe.

—Detalles...

—Apadrinaron a los nuevos esposos SS. MM. los Reyes; la Reina representada por la condesa de la Corzana, sobre cuyo vestido de gasa y encaje negros caía su hermosa mantilla de Chantilly;

el Rey representado por el general Bascaran, quien sobre su uniforme de gala ostentaba la banda de la gran cruz de Carlos III.

—Y la novia...

—La novia, bellísima y gentil, llegó con su madrina —como el novio con su padrino— en un coche de la Real Casa de los llamados *de Paris*, luciendo la primera ofrenda de su prometido: el vestido de boda.

—¿Blanco?

—Por supuesto; de tul blanco con amplio manto de tisú de plata. Estaba muy linda.

—Y les dió la bendición...

—El señor obispo de Sión, figurando como testigos, por parte de la señorita de Bascaran, el ministro de la Guerra, conde del Serrallo; el duque de Santa Lucía, el marqués de Peñaflo, el conde de Heredia-Spínola y don Joaquín Fesser, y por la de él, el teniente general Pando, el senador y el diputado a Cortes por Canarias señores Castillo-Olivares y Matos, el conde de Vilana, el comandante de Caballería don Jacinto de Bascaran y don Enrique Franco. El efecto era brillante, porque la mayoría de los testigos lucían sus uniformes militares o el de las Ordenes en que están cruzados.

—Y después...

—Después de la ceremonia, que resultó solemne, y en la que no faltó la palabra persuasiva y elocuente del obispo, los novios, los padrinos y los invitados se trasladaron al Hotel Ritz, donde fué servido un almuerzo, solamente para las personas de ambas familias y algunos íntimos. Luego los nuevos esposos salieron para Oviedo, donde se proponen pasar los primeros días de su luna de miel y desde donde se trasladarán a Las Palmas para fijar allí su residencia, inaugurando la casa que los padres de él han mandado construir para que se instale en ella el nuevo matrimonio.

—Al que deseamos todo género de felicidades.

—Cuando la Corte regrese a Madrid los nuevos esposos vendrán a ofrecerle sus respetos; pero ya ayer mismo quisieron demostrarles a los Reyes y a la Reina Doña María Cristina su gratitud, y les enviaron como recuerdo de tal día unas artísticas bomboneras de oro, en cuyas tapas se veía en platino la corona real.

—En Zafra se acaba de celebrar también otro enlace que ha





Señorita Soledad Ramírez de Arellano y Esteban, nieta de la marquesa viuda de Encinares.

*(Fot. Kaulak.)*

constituido nota distinguida: el de la bella señorita Soledad Ramírez de Arellano y Esteban, nieta de la marquesa viuda de Encinares y hermana del actual poseedor de este título, con el distinguido joven don Francisco Fernández y Ramírez de Arellano. La concurrencia ha sido numerosa, puesto que para asistir a la ceremonia han marchado de Madrid algunos allegados, entre otros, los marqueses de Encinares, la marquesita de Selva-Alegre y el diputado a Cortes por Morella, don Luis Esteban.

—La ceremonia...

—Tuvo efecto en el oratorio particular de la marquesa viuda de Encinares, en el que se admira un magnífico retablo del siglo XVI, donación del cardenal Portocarrero, antepasado de los marqueses.

—Los regalos de la novia...

—Han sido muchos: el señor Fernández Ramírez de Arellano ha regalado a su prometida el traje de novia, blanco, verdaderamente magnífico, adornado con encajes de plata, cubiertos con otros de Bruselas, y con un largo velo de tisú de plata; otros tres trajes, muy elegantes; unos pendientes con dos gruesos brillantes, y un *pendantiff* con otro brillante de gran tamaño.

—La novia al novio.

—Una magnífica botonadura de gruesas perlas y un soberbio alfiler de corbata, de perlas también. Los marqueses de Encinares han regalado a su hermana un magnífico estuche, con juego completo de tocador, de plata, y dos centros de mesa y un frutero, de plata también. Llama la atención un magnífico hilo de gruesas perlas, regalo de la marquesa viuda de Encinares, abuela de la novia, y de sus tíos carnales, los marqueses de Torrelaguna, señores de Fernández y don Luis Esteban. La señora de Sarthou, tía carnal de la novia, regala a ésta un magnífico aderezo de brillantes y pañuelo de encaje, que pertenecieron a su madre, la marquesa de Torrelaguna; un abanico de encaje y dos bandejas de plata repujada.

—Ricos obsequios. Que los disfruten con salud y...

—Y que sean muy felices...

—Después de estas notas alegres...

—Por ley del contraste han de venir las tristes. La actualidad así las une y así las hemos de referir. Ayer también fué cuando la sociedad aristocrática tuvo una nueva y dolorosa pérdida con la

muerte de la condesa de Eril, marquesa de San Felices de Aragón, joven, buena, virtuosa, esposa adorada, madre amantísima de once hijos que se quedan en plena infancia sin esas caricias que tanta falta hacen y que hasta que se pierden no se conoce su valor.

—Murió ayer...

—Ayer, después de una dolencia cristianamente sobrellevada, expiró entre lágrimas y cariños, y hoy se ha verificado su entierro, en el que no han faltado los testimonios de pésame de toda la familia real, que dispensa a toda esta familia un gran afecto.

—¿Era de las Casas de Martorell y de Guendulain?

—Pertenecía a la Casa de Martorell por su matrimonio con un hijo de la marquesa viuda, don Manuel Alvarez de Toledo y Samaniego, diplomático distinguido, jefe que fué de la Casa de sus altezas reales los infantes doña María Teresa y don Fernando desde su boda hasta la muerte de aquella augusta dama, y hermano, por tanto, del marqués de Martorell, de los marqueses de Villanueva de Valdueza y del conde de la Ventosa, que, como usted recordará, perdió también hace unos meses a su pobre esposa, una Chirel. Pero ella pertenecía por línea directa a la Casa de Guendulain: era hija del primer matrimonio del actual conde de Guendulain con una Rebolledo de Palafox, de la ilustre familia de los marqueses de Lazán y descendiente del ilustre general Palafox, el heroico defensor de Zaragoza.

—Noble abolengo.

—Desde 1898 llevaba el título de marquesa de San Felices de Aragón, creado en 1634, uniendo a éste el marquesado de Navarra en 1913, a la muerte de su tía la condesa viuda de Bureta, dama particular que fué de S. M. la Reina madre. Y desde hace muy escaso tiempo ostentaba el de condesa de Eril, al que va aneja la Grandeza de España. Son, pues, hermanos de la finada el duque de Zaragoza y el conde del Vado, este último hermano de padre nada más, porque es hijo del segundo matrimonio del conde de Guendulain con la actual condesa, doña María Fuencisla Bernaldo de Quirós, hija de los marqueses de Campo Sagrado y nieta de la Reina gobernadora Doña María Cristina.

—Duelo, pues, en la sociedad de Madrid.

—Así es; por esta muerte vestirán luto, además de los citados,



La condesa de Eril, marquesa de Sanfelices de Aragón y de Navarrés.

(Fot. Franzen.)



los Riansares, los Tarancón, los Bailén, los Campo Sagrado, los Santa Cristina, los Vadillo, los Quirós, los Aybar, los Real Piedad, los Val-de-Erro y la señora viuda de don Alejandro Pidal.

—Vaya para todos nuestro pésame muy sentido.

—Pero en especial para su viudo, para sus hijos, para su padre...

—Y para la sociedad de Madrid, que en esta temporada de Octubre a aquí ha recibido golpes muy dolorosos.



Esta mañana se verificó el entierro de la ilustre marquesa de San Felices de Aragón, condesa de Eril, en el cementerio de San Isidro.

El infante don Fernando, que tan gran afecto profesó al marqués de San Felices de Aragón—antiguo jefe de su Casa—, se trasladó poco después de las diez al palacio de Mirallóres, acompañado de su esposa, la duquesa de Talavera. Sus altezas oyeron una misa, y reiteraron su pésame a los condes de Guendulain, a la marquesa viuda de Martorell y a sus hijos.

Al organizarse el fúnebre cortejo, el féretro, de caoba con herrajes de plata, fué colocado en un coche-estufa, al que precedía el clero de la parroquia de San Sebastián, con cruz alzada y cantores. A los lados de la carroza iban niñas de la Inclusa y del Colegio de San Blas y varias religiosas.

Detrás marchaban las presidencias del duelo.

En la primera, formada por los representantes de la familia real, figuraban el duque de Tamames, por los Reyes; el conde de Maceda, por la Reina Doña Cristina; el conde de Polentinos, por la infanta doña Isabel; el marqués de la Mesa de Asta, por los infantes don Carlos y doña Luisa, y el oficial señor Moreno Abella, por los infantes don Alfonso y doña Beatriz.

En la presidencia de la familia iba, en el centro, el infante don Fernando, que sobre su uniforme de la Escolta Real ostentaba la insignia del Toisón de Oro y varias condecoraciones.

Con él presidían el duque de Zaragoza, el conde del Vado, el marqués de Navas de Navarra y don Tiburcio Mencos, hermanos de la finada; el marqués de Valdeuza, el conde de la Ventosa, el marqués de Martorell y el conde de la Real Piedad, hermanos políticos; el marqués de Campo Llano, hijo del duque de Tamames, por ser esta la Casa, Grande de España, que hace los honores a la de la finada; el capellán de la Casa y confesor de la condesa de Eril, padre López.

La concurrencia fué extraordinaria. Entre las muchísimas personas que asistieron, recordamos a los ex presidentes del Consejo señores Maura y conde de Romanones, gobernador del Banco, señor Domínguez Pascual; presidente del Consejo de Estado, duque de Mandas; ex ministros señores Sánchez de Toca, marqués de Figueroa, Allendesalazar, marqués de Villa-Urrutia y Pérez Caballero; subsecretarios de Estado, señor Ferraz, e Instrucción pública, señor Silvela (don Jorge);

Duques de Medinaceli, Montellano, Lécera, Híjar, Seo de Urgel, Bailén, Torres. Infantado, Andría, Tetuán, Granada, Gor y Aliaga;

Marqueses de la Torrecilla, Mina, Rafal, Romana, Portago, Aulencia, Camarasa, Jura Real, Castromonte, Olivares, Velilla de Ebro, Santa Marta, Ribera, Cenia, Arenal, Villavieja, Salamanca, Zugasti, Toca, Goicoerrotea, Pidal, Salas, Santa Cristina, Puebla de Rocamora, Torneros, Castelar y Valdeiglesias;

Condes de Superunda, Revilla-Gigedo, Torrubia, Riudoms, Vilana, Torre-Arias, Campo de Alange, Caudilla, Sástago, Almenas, Heredia-Spínola, Paredes de Nava, viudo de Guadiana, Casal, Casal, viudo de Albiz, Belascoáin, Grove, Pie de Concha, Torrepalma, Alto Barcilés y Romilla;

Vizcondes de Eza, Pontón y Uzqueta;

Generales Ezpeleta y Bascaran, y

Señores San Miguel, Alcalá Galiano, Silvela (D. T.), Ferreras, Cendra, Muguero, Moreno Carbonero, Gil Delgado, Allendesalazar (A. y R.), Lastra, Beistegui, Travesedo, González de Castejón, Alvear, Comyn (D. A.), Campuzano, Pastor, Creus, Cavanillas, Bascaran (D. J.), Alvear, Heredia (D. E.), Rosales (D. M.), Lázaro Galdiano, Torres (D. E.), Orfila, Elorriaga y muchos más.

El cortejo siguió por la carrera de San Jerónimo y calle Mayor hasta la cuesta de la Vega, donde se despidió el duelo. Muchos amigos continuaron hasta el cementerio.

Descanse en paz la ilustre y virtuosa dama, y reciba de nuevo su distinguida familia la expresión de nuestro sentimiento.





Señorita Araceli de Silva y Fernández de Córdoba, duquesa  
de Almazán, hija de los duques de Híjar.

(Fot. Kauluk.)

## Boda aristocrática. La duquesa de Almazán y don Alfonso Mariátegui.

**L**A boda celebrada ayer en la artística capilla de María Inmaculada constituyó, por el aristocrático linaje de los contrayentes, un grato suceso para la sociedad de Madrid, entre la que los novios y sus familias gozan mercedamente de sinceros afectos y hondas simpatías. Araceli de Silva y Fernández de Córdoba—la novia—, duquesa de Almazán, hija de los duques de Híjar, pertenece a la Casa ilustre de Ribadeo y de Híjar, por su padre, representante actual de estas familias; por su madre, a la noble Casa de Medina-celi. Don Alfonso Mariátegui y Pérez de Barradas—el novio—es hijo del difunto conde de San Bernardo, ministro que fué de Estado y alcalde de Madrid, a quien el Rey concedió la grandeza de España, y de la duquesa de Monteleón, de la ilustre Casa de Peñafior. Abolengo tan rancio hizo que en el artístico templo del convento del paseo del Cisne, en el que tiene su residencia una hermana del duque de Híjar, sor Beatriz, que prefirió a las comodidades y lujos de su posición el sacrificio y el misticismo del claustro; hizo, repito, que se reunieran en él muchas familias aristocráticas, todas unidas en un fervoroso deseo de felicidad para los que ante aquel altar habían de recibir la nupcial bendición de manos del señor obispo de Madrid.

Así, entre aquel vergel del presbiterio, entre las altas y verdes hojas de las palmeras, coronadas por las blancas florecillas de aza-

har; entre aquellos macelones en los que nacían las bellas y sencillas margaritas, que destacaban sus botones de oro de sus hojas de nieve, alzábase gentil la figura de la desposada, alta, esbelta, delgada, primorosamente vestida con su traje de seda blanca, cubierto de encajes de Bruselas; con su manto de Curte, de tisú de plata, sobre el que destacaban, en plata también, el bordado de unas flores de lis y el escudo de las nobles Casas de su estirpe; con su diadema de brillantes en forma de altas hojas de laurel, que coronaba su rubia cabecita; con su hermoso *sautoir* de perlas orlando su garganta; con su ramo de azahar entre sus manos... Junto a ella, su padre y padrino, el caballeroso duque de Híjar, que cruzaba su pecho con la banda azul y blanca de Carlos III, destacándose de su uniforme de maestrante de Sevilla; y junto a ellos, el novio, de *chaquet*, y su madre y madrina, la duquesa de Monteleón, sobre cuyo viso de seda negra caía el tisú de oro de su vestido. Y como completando el bello cuadro, y como abrigantándolo con las notas vivas de sus uniformes de las Reales Maestranzas o de las Ordenes militares, aparecían a ambos lados los testigos, que fueron, por parte de ella, su hermano el duque de Aliaga, sus tíos los duques de Lermá y Lécera, el marqués de Tamarit y el conde de Gavia y su primo el duque de Medinaceli, y por la de él, sus hermanos el marqués de la Guardia y don Humberto Mariátegui, su hermano político el duque de Arión y sus tíos el duque de Santa Lucía y el marqués de Peñaflores.

La ceremonia fué solemne, y a ello contribuyó la palabra docta y elocuente del prelado, que pronunció una breve y sentida plática; el concierto interpretado durante la misa; la bendición de Su Santidad, enviada por conducto de nuestro embajador en el Vaticano, conde de la Viñaza.

La concurrencia—ya lo iniciamos al principio de esta crónica—fué selecta y numerosa, figurando, en primer término, la duquesa de Híjar, la de Arión, la de Aliaga, la de Lécera, la de Tarifa, la marquesa de la Guardia y la condesa de Gavia, que ocupaban la primera fila de reclinatorios, en unión de otras damas de la familia. Después, las duquesas de Santo Mauro, Medinaceli, Soma, Almenara Alta, Terranova, Pinohermoso, Santa Lucía, Medina de Rioseco, Montellano, Baena, Tovar y Torres.

Marquesas de Tamarit, San Vicente, Santa Cruz, Velagómez, Valdeiglesías, Unzá del Valle, Marzales, Castrillo, Aguila Real, Santo Domingo, Torneros, Scala, Velada, Peñafior, Mesa de Asta, Villatoya, Viana, Villamanrique, Valdeterrazo, Garcillán, Almonacid, Bolarque, Casa-Calderón y Camarasa.

Condesas de Romanones, San Luis, Castilleja de Guzmán, Agrela, Cardona, Velayos, Crecente, Arcentales, Rincón, Belascoain, Sierrabella, Vilana, Arzacollar y Unión.

Vizcondesa de Roda.

Señoras y señoritas de Dato, Areces, Silva, Falcó, González de Olañeta, Cabeza de Vaca, Heredia, Sancho Mata, Fernández de Henestrosa, Montero, Bascaran, Cárdenas, González de Castejón, Silva y Mitjans, Santo Domingo, Castrillo, Téllez-Girón, Figueroa, Arcos, Núñez de Prado, Collantes, Serrano, Muguíro, Hurtado de Amézaga, Suelves, Alvarez Calderón, Ramírez de Saavedra, Fernández de Villaverde, Beistegui, Unzá del Valle, Fernández de Villavicencio, Alcázar y Mitjans y alguna más.

El presidente del Consejo, don Eduardo Dato,

Los duques de Osuna, Tovar, Montellano y Almenara; marqueses de Velada, Santa Cruz, Camarasa, Torneros, Scala, Valdeterrazo y Velagómez; condes de Superunda, San Luis, Belascoain, Unión, Velayos y Sierrabella, y muchos más.

Terminada la ceremonia religiosa se sirvió en el hotel de los duques de Hajar un almuerzo, al que sólo asistieron, con los nuevos esposos, sus padres y padrinos y los testigos, el obispo de Madrid y las personas de ambas familias.

Sean muy dichosos estos jóvenes duques de Almazán, que ayer mismo emprendieron en automóvil su viaje de novios con dirección a Valladolid, Burgos, Santander, Asturias y Galicia, para luego, en Septiembre—siempre España—, trasladarse a San Sebastián, y allá en el otoño venir a Madrid a alegrar con su vida el elegante piso que en la calle de Zurbano han escogido para instalar en él su residencia.



En el elegante hotel de los duques de Hajar estuvieron expuestos el 11 y el 12 todos los regalos de la duquesita de Almazán, desfilando por los salones de la Castellana buena parte de la sociedad de Madrid.

La canastilla de la duquesa de Almazán es soberbia. En varios de los salones, las finas batistas de la ropa blanca, con valiosos encajes y bordados; la ropa de cama, las mantelerías y otras prendas, forman una atractiva exposición, de tanta riqueza como buen gusto.

En esta espléndida canastilla han depositado, además, los padres de la novia, un magnífico *sautoir* de 275 perlas, cuyo cierre es un zafiro *cabochon*; un amplio lazo de brillantes, con una gran perla en el centro, y dos gruesas perlas para las orejas.

Los regalos de los novios y sus familias son valiosos y de exquisito gusto.

El señor Mariátegui regala a su prometida una espléndida diadema de brillantes, cuyo precioso dibujo, estilo Imperio, es de hojas de laurel, separadas por grandes brillantes, y una hermosa bolsa de oro, con cierre de perlas y brillantes. Todo ello firmado por Mellerio.

La duquesa de Almazán regala a su prometido dos perlas para la pechera, y los duques de Híjar, a su futuro hijo político, un reloj de platino, extraplano, con canto y cifra de brillantes. El novio a la duquesa de Híjar, una cruz de zafros y brillantes; y al duque, una fosforera de oro, con *cabochon* de zafiro.

La duquesa de Montecón, a la novia, una preciosa cifra de brillantes, con corona ducal de perlas y brillantes, y la señorita de Silva, a su futura madre política, un *pendantiff* de brillantes, con un hermoso zafiro.

La duquesa de Almazán ha recibido: de sus hermanos los duques de Aliaga, todo el servicio completo de cubiertos de plata y otro servicio completo de café y té, con hermosa *bouilloire*, de muy buen gusto; de los duques de Arión, hermanos del novio, un magnífico *pendantiff* de brillantes; de sus tíos los condes de Gavia, hermoso brazalete de esmeraldas y brillantes, y unos encajes antiguos de gran valor, que pertenecieron a la duquesa de Medinaceli, abuela materna de la novia; del duque de Lerma, una preciosa pulsera de platino, con un hermoso *cabochon* y brillantes; de los duques de Tarifa, hermoso brazalete de perlas y brillantes; de la duquesa de Uceda, una sortija, con una perla; de los duques de Medinaceli, hermoso broche, con dos grandes zafros y un brillante en el centro.

Sus altezas el infante don Fernando y la duquesa de Talavera han regalado a la novia un broche de rubíes y perlas.

Los marqueses de Velada, todo el servicio de fuentes, legumbreira y salsaera, de plata, muy completo y de mucho gusto; don Humberto Mariátegui, un precioso abanico antiguo; los duques de Santa Lucía, una magnífica caja de oro, de precioso dibujo, y los marqueses de Peñaflores, unos floreros de cristal y *vermeil*.

Don Alfonso Mariátegui regaló a la duquesa de Aliaga un imperdible de brillantes y zafros, y al duque, un alfiler de corbata, con una preciosa amatista, que ostenta, incrustado en su centro, un brillante.

La duquesa de Almazán ha hecho también valiosos regalos a sus próximos hermanos políticos. A la duquesa de Arión regala una pulsera de plata, que lleva un precioso reloj cuadrado; al duque de Arión, un alfiler de zafros y brillantes; a la marquesa de la Guardia, una sortija de brillantes y zafros; al marqués de la Guardia, un alfiler de corbata, también de las mismas piedras, y a don Humberto Mariátegui, otro alfiler, con un zafiro y cuatro hermosos brillantes.

Muchos de estos regalos llevan la firma de J. Díaz, Mellerio y Sanz.

El regalo hecho por los duques de Arión, hermanos del novio, a la duquesa de Almazán consiste en un magnífico *pendantiff* de brillantes, con un precioso zafiro; piedra ésta que, por su color e irisaciones—raras en los zafiros—tiene un especial valor.

En la exposición de encajes y ropa blanca, llamaba especialmente la atención de los visitantes la colección de encajes, procedentes de la duquesa Angela de Medinaceli, abuela materna de la novia, regalados por los condes de Gavía a la duquesa de Almazán. Son numerosos encajes de punto de Inglaterra y de aplicaciones, y su valor es realmente extraordinario.

El juego de boda fué también objeto de grandes alabanzas. Todas las prendas están guarnecidas con encajes antiguos de Flandes, muchos de ellos procedentes también de la duquesa de Medinaceli, que fueron heredados por su hija, la duquesa de Híjar, y que hoy esta ilustre dama los entrega a la duquesa de Almazán. La colcha, de finas telas, ostenta asimismo valiosos encajes de Bruselas.

El resto de la ropa, en fin, lleva *valenciennes* de los más estimados.

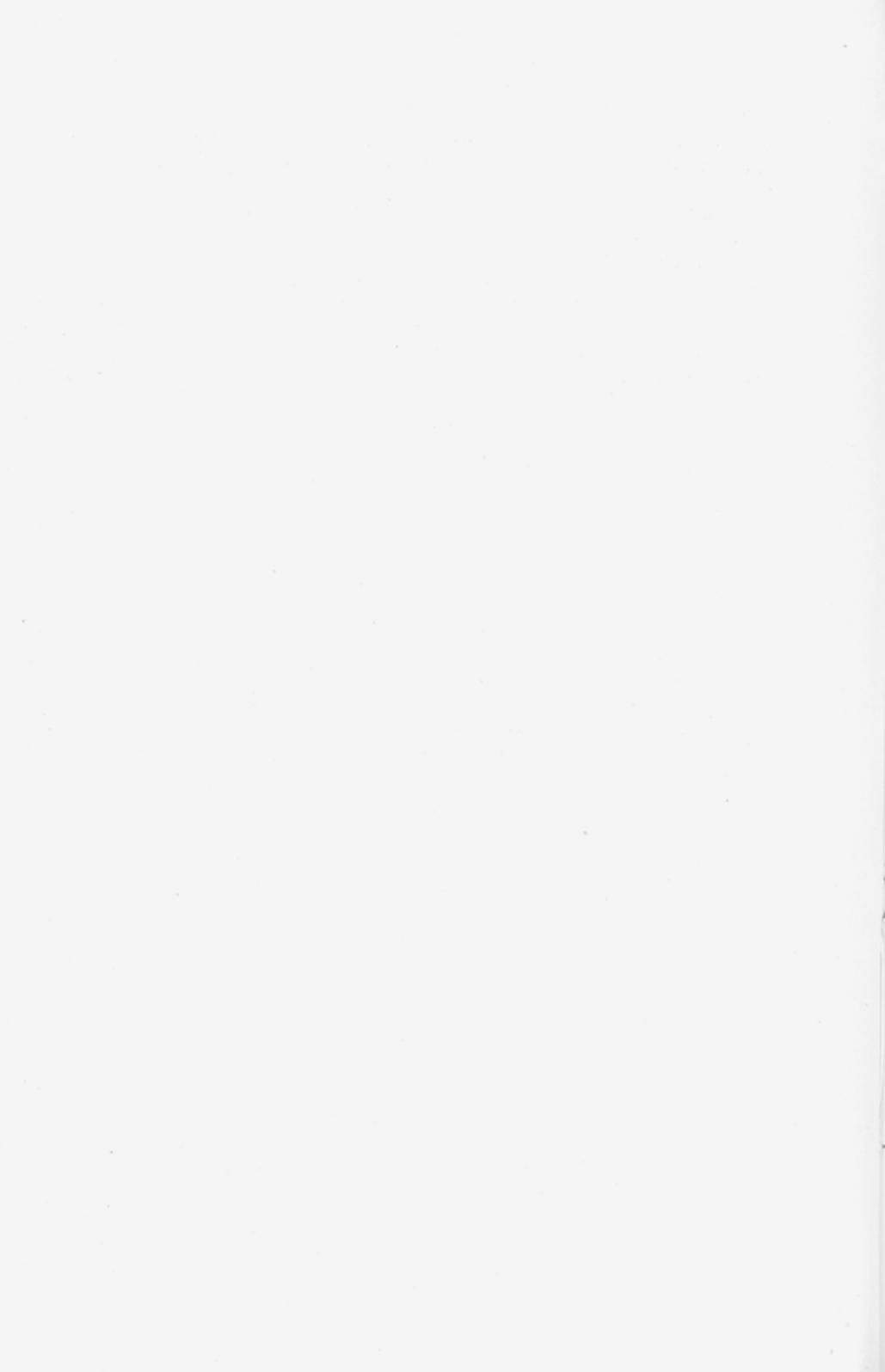
Otro salón de la casa había sido destinado exclusivamente a los trajes de la novia, entre los que figuraba en primer término el de boda, verdaderamente regio: Es blanco, guarnecido por encajes de aplicaciones de Bruselas.

De él se desprende largo manto de tisú de plata, que lleva los escudos de la casa bordados en *strass*, y numerosas flores de lis, de *strass* también. Es regalo del novio, así como un espléndido abrigo y otros muchos vestidos a cual más elegantes. Baste decir que están confeccionados por renombrados modistos franceses.

Los regalos enviados por los muchos amigos de ambas familias ascienden a más de 200. Ocupaban todos, artísticamente colocados, otro salón de la casa, y justo es reconocer la esplendidez y el buen gusto que, sin excepción, demostraban.

Desde ricas porcelanas a objetos de plata de gran valor; desde magníficas joyas a una colección soberbia de abanicos antiguos; desde artísticas pantallas y floreros, hasta un soberbio mantón de Manila, encerrado en curiosa caja de laca.

Firmadas por Hidalgo se repartieron entre los amigos de los novios elegantes cajas de dulces.



JULIO - 1915







Señora de Rubianes, marquesa de Aranda.

*(Fot. Kaulak.)*

## La Srta. de Santa Marina y el marqués de Aranda.

 En la iglesia parroquial de San Jerónimo se ha celebrado hoy, a las doce, la boda de la bella señorita Angeles Santa Marina con don Gonzalo Ozores y Saavedra, marqués de Aranda, Señor de la Casa de Rubianes.

A causa del reciente luto que guarda la familia de la novia, la boda se verificó en familia, estando invitados únicamente los parientes y amigos íntimos de los desposados.

No obstante, pusiéronse de manifiesto las simpatías de que éstos gozan, pues el hermoso templo se vió ocupado por numerosa concurrencia, que tributó a los novios todo un homenaje de afecto.

El altar mayor estaba adornado con mucho gusto. Tanto en el presbiterio como en la parte alta aparecían, en artística profusión, rosas y claveles blancos, alelíos y margaritas, destacándose en el fondo un Crucifijo de marfil, de grandes dimensiones, obra valiosa del siglo XIV, conservada como preciada joya en la aristocrática iglesia.

A los acordes de la marcha de *El Profeta*, de Meyerbeer, hicieron los novios su entrada en el templo: ella, del brazo del padrino, conde de Maceda, hermano político del novio; él, dando el brazo a la señora de Carrión, hermana de la novia, que ostentaba la representación de su madre, la señora viuda de Santa Marina, madrina de la desposada.

La señorita de Santa Marina estaba muy bella, luciendo elegante traje de raso y tul blanco, adornado con encajes *point à l'aiguille* y prendidos de azahar, magnífico collar y pendientes de perlas. En la gentil cabeza, ciñendo los cabellos de oro, y al través del velo de desposada, destacábanse la valiosa diadema de brillantes, regalo del marqués de Aranda, y una corona de la simbólica flor de azahar.

El manto, de tisú de plata, era llevado por dos angelicales criaturas: las niñas Emilia y María Carrión, sobrinitas de la novia.

El novio vestía su uniforme de comandante de Artillería, con la llave de gentilhomme de S. M., con ejercicio y servidumbre. Cruzaba al pecho la banda de la Orden austriaca de Francisco José.

La señora de Carrión iba de negro, con sombrero, y el conde de Maceda con el uniforme de gentilhomme y la banda de la gran cruz de Carlos III.

Dió la bendición a los novios el señor obispo de Sión, de pontifical, que pronunció una sentida plática.

Asistieron al prelado el párroco de San Jerónimo y el castrens de la plaza—por ser el novio militar—, señores Calvo y La Puente, con el clero de la iglesia.

Actuaron de testigos el ex ministro don Juan de la Cierva, don José González Pintado, don Enrique Carrión, don Juan Barriobero y don Vicente Zaldo, por parte de ella, y los señores condes de Torre-Arias y de Peromoro, don José del Moral, don Jenaro Parladé y don Carlos Guitián, por la de él.

Después se celebró la misa de velaciones, que fué dicha por don Fidel Abad, capellán de San Jerónimo.

La capilla de música de la Santísima Trinidad, dirigida por el señor Arenas, interpretó durante el acto religioso una selección de *Lohengrin* y una plegaria para tiple.

Entre los asistentes se hallaban, además de la madre y hermanos de la novia, la marquesa viuda de Aranda, madre del Señor de Rubianes; las marquesas de Guimarey, Viana y Bogaraya; las condesas de Maceda y Torre-Arias, la vizcondesa de Fefiñanes y otras distinguidas personas pertenecientes a ambas familias.

Terminada la misa, los nuevos esposos, a los sonos de la marcha de *Tannhäuser*, cruzaron de nuevo el templo, pasando a la capilla

del Rosario para firmar allí el acta del Registro civil. Actuó de juez municipal don Francisco Rojas, amigo de la familia de Santa Marina.

Desde el templo se trasladaron los marqueses de Aranda y sus acompañantes al Hotel Ritz, donde se sirvió un almuerzo íntimo.

Esta tarde salió la feliz pareja, en automóvil, para el Monasterio de Piedra, donde pasará unos días. Después realizará una excursión por Zaragoza, Barcelona, islas Baleares y otras provincias españolas.

A las muchas felicitaciones que con este motivo han recibido los nuevos esposos, unimos la nuestra, muy sincera y afectuosa.



Cuanto se diga de la riqueza y elegancia del *trousseau*, sería pálido si se comparara con la realidad; honra a la industria española aquella profusión de magníficos bordados en que, sobre las finas batistas, aparece el heráldico blasón de la ilustre Casa rematado por la corona de los grandes de España; son una maravilla los encajes que adornan todas aquellas prendas, que dijéranse tejidas por manos de hadas.

Los regalos son también magníficos. Citaremos sólo los de la familia:

El marqués de Aranda ha hecho a su prometida hermosos presentes, entre ellos una diadema de brillantes de fino y delicado dibujo, un hermoso abanico antiguo, estilo Luis XV, y una mantilla de encajes de Chantilly.

Le regala, además del traje de boda, ya descrito, otro vestido negro, de tul y abacchie, muy elegante también, y un pañuelo de encaje de Inglaterra.

La novia ha regalado al marqués de Aranda una preciosa botonadura de platino y brillantes.

La señora viuda de Santa Marina regala a su hija una *rivière* de tres hilos de magníficos brillantes, una mantilla de encaje de Chantilly, una *écharpe de point à l'aiguille*, un abanico antiguo, de concha y pluma negra, y un automóvil.

En memoria del padre de la novia, el opulento capitalista señor Santa Marina, su viuda—además de sus propios regalos—ha puesto en la canastilla de su hija un hilo de perlas, de hermoso oriente, y unos pendientes y dos sortijas, también de perlas.

A su futuro hijo regala una botonadura de zafiros y brillantes.

La marquesa viuda de Aranda, a su futura hija política, un broche de rubíes y brillantes y un soberbio encaje antiguo de punto de Inglaterra.

A su hijo, el Señor de Rubianes, le regala una hermosa cómoda antigua, de maderas finas y bronce.

El novio ha regalado a la señora viuda de Santa Marina una medalla de oro, zafiros y brillantes; a la señora de Carrión, hermana de la novia, sortija de zafiros y brillantes; a la señorita de Santa Marina, reloj de pulsera, de platino y brillantes; a

don Enrique Carrión, alfiler de zafiros y brillantes; a don Manuel Santa Marina, alfiler, también de zafiros y brillantes, y a las niñas Emilia y María Carrión, cruces de rubies y zafiros.

La novia ha regalado a su futura madre política, la marquesa viuda de Aranda, un broche de perlas y brillantes; a la condesa de Maceda, un *pendantiff* de zafiros y brillantes; a la vizcondesa de Fefiñanes, broche de oro y esmeraldas; a la marquesa de Guimarey, broche con camafeo de zafiros y brillantes; a los niños Pepita, Teresa, Alfonso y Gonzalito Ozores, sortijas de perlas y brillantes a las primeras, y a los segundos, alfileres de corbata, de zafiros y esmalte blanco, y al conde de Maceda, gemelos de oro y rubies.

La señorita de Santa Marina regala a su hermana una vajilla de plata y juego de café, de plata, y al novio, un reloj de platino; los señores de Carrión, un *pendantiff* de zafiros y brillantes, y al novio, una pitillera de oro y zafiros; el señor Santa Marina, un jarro de cristal y plata.

Los condes de Maceda regalan a la novia unos candelabros de plata, y la marquesa de Guimarey, un juego-tocador de *vermeil*; los niños Pepita, Teresa, Alfonso y Gonzalito Ozores, un espejo-tocador.

Los vestidos que figuraban en el *trousseau* de la señorita de Santa Marina son numerosos, pero todos negros, por el luto que aún viste la novia; los trajes de casa, blancos o de color malva, son bellísimos, y lo mismo que los vestidos, de las primeras *firmas*. Muchas de las joyas citadas y otras que no se citan las firmaban Díaz, Mellerio y Sanz.

La lista de los regalos de los amigos es enorme. En ella figuran los nombres más conocidos de la sociedad de Madrid.





Señorita Rosario Bernaldo de Quirós y Argüelles, hija de los marqueses de Argüelles.

(Fot. Kaulak.)

## La Srta. de Argüelles y don Ernesto Luque.

**D**E Oviedo nos comunican, por telégrafo, detalles de la boda, ayer efectuada en Llanes, de la señorita Rosario Bernaldo de Quirós, hija de los marqueses de Argüelles, con el capitán de Estado Mayor don Ernesto Luque, hijo del teniente general don Agustín, ex ministro de la Guerra y actual director de la Guardia civil.

Desde por la mañana hubo extraordinaria animación en Llanes, donde tan querida es la familia de la novia.

En las calles y en los alrededores del templo se había congregado todo el vecindario para presenciar el paso de la comitiva nupcial.

La novia entró en la iglesia del brazo de su padrino, el general Luque. Vestía la señorita de Argüelles elegantísimo traje blanco, adornado con valiosos encajes y grupos de azahar. Lucía hermosas joyas.

El novio, con el uniforme del Cuerpo a que pertenece, daba el brazo a la madrina, marquesa de Argüelles, que vestía magnífico traje blanco, cubierto de encajes.

Bendijo la unión el nuncio apostólico, asistido por el prelado de Oviedo. Monseñor Ragonesi pronunció una elocuente plática.

En la misa ofició el presbítero don Evaristo de Tomás.

Actuaron como testigos el ex presidente del Consejo don Antonio Maura, que había llegado, en automóvil, de Solórzano; el capitán general de Madrid, don Enrique de Orozco; el marqués de Ca-

nillejas, conde de la Vega de Sella, marqués de los Altares, barón de la Vega de Hoz, don Ramón Bernaldo de Quirós, don José Garbar, don Alejandro Berenguer y don Luis Maraver.

En el acto civil representó al juez el marqués de Vista Alegre.

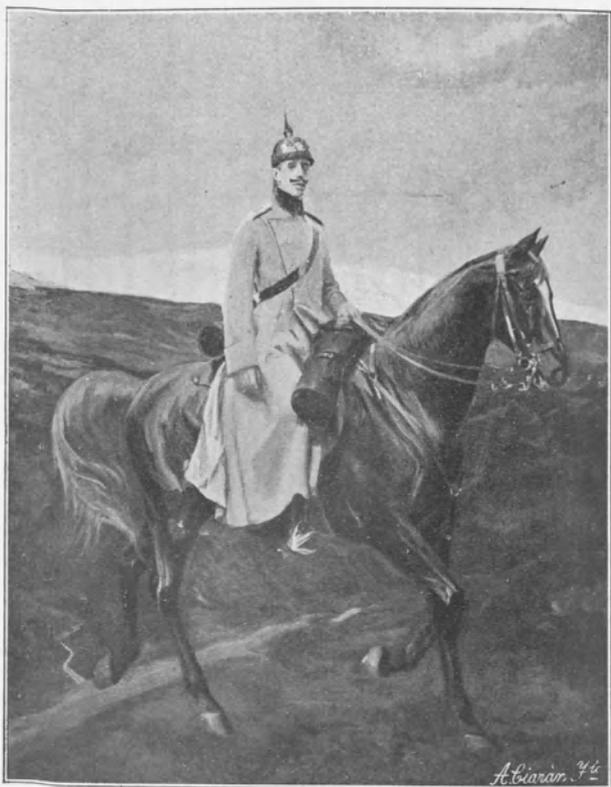
Terminado el acto, los novios y las personas de su familias recibieron muchas felicitaciones.

En el palacio de los marqueses de Argüelles se sirvió el almuerzo, ocupando las mesas del comedor de honor y los salones contiguos, por ser aquél insuficiente para los numerosos concurrentes.

Al atardecer marcharon los novios a la finca de Espriolla, quedando los invitados en casa de los marqueses de Argüelles.

A las seis salieron el nuncio para Oviedo y el señor Maura para Solórzano, retirándose poco después los demás invitados.





S. M. el Rey Don Alfonso XIII.  
(Cuadro de Francisco Pons.)

## El Rey en el estudio de Sorolla. Un retrato del Monarca.

**H**oy hemos admirado un nuevo retrato de S. M. el Rey, un gran retrato del Soberano español, hecho por un artista ilustre, lleno de juventud y poseedor de una paleta que ha conseguido ya muchos triunfos y a la que le están reservados muchos más y muy resonantes. Nos referimos a Francisco Pons Arnau, un muchacho alto, moreno, de cabellos negros y ojos brillantes, de extraordinaria simpatía, de una extremada delicadeza, nacido en esa tierra que se llama Valencia, cuna de mujeres hermosas y patria de insignes y gloriosos artistas.

Por la pintura tuvo siempre vocación decidida. «Yo he de ser pintor, pintor y pintor», se decía. Y un buen día—que fué feliz por muchos motivos—entró en el estudio de Sorolla a educarse bajo las lecciones del maestro. Rabiaba de gozo. Iba a ser pintor, iba a aprender allí, junto a ese mago de los pinceles que se llama Joaquín Sorolla, y algún día podría exponer sus cuadros al juicio de los críticos, del público, de todo el mundo. Y se aplicaba, y su recio temperamento de artista se iba educando en el estudio del maestro, que adivinó bien pronto cuánto valía su discípulo.

Trabajaba con arte, con fe, con amor, con ese entusiasmo, a veces febril, a veces sereno, con que trabaja el que tiene la certidumbre de su triunfo.

Mientras todo esto, la Casa de Pons, una Casa fuerte, cimen-

tada sólidamente por su estado económico, había sufrido variaciones. La vida, en su manifestación de desgracia, había hecho su hue-lla en la familia del artista y sus ilusiones estuvieron a punto de troncharse. Pero no se troncharon. Recio, varonil, templado, con un mundo de entusiasmos y otro mundo de hidalgas esperanzas, una mañana se despidió del maestro con un apretón de manos y un abrazo:

—Me voy a América—le dijo—. Es preciso luchar y vencer; es necesario hacerse hombre.

—¿Y te vas contento?

Se dominó un poco y repuso:

—Sí. Y sobre todo es necesario, es preciso, hay que hacerlo.

Pero se iba triste, muy triste, porque aquí dejaba algo que en esa edad de los veinte años lo es todo en nosotros: el amor.

Y hace aún poco tiempo, un muchacho alto, bien portado, de elegante presencia y finos modales, se presentó en el estudio de Sorolla:

—¡¡Pons!!

—¡¡¡Maestro!!!

Y se abrazaron.

—¿Por aquí?

—Por aquí.

—¿Con muchos éxitos?

—Con muchos, maestro; pero me falta uno para ponerle el *completo* a mi excursión, y ese uno sólo usted puede concedérmelo.

—¿Yo?

—La mitad... usted.

—¿Y la otra mitad?—preguntó curioso el gran Sorolla.

—Pues la otra mitad... ya lo habrá usted adivinado... ella.

El caso es que el gran maestro, conocedor de la hombría de bien de su discípulo y de las brillantes dotes que puso Dios en su inteligencia, accedió gustosísimo a la boda, y a los pocos meses decíamos nosotros: «Se ha celebrado el enlace de la encantadora señorita María Sorolla, hija del eminente artista don Joaquín, con el joven y laureado pintor don Francisco Pons Arnau...»

.....  
Pues andando los días—muy pocos, puesto que no llegan a diez

los meses que llevan casados—y examinando la labor de Pons realizada en América durante los seis o siete años que se pasó por aquellas tierras y la realizada en Madrid desde su regreso, comprendimos que realmente faltaba en ella un retrato de S. M. el Rey. ¿Cómo conseguirlo?

El caso fué que un día, y debidamente autorizado, Pons Arnau sentó sus reales en los jardines de La Granja y se dispuso a pintar el retrato.

—¿Cómo va eso?—le preguntaba Don Alfonso jovialmente.

—Así va, señor; así va—respondía Pons modestamente.

Y se mostró el Rey tan agradable, tan familiar con el artista, que, lejos de molestarle ser su modelo, se fijaba en detalles como éste:

—Como el uniforme es de campaña, he dicho que me den estos guantes, que ya van estando viejecillos. Serán más propios, ¿no es verdad?

Total: que cuando al retrato sólo faltaban los últimos toques, Pons se despidió agradecidísimo de S. M., que a su vez le despidió con estas palabras:

—Avíseme cuando esté terminado; iré a verlo al estudio.

.....  
.....  
Y hoy, después de presidir un Consejo de ministros, y vistiendo un traje gris de americana y un sombrero de paja, alrededor de cuya copa se extendía una cinta de seda—como la corbata que llevaba—de los colores nacionales, se presentó el Soberano en el estudio de Sorolla, donde está expuesto el cuadro.

Risueñamente comenzó diciendo:

—Señores: quedé en venir a las doce y es la una. ¿Me perdonan ustedes esta hora de retraso?

Después pasó al interior del estudio, y atravesando aquellas soberbias salas de museo llegó a aquella donde el lienzo esperaba. Se fijó en él S. M., retrocedió unos cuantos pasos, y rápidamente, como hijo de la impresión que le produjo, exclamó con espontaneidad encantadora:

—¡Estupendo!

—¡Prodigioso!—dijo el marqués de Viana, que acompañaba al Monarca.

Y continuaron mirando el retrato.

Es de tamaño natural, a caballo, con uniforme de campaña, capote gris y casco de lanceros. Muy hermoso. Y aquel caballo alazán claro, iniciando un paso de trote, que se destaca sobre un fondo de El Pardo, asomando a lo lejos la nieve del Guadarrama, da la sensación de que anda... El Rey, sin una condecoración, sin una banda, sin la pequeña insignia del Toisón, que siempre lleva, nos revela toda la singular sencillez de este Monarca, que es la encarnación viva de la raza.

Color, línea, factura—condiciones requeridas para todo buen cuadro—las encontramos en este retrato de Don Alfonso, y, no obstante, la atención se fija constantemente en la cabeza, fiel reproducción de las facciones del Soberano. Viendo el cuadro se ve que bajo aquel casco, bajo aquel capote vive la figura del Rey de España.

—¡Admirable!—repitió el Rey.

Y dirigiéndose a Pons le dijo:

—En cuanto llegue a Palacio voy a telegrafiar a su suegro diciéndole el gran efecto que me ha producido su obra. —E insistió: —Es, sin duda, uno de los mejores retratos que tengo.

Y colocándose junto al lienzo para que pudiera comprobarse, fué sorprendido por la máquina de Campúa, que no quiso perder esta oportunidad.

Pons, tan moreno, se puso colorado alguna vez ante los elogios del Monarca, y su mujer, María Sorolla, también coloreó su rostro en estos momentos, como si en su cara se encendiese una rosa.

—Este retrato... —dijo el Rey mirando a un caballete en el que descansaba un lienzo de mujer.

—Es el de María, señor; no está aún terminado—respondió el artista—. Como V. M. ve, lleva mantilla negra, el fondo es negro, negro el vestido; sólo quiero que destaquen vivamente los ojos...

Y entonces el Rey, con una galantería muy española y muy madrileña, cortó la palabra de Pons con esta frase suya, al tiempo que respetuosamente miraba a la dama:

—Estos ojos que son dos centellas...

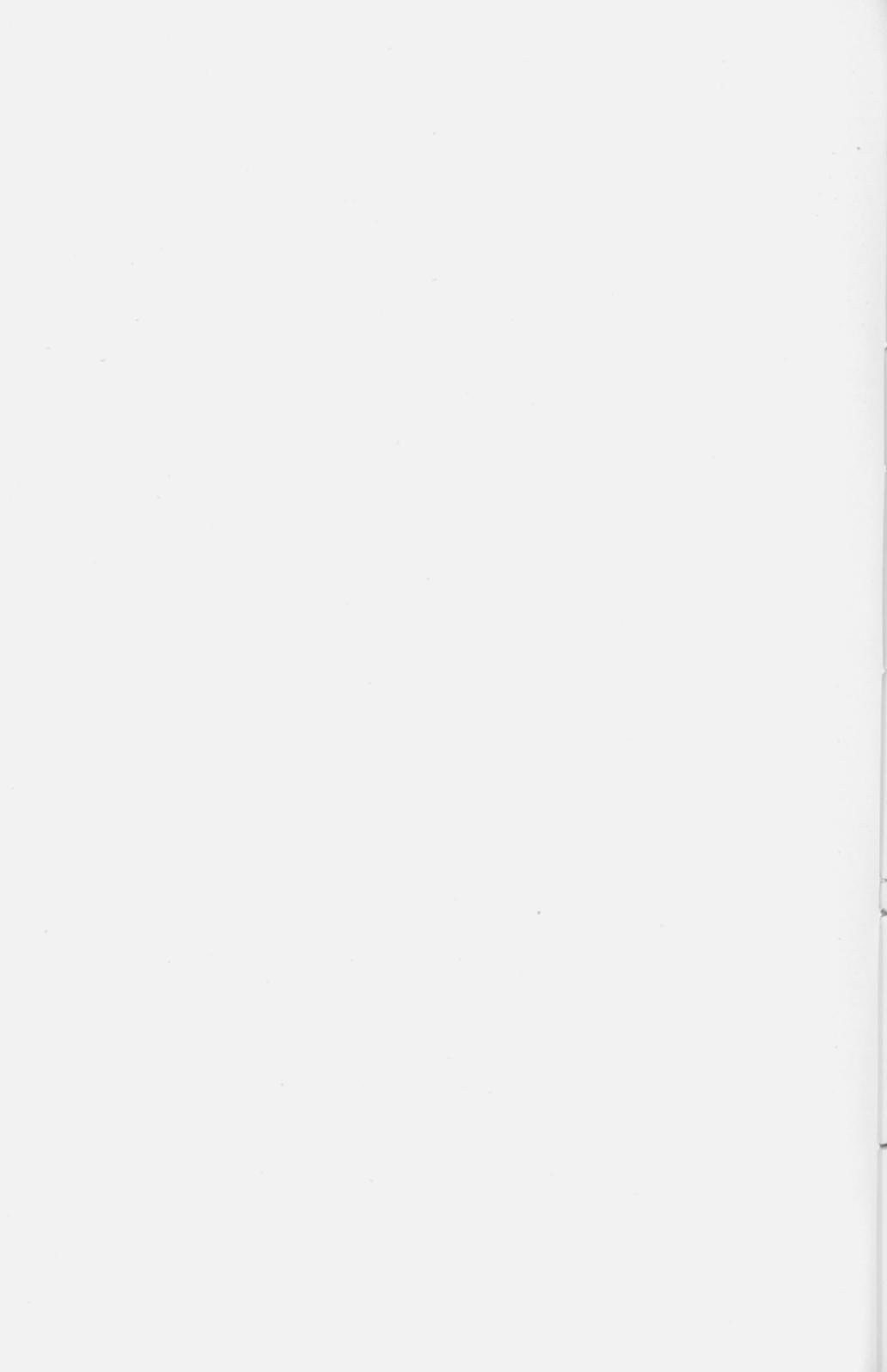
El Sol bañaba el amplio patio andaluz, bello como pocos y como muchos soberano, por ser creación del gran Sorolla, cuando el Rey lo cruzó de nuevo para subir a su automóvil.

—Pons, vuelvo a felicitar a usted.

—Muchas gracias, señor; muchas gracias.

Y el automóvil partió hacia Palacio.

Dentro del estudio quedaron Pons y su mujer, muy alegres, muy felices, muy contentos; pero también un poco tristes, porque cuando llegue Septiembre Francisco Pons Arnau volverá a América, como la otra vez, en busca de nuevos triunfos, y como la otra vez, dejará nuevamente entre las rejas y las flores de estos patios andaluces al mismo amor que le esperó...



OCTUBRE - 1915







Señorita Mimi Tovar, hija de los condes de Tovar de Lemos.  
(Fot. Kaulak.)

## La señorita de Tovar de Lemos y don Luis Escrivá de Romaní.

**C**EN la bella iglesia de Nuestra Señora de la Consolación se celebró esta mañana el anunciado enlace de la linda señorita María Emilia Tovar y Torres, hija de los condes de Tovar de Lemos, con el señor don Luis Escrivá de Romaní y Luxán, hijo de los marqueses de Argelita.

Como es sabido (nosotros lo hemos recordado ya), los condes de Tovar de Lemos fueron los ilustres representantes en España del Gobierno y de la Monarquía portuguesa, hasta que los días turbulentos de la revolución cambiaron el régimen. En España, por ellos tan querida, y en ella tan queridos, quedó instalado el ilustre matrimonio, ya sin representación diplomática, pero con todos los afectos que habían sabido conquistarse.

Y fué aquí, bajo este cielo y este sol, donde *Mimi*—así se la llama—sintió el primer latido de amor, y aquí ha sido donde ha contraído matrimonio con un vástago de noble e hidalga familia aristocrática española.

Estaba la novia bellísima: vestía elegante traje de raso blanco, adornado con encajes; sobre su cabecita y bajo los vaporosos pliegues del velo, descansaba una diadema de azahar. Un collar de perlas y unos pendientes de brillantes completaban su adorno. Y tras ella, llevando el albo manto, destacábanse de la comitiva nupcial las

niñas Mercedes y Luciana Escrivá, hermanas del novio, dos preciosas y angelicales criaturas. El novio vestía de chaquet.

La iglesia se adornaba que era un primor. El altar mayor y la barandilla del presbiterio aparecían cuajados de alelles, claveles y rosas blancas. Completaban el adorno guirnaldas de flores y numerosas plantas.

Resonaron los acordes de la *Marcha nupcial* de Mendelssohn y entraron en la iglesia los novios; ella, del brazo de su padre y padrino; él, dando el suyo a su abuela y madrina la marquesa viuda de Argelita. Y novios y padrinos ocuparon sus respectivos reclinatorios. A sus lados situáronse los testigos, que eran: por parte de ella, el duque del Infantado y don Pedro y don Antonio Tovar, sus hermanos, y por parte de él, los condes de Torata y Oliva y don Manuel de Luxán.

Bendijo la unión el deán de Valladolid, don José Hospital, quien dijo después una misa y pronunció al final una sentida plática.

Durante el acto, el órgano de la capilla, tocado por el padre Múgica, interpretó los *Preludios*, de Booseys.

Entre las muchas personas que asistieron a la ceremonia, figuraban, además de las familias de los novios, las duquesas del Infantado y Tovar, las marquesas de la Mesa de Asta, Portago, Aguila Real y Ribera; la condesa de Romanones, las señoras y señoritas de Dato, Loygorri, Rozalejo, Pérez del Pulgar, Goicoerrotea, Sánchez Tirado y Figueroa y Bermejillo; el ilustre ex presidente del Consejo don Antonio Maura, el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla; el marqués de la Mesa de Asta, el conde de Superunda, señoras y señores de Coello (D. A.), Loygorri, Cabeza de Vaca, Pérez del Pulgar, Flórez, Ribera y Rozalejo; distinguidas familias pertenecientes a la colonia portuguesa de Madrid y otras muchas personas.

Terminada la ceremonia, y después de firmar el acta del Registro civil, salieron los nuevos esposos del templo, recibiendo las felicitaciones de sus numerosos amigos, mientras el órgano ejecutaba la *Marcha procesional* de Lefèbvre-Wely.

Desde la iglesia trasladáronse los invitados al artístico domicilio de los condes de Tovar, en la calle de Hortaleza, donde fueron obsequiados con un espléndido almuerzo.

Los señores de Escrivá de Romani salieron esta misma tarde para El Escorial, donde permanecerán unos días. Después emprenderán una excursión por las provincias del Norte.

A las muchas felicitaciones que ha recibido la feliz pareja unimos la nuestra, muy sincera, deseándole eternas venturas.



Merced a este enlace, los condes de Tovar, que durante el tiempo que representaron a los Reyes y al Gobierno de Portugal cerca de la Corte de España conquistaron el cariño y el respeto de nuestra sociedad, estrechan más aún sus relaciones de afecto con España. Y la sociedad de Madrid, que desde que los distinguidos diplomáticos decidieron instalarse aquí definitivamente los contaba *entre los suyos*, se ha asociado con satisfacción al acto de hoy, concurriendo a presenciar la unión de la señorita de Tovar con el descendiente de una de las más ilustres familias de la aristocracia española.

Recordábamos nosotros algunos detalles de la vida diplomática de los condes de Tovar de Lemos, ministros de Portugal en España desde 1902 hasta Agosto de 1910, en que el conde de Tovar fué nombrado por su Soberano embajador de su país cerca de la Santa Sede; cargo que no llegó a desempeñar porque en vista de la revolución del 5 de Octubre presentó su dimisión, retirándose a la vida privada y continuando residiendo en Madrid.

—Fué la mía—dice el conde de Tovar de Lemos cuando habla de estos sucesos—seguramente la primera dimisión que recibió el Gobierno de la República, Estaba yo en Lisboa preparándome para regresar a Madrid, recoger mis equipajes y marchar a Roma; paseaba yo por aquellas calles lusitanas que tienen para mí los naturales encantos, cuando me sorprendió... Pero ¿a qué recordar lo sucedido? El caso fué que en aquel momento yo redacté mi dimisión y la envié al Gobierno. Días después me vine a Madrid, rinconcito de mis afectos y hoy de mis amores. Ya usted ve—nos añade—en Madrid se ha casado mi hija.

Y luego, poniendo en sus palabras un dejo así... como el de una ilusión no realizada, agrega:

¡Y me quedé sin ir a Roma, y confieso que me encantaban el cargo y la nación! En Roma estuve yo de secretario, siendo joven. ¿Cómo no me había de gustar volver de embajador... siendo viejo?

Y volvamos a nuestros recuerdos. Durante su misión en Madrid fueron muy frecuentes las manifestaciones de cariñosa amistad entre las dos Cortes. En Noviembre de 1902 vino a Madrid S. M. el Rey Don Carlos. En Diciembre de 1903 visitó Don Alfonso XIII Lisboa, donde tuvo toda la cariñosa y entusiasta acogida que nuestro Rey merece y que los portugueses supieron dispensarle. En Marzo de 1906 vuelve Don Carlos a Madrid oficialmente, acompañado de su augusta esposa la Reina Doña Amelia, celebrándose en la Legación un gran banquete y concediéndosele al conde de Tovar la gran cruz de Carlos III. Poco después, en Mayo del mismo año, vino a Madrid S. A. R. el príncipe don Luis Felipe, heredero de la Corona, para asistir a la boda del Rey de España. Al año siguiente—1907—y para asistir al bautizo de S. A. R. el príncipe de Asturias, vino a Madrid el infante don Alfonso, duque do Porto, hermano del Rey Don Carlos. Y finalmente, el 8 de Noviembre de 1909 llegó a Madrid, a las once de la mañana, Su Majestad el Rey Don Manuel. Hubo en la Legación otro banquete, al que asistió Su Majestad el Rey Don Alfonso acompañado de S. A. R. el infante don Fernando. El Monarca español entregó a la condesa de Tovar de Lemos las insignias de la Orden de Damas Nobles de María Luisa. La ilustre señora poseía ya, al venir a Madrid, las de la Orden de Teresa de Baviera.

## Una petición de mano.

**L**os marqueses de las Atalayuelas reunieron ayer tarde en su casa a un buen número de sus amistades, no sólo para festejar el santo de su hija, la bellísima señorita María Teresa de Ayguavives, sino para celebrar también, rodeados de buenos afectos, su petición de mano. En efecto, el intendente general de la Real Casa, marqués de Borja, pidió ayer la mano de la hija menor de los distinguidos aristócratas para el brillante jefe de nuestro Ejército don Alfonso Bayo, comandante de Estado Mayor y jefe de la Aviación militar española.

Así, pues, los allí reunidos, al tiempo que decían a la señorita de los *días*: «Mil y mil felicidades en el día de su santo», significaban a la novia sus más sinceros deseos de que sea venturosa en su próximo estado de señora casada.

Cuando ayer, entre un grupo encantador de señoritas, veíamos a María Teresa mostrarnos su pulsera de pedida abrazando su muñeca de nácar (joya de brillantes y rubies, regalada por su prometido), pensábamos nosotros cómo, aun siendo todavía jóvenes, nos van haciendo viejos estas damiselas bellísimas a las que hemos visto jugar, a las que hemos visto crecer, y que ya hoy nos hablan de boda y mañana nos mostrarán a sus hijitos.

Pero, ¡bah!, no era cosa de seguir pensando en que, si Dios nos deja, aún hemos de ver a los nietos de María Teresa—con lo que

queda dicho que les deseo larga vida—, y comenzamos a saludar a los que allí estaban reunidos cuando llegamos a la casa: la marquesa de Villamantilla de Perales y sus hijos los señores de González Conde (don Diego), la señora de Sarthou y su hija la marquesita de Selva-Alegre, la condesa viuda de Mayorga y sus hijos los señores de León y Cienfuegos, la marquesa de Seijas y su hija Carmen, la condesa viuda de Ardales del Río y su hija la señora de Cáceres, la condesa y el conde de Belascoain, las señoras de Canthal, Palomo y Sánchez de Tirado; el señor y la señora de Nardiz, la señorita de Rábago, el ministro del Japón, M. Horigoutchi; el presidente de la Audiencia provincial, señor Ortega Morejón; el magistrado señor Cubillo, el ayudante de S. M. general Fernández Silvestre, el de S. A. el infante don Alfonso, capitán Moreno Abella; el marqués de Villamediana, los señores Manera, Rojas, Escalera, Weyler, Seijas y Canthal.

Se charló mucho y muy agradablemente; se recordó en aquella tertulia al marqués de Casa Riera, muerto en París, con todo el cariño que el gran marqués se merecía; algo se dijo también de alguna boda que fué suspendida el día señalado para ella, y que dicese que se celebrará, y, en fin, no faltaron temas; pero sobre todos ellos aparecía el tema de la boda de la hija de los dueños de la casa, a la que todos dijeron:

—María Teresa, hija, mil felicidades por tu santo, y otras mil por tu próximo matrimonio.

A él hubo quien le dijo, al tiempo que le daba un abrazo:

—Bien, mi comandante; se sabía que el Cuerpo de Estado Mayor conocía a la perfección la táctica de la guerra. Ahora se ha demostrado que conoce también la del amor, ¡A ser muy felices!

Se sirvió un espléndido *buffet*. Y los marqueses de las Atalayas, con sus hijos los señores de López Montes, que hoy salen para Linares después de haber pasado al lado de sus padres una temporada, y con la gentil María Teresa y don Alfonso Bayo, colmaron de atenciones a sus amigos.

La boda se celebrará a primeros de Diciembre.





Señora doña Beatriz Esteban de Sarthou.

## San Rafael. En casa de los señores de Sarthou.

**L**os señores de Sarthou recibieron ayer a sus amistades. ¿Hay que agregar que por sus salones de la cuesta de Santo Domingo desfiló una buena parte de la sociedad madrileña—aristocracia, política, milicia, letras y arte—para saludar al ilustre matrimonio y felicitar a don Rafael Sarthou, que celebraba *sus días*?

Durante toda la tarde reinó en aquellos salones una gran animación: en el salón de baile, en el de retratos, en el *hall*, en la galería, en el despacho, donde no faltaban las mesas de tresillo y de *bridge*; en el comedor, donde brilla a porfía la plata repujada y donde aparecía la mesa repleta de manjares, reuniéronse los amigos del brillante coronel de Caballería, del ilustre ex senador, del consecuente político, tan querido de todos y de todos tan respetado, y fueron amenas las charlas e interesantes y varias las conversaciones, porque no podían ser de otro modo, dado los momentos políticos y dado el que allí estaban cuatro ex ministros de la talla de don Félix Suárez Inclán, de don Juan de la Cierva, del general Luque y del almirante marqués de Pilares.

Claro es que se habló de política, en los términos generales en que podía hacerse; claro es que con vivo contento se comentó el excelente estado de salud de S. M. el Rey, que ha cumplido y cumple exactamente su programa trazado desde antes de su viaje

a San Sebastián, y claro es que, como primera reunión del año, se cambiaron muchas impresiones y noticias de sociedad.

En un grupo encantador, presidido por la gentil marquesita de Selva-Alegre, hija de los dueños de la casa, lucían su belleza tres futuras casaditas, tres novias que recibían muchas enhorabuena por sus próximos enlaces: una, Mimi García Prieto, hija de los marqueses de Alhucemas; otra, María Teresa Ayguavives, hija de los de Atalayuelas, y otra, Jesusa Groizard, hija del magistrado don Carlos y nieta de don Alejandro, el ilustre ex presidente del Consejo de Estado.

—¿Cuándo es ese buen día?—les decían.

Y las señoritas de García Prieto y de Atalayuelas contestaban:

—Para primeros de Diciembre.

La señorita de Groizard decía:

—El 7 de Enero.

—Vamos, vamos—le comentaban sonriendo—. No se portan mal los Reyes Magos.

Sabiase otra noticia halagadora: los condes de Broel de Plater no han muerto. ¡Qué bien hicimos en publicar con interrogantes la noticia de su posible defunción! Corrió el rumor con visos de verosimilitud, y, sin afirmarlo, dimos la noticia, añadiendo: «¿Será verdad?» Y, por fortuna, no lo ha sido. La marquesa de Villamagna nos dijo ayer:

—He recibido un telegrama de nuestro embajador en Rusia, conde de Cartagena, diciendo que los rumores no se han confirmado y que los condes de Broel de Plater viven.

—¿Quiere usted algo para Suiza?—nos dice la bellísima condesa del Villar.

—¿Se va usted?

—Por una corta temporada; vuelvo pronto. Ya no sé vivir sino en España; pero conservo aún mi favorita afición de viajar. ¡Disfruto tanto! Pero España, ¡tanto tiempo alejada de ella!, me atrae.

—Como que no hay nada mejor—replica vivamente una hermosa señorita que bajo las amplias alas de su sombrero negro asoma su cara de española. Y mirándome, añade:—¿No es verdad, León-Boyd, que España es una hermosa tierra?

—¿Cómo no ha de serlo si es la patria de usted?

Quien así hablaba, quien así sentía, quien así pensaba de España, era la señorita Mercedes Bernaldo de Quirós y Acosta, lindísima hija de los marqueses de la Cimada.

- Yo soy español - le decía uno - ; pero si no lo fuera me nacionalizaría por ser compatriota de usted.

La marquesa de Amboage, la duquesa de Canalejas, las señoritas de Suárez Inclán, Carmencita Cuesta... cruzan ante nosotros.

- ¡Vaya un ramo!

- Rosas de olor, amigo mío.

- Todas españolas.

- Y si no lo fueran... merecerían serlo.

Sarthou, complacido al verse tan felicitado, atiende a todos sus amigos; su amable esposa, hija de aquel ilustre marqués de Torrelaguna, ejemplo vivo de voluntad y de trabajo, tiene para todos una atención; Beatricita, la bella marquesa de Selva-Alegre, con sus primas las bellísimas señoritas de Ortueta, presiden el elemento joven; Luis Esteban y Juan Ortueta secundan a sus hermanos - los dueños de la casa - en hacer los honores.

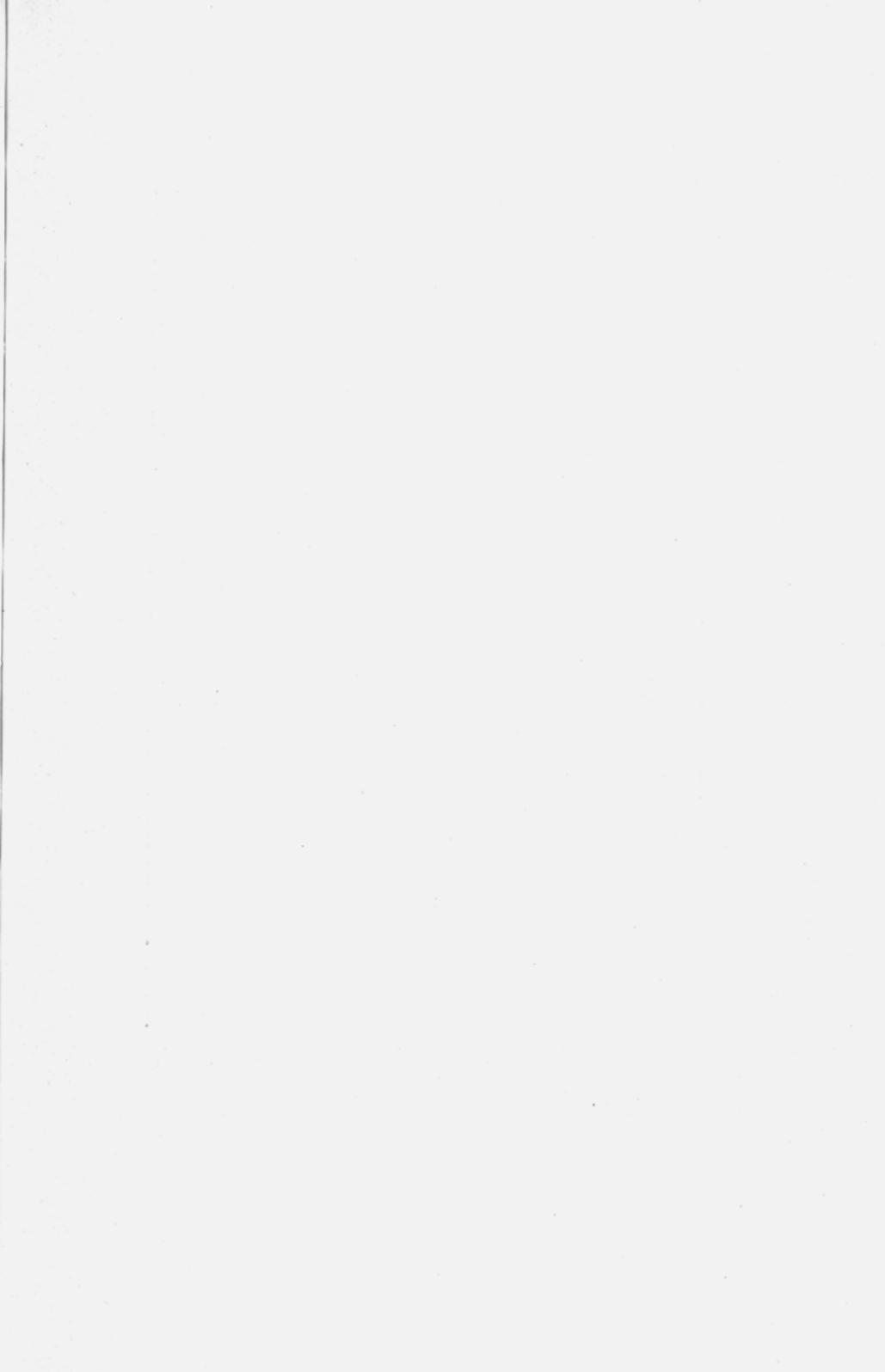
Y nosotros, que queremos decir luego en nuestra crónica a quiénes hemos saludado en los momentos que hemos estado en los salones, los recorreremos, viendo a algunos más de los citados, y cuyos nombres nos parece recordar; marquesas de Casa-López, con su sobrina Andreíta Oñate; Garcillán, San Eduardo, Moret, Seijas, con su hija Carmen; Villamantilla de Perales y Atalayuelas; condesas de Romanones, Mayorga y viuda de Mayorga; señoras y señoritas de Suárez Inclán, La Cierva, Jove, Calbetón, viuda de Bárceñas y su hija, Cavalcanti, Rodríguez, Kindelán, Loygorri, Sanz y Escartín, viuda de Santana, Brull, Cuesta, Martínez Agulló, González-Conde, Oltra, Lloréns y León y Cienfuegos.

El ministro del Japón, madame Horigoutchi y sus dos hijos.

Don Alejandro Groizard, los marqueses de Encinares, Amboage, Valdeiglesias, Belzunce, Camarines, San Eduardo; el académico don Eugenio Sellés, marqués de Gerona; el diplomático marqués de Dosfuentes, condes de Mayorga, Torre-Vélez y Monterrón; el barón de la Vega de Hoz, los generales Cavalcanti y Sáenz de Buruaga, los señores Francos Rodríguez, Groizard (D. C.), Castillo, Castelló, Seijas, Manzano, Kindelán, Puerta, Loygorri, Llorente, Quiro-

ga, García de la Lama, Ansaldo, Bayo, Garrido (D. A.), Maestre, Núñez Topete, San Miguel, Alvarez de Estrada, Angulo de Mendoza, Velasco, León, Mendoza, Escalera, Retortillo, Baeza, González-Conde, Oltra, el ilustre artista Juan Antonio Benlliure y Pepito Canalejas.

En suma, que se pasaron unas horas muy felices en aquella agradable residencia.





Señorita Concepción Espinosa y Villapececellín, hija de los vizcondes  
de Garci-Grande.

(Fot. Kaulak.)

## La Srta. de Garci-Grande y don Álvaro Sizzo-Noris.

**C**N la iglesia del Inmaculado Corazón de María, de la calle del Buen Suceso, se celebró esta mañana la boda de la encantadora señorita Conchita Espinosa y Villapeceñin, hija de los vizcondes de Garci-Grande, condes de la Cabaña de Silva, con el distinguido joven don Alvaro Sizzo-Noris, perteneciente a aristocrática familia valenciana.

La capilla había sido adornada con mucho gusto. Sobre el altar, lleno de flores, se destacaba la imagen de la Inmaculada; la barandilla del presbiterio veíase cubierta de claveles y crisantemos blancos; elegantes lauros reales, unidos por guirnaldas de flor blanca, se extendían a lo largo del templo.

Realmente no se merecía menos la encantadora novia. Su vestido de tisú de plata envolvía graciosamente entre los encajes de su adorno su figura gentil, y su manto del mismo tisú, llevado por tres angelicales criaturas—hermana y sobrinas de los novios—, cubría-la con cierto aire de majestad. Sobre sus cabellos rizados lucía una coronita de azahar, ostentando como adorno de joyas las regaladas por su prometido: un collar de perlas y unos pendientes de brillantes. Y a los acordes de una orquesta, hábilmente dirigida por Moreno Ballesteros, entraron en el templo—ya ocupado por distinguida concurrencia—los que iban a recibir la bendición nupcial: ella, del brazo de su padre y padrino, el vizconde de Garci-Grande, que

sobre su uniforme de maestrante de Ronda se cruzaba con la banda de Isabel la Católica; él, de chaquet, dando el brazo a su madre y madrina la condesa de Sizzo-Noris, que, sobre los tonos oscuros de su vestido, dejaba caer la blonda de la mantilla española.

Y se celebró la ceremonia, en la que figuraron como testigos, por parte de la desposada, el conde de Toreno, los marqueses de la Ribera y Castellanos, don Mariano Villapecellín y don Antonio Garay, y por la del contrayente, los marqueses de Benicarló y de la Calzada, el general Jofre, el conde de Berbedell y don Diego de León.

¡Cuántas y cuántas felicitaciones recibieron los nuevos esposos, que hoy mismo salieron para París, desde donde continuarán su viaje a Suiza! ¡Cuántas y cuántas venturas se les desearon!

Además de la vizcondesa de Garci-Grande y sus hijos, de la vizcondesa viuda del mismo título y de otras personas de la familia, asistieron a la ceremonia la duquesa de Sotomayor, con sus hijas: las marquesas de Benicarló, Ribera, Santa Cristina, Someruelos, Garcillán, Villalcázar y Santa Cristina; condesas de Albos, Mayorga, Sizzo-Noris y viuda de Mayorga; la vizcondesa de Amaya, y las señoras y señoritas de Garay, Piñán, Vitorica, Oriol, Mora, Núñez de Prado, Avial, Travesedo, Silvela, Esteban Collantes, Ximénez de Sandoval, Martínez de Irujo, Orellana, Bermúdez de Castro, Avial, Beruete, Quiroga y Navía Osorio, viuda de Suárez, Lacy, Sáinz de los Terreros, Salvador, Rábago y Jiménez Blanco, entre otras muchas.

También concurrieron el ex ministro conde de Esteban Collantes, el general Garrido, los marqueses de Villalcázar y Valdeiglesias, y los señores de La Riva, Beruete, Sáinz de los Terreros, Salvador y otros.

Desde el templo se trasladaron los nuevos esposos a la residencia de los vizcondes de Garci-Grande, donde fueron obsequiados los invitados con un espléndido almuerzo.



La canastilla no puede ser, en verdad, más rica, ni más espléndidos los regalos recibidos por los novios. La sociedad de Madrid y la de Valencia han demostrado sus simpatías a los novios, enviándoles valiosos presentes.

Colocados todos los regalos en los salones de la casa de los vizcondes de Garci-Grande, en unión de las alhajas cambiadas entre ambas familias, de los vestidos donados a la novia por su prometido y por su madre, y de la ropa blanca que la señorita de Villapeceñin lleva al matrimonio, adviértese la riqueza y el buen gusto que unos y otros han demostrado.

Son, en efecto, dignos de especial mención los regalos cruzados entre los novios y sus familias.

Don Alvaro Sizzo-Noris ha depositado en la canastilla de su prometida: un bolsillo, de malta de oro y cierre de piedras preciosas; un hermoso collar de perlas, unos pendientes, de perlas también; una linda pulsera, de brillantes y rubíes; una sortija, con un rubí en el centro, orlado de brillantes, y un imperdible, de brillantes y zafiros.

Le ha regalado, además, una colección de valiosos encajes antiguos, entre los que figuran dos pañuelos, una mantilla, y los países—uno blanco y otro negro—de dos abanicos.

Son igualmente regalos del novio un abrigo de calle y cuatro elegantes trajes: uno de ellos, el de desposada, blanco, de tisú de plata, guarnecido de encajes de *point à l'aiguille*.

El señor Sizzo-Noris ha regalado, además: una sortija con una gruesa perla y una botonadura de esmalte blanco, con doble cerco de brillantes, a los vizcondes de Garci-Grande; un collar de perlas, a la señorita Carmen Villapeceñin, hermana de la novia; otra botonadura, también de esmalte, con brillantes, a don Manuel Villapeceñin, y una sortija de brillantes, con un zafiro en el centro, en forma de óvalo, a la señorita de Garay, hija asimismo de los vizcondes de Garci-Grande.

La novia regala a su prometido una rica botonadura de zafiros y brillantes y otra de perlas, y a la señora de Sizzo-Noris, madre de él, una sortija con un magnífico zafiro rodeado de brillantes.

Los vizcondes de Garci-Grande han regalado a su hija un collar de brillantes de gran valor, y a su futuro hijo político un afiler de corbata con una hermosa perla. Le han dado, además, a ella, siete elegantes sombreros, seis vestidos, una salida de teatro, adornada con magníficas pieles, y un manguito y un *boa* de Chinchilla.

Toda la ropa blanca está guarnecida asimismo con *Valenciennes*, y el juego de boda con la misma clase de encajes que el traje de desposada.

La señora de Sizzo-Noris ha regalado a la novia un valioso *pendantiff* de rubíes y brillantes; un broche manteniendo una corona de oro, con brillantes y rubíes; una pulsera con una turquesa, rodeada de brillantes, y un reloj pequeño, de oro, con las iniciales grabadas en la tapa. Los señores de Garay, hermanos de la novia, a ésta, una sortija con una perla soberbia y un brillante de gran tamaño, y al novio, otra hermosa joya; Manuel y Carmen Villapeceñin, a su hermana, unos pendientes de brillantes, y a su nuevo hermano, un reloj de oro, con el escudo de la Casa del novio, en esmalte, y por último, la vizcondesa viuda de Garci-Grande, tía de la novia, a su sobrina, unos pendientes con brillantes.

La mayoría de estas espléndidas joyas han sido hechas en las casas españolas de J. Diaz, de Mellerio (como el collar y la diadema de brillantes) y de Sanz, con una delicadeza en el trabajo y un gusto en el arte que honra a la orfebrería.

Entre otras alhajas recibidas por los prometidos, figuran una valiosa sortija de brillantes, con un rubí, regalo de los marqueses de la Ribera; un imperdible, de oro y brillantes, del conde de Pie de Concha, y algunas más.

Los restantes regalos, como ya hemos dicho, son innumerables, y su relación ocuparía gran espacio. Citaremos, por proceder también de personas de la familia, un juego de comedor, de plata, enviado por los marqueses de Benicarló; un servicio de té, de plata también, de los hijos de éstos: Sara, María Victoria y Guillermo, y unos *bols*, del mismo metal, regalados por don Mariano Villapeceñín, tío de la novia.

Entre los demás presentes figuran objetos de todas clases: lámparas, abanicos, blondas, jarrones, etc.; todo de gran mérito y gusto.

Para conmemorar este suceso familiar, repartieron entre sus relaciones los nuevos esposos unas elegantes cajas de dulces con el sello de Hidalgo.





La marquesa viuda de Vivel.

*(Fot. Debas.)*

## La marquesa viuda de Vivel.



LA Muerte acaba de sembrar una nueva tristeza en nuestro corazón, arrebatando a nuestro afecto la vida de la marquesa de Vivel. ¡La marquesa de Vivel! Acaso vosotras o vosotros, mis jóvenes lectores, no recordéis bien este nombre ilustre porque no lo leáis a la continua en las crónicas del gran mundo; pero a buen seguro que los viejos lectores en cuyas manos puedan caer estas páginas, recordarán el nombre de la dama desaparecida y junto a él una larga serie de buenas acciones y de sanos ejemplos que imitar.

Porque esta ilustre dama que hoy lloramos, porque nos contrista su muerte, no frecuentaba ya la vida mundana en la que en tiempos pasados tanto brilló por su posición y por su ingenio, sino que su principal ocupación, sus favoritas aficiones eran poner en práctica muchos rasgos de caridad de esos que llevan tranquilidad a quien los recibe y goce espiritual a quien los practica. Por eso, si en las crónicas de la vida mundana no solía leerse el nombre de la marquesa de Vivel, en las crónicas del bien—si se escribieran todas las que debían escribirse—aparecería su nombre aureolado de todas las virtudes.

La muerte de la dama que nos ocupa trae a nuestra memoria—no vieja todavía, por fortuna—no sé cuántos recuerdos; porque aunque nosotros no hemos vivido todo lo que vamos a referir, lo

hemos oído contar a viejos—y como viejos casi siempre buenos—amigos nuestros. *Monte-Cristo* ha tenido el acierto de rememorar muchas cosas pasadas con el triste motivo de la muerte. Por la misma causa me hago yo eco de muchas de esas notas.

De esclarecido linaje, doña María del Carmen Juez-Sarmiento y García-Herrerros pertenecía por su padre a una familia oriunda de Aragón, cuya antigüedad se remonta a los tiempos de Don Fernando el Católico, y era nieta por la línea materna de aquel célebre ministro de Fernando VII que figuró en las Cortes de Cádiz.

La hija de éste, doña María del Rosario García-Herrerros, casada con el señor Juez-Sarmiento, de la noble familia de los marqueses de Cusano, vivió luengos años en una vetusta casa de la calle de Alcalá, que hubo de derribarse para levantar el soberbio edificio de «La Equitativa». La anciana señora, sobre cuya plateada cabellera resbalaban los negros encajes de la cofia, que era el tocado habitual de nuestras abuelas, presidía uno de esos salones patriarcales que ya sólo viven en la memoria de quienes los alcanzaron.

Era el castizo salón de la época *isabelina*; grandes butacones de caoba tallada, tapizados de terciopelo de Utrech; cortinajes de lo mismo, sobre cuyo oscuro fondo, verde o carmesí, destacaban heráldicos escudos bordados en tapicería y rematados por la cimera que daba al aire su penacho de plumas; alfombrados tapetes cubriendo las mesas, sobre las que brillaban a la pálida luz de los quinqués los dorados herrajes de los álbumes que guardaban la colección de daguerreotipos familiares, y completando la decoración espejos ovalados en las paredes, flores de trapo resguardadas por cristalinos fanales sobre las consolas de caoba y retratos al óleo de ignorados artistas, imitadores de Esquivel y de Federico Madrazo, el elegante pintor de las bellezas de la Corte de Isabel II.

En aquel ambiente tranquilo y señoril se destacaba la noble figura de la señora de Juez-Sarmiento, rodeada de su numerosa descendencia. La mayor de sus hijas, doña Ana, se casó con uno de los políticos más batalladores de la democracia y uno de los oradores más brillantes de nuestro Parlamento, don Lino Peñuelas, ingeniero de Minas, diputado por Almadén, director de Obras públicas, hombre de grandes méritos a quien Sagasta hubiera elevado a los

Consejos de la Corona, si una muerte prematura no malograra en ciernes tan justas esperanzas.

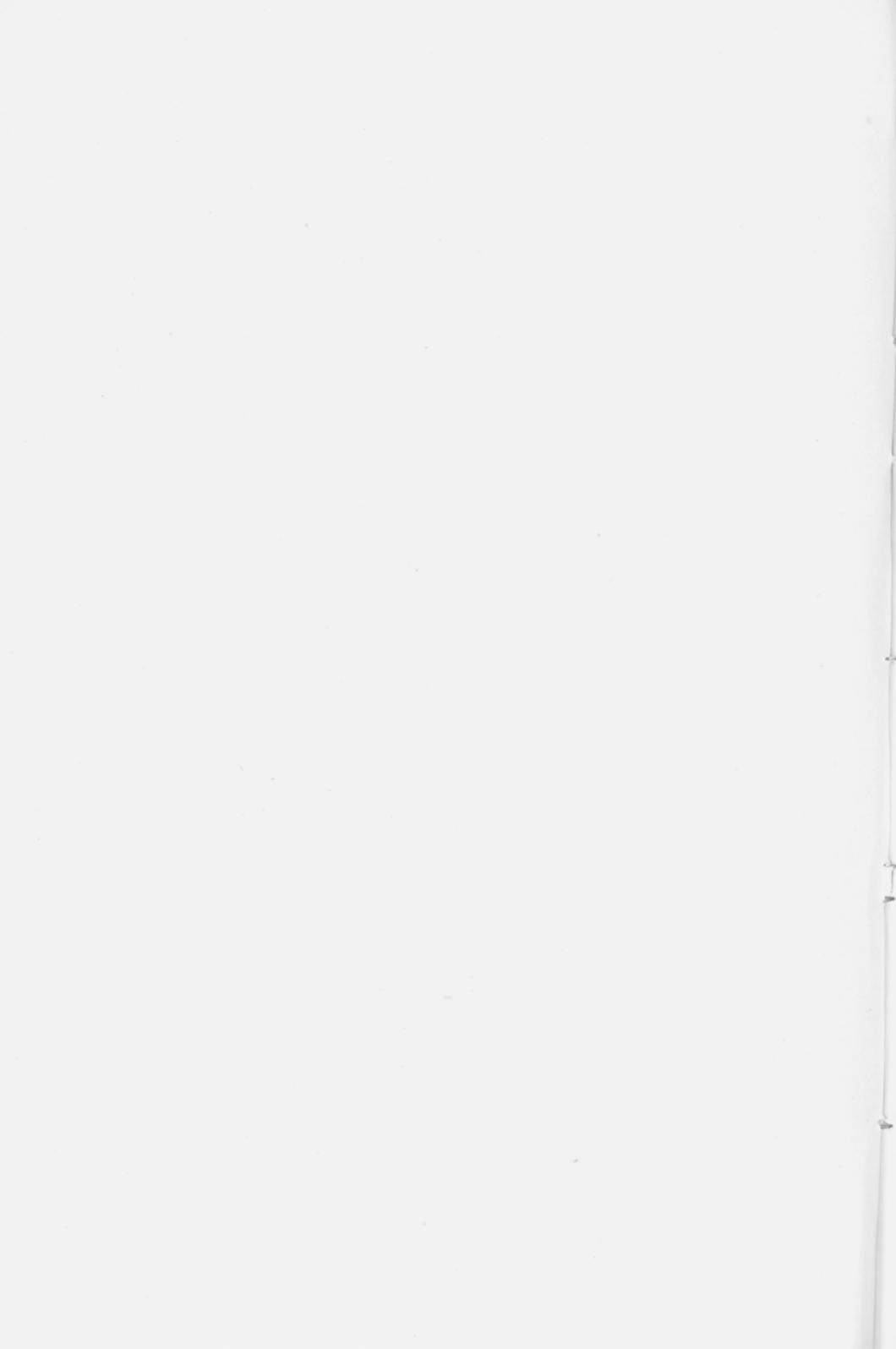
Otra de sus hijas, doña María de la Paz, contrajo matrimonio con don José de Villalobos, perteneciente también a una ilustre familia y cuya hermana—una gran hermosura—casó con el conde de Gomar. Otras hijas, como doña Isabel, murieron solteras, y la más joven, doña María del Carmen, que las sobrevivió a todas y hoy lloran sus deudos y amigos, fué la esposa de un noble valenciano, el marqués de Vivel, cuyo título tiene su origen en una de esas antiguas baronías del reino de Valencia, que se remonta al año 1400.

El marqués de Vivel, fallecido no ha muchos años, ejerció importantes cargos en el Consejo de Estado, fué diputado a Cortes y gentilhombre de S. M. y dejó en la política y en la sociedad muy grata memoria; su hermano don José Martínez-Agulló, casado con una Márquez, fué director de lo Contencioso.

Hijo de los marqueses de Vivel es el joven diputado por Albaida que lleva actualmente dicho título y figura dignamente en la política afiliado al partido conservador.

Por la muerte de la noble y caritativa dama quedará vacante un cargo de vicepresidenta en el Ropero Reina Victoria, que ella desempeñaba con su gran inteligencia y su habitual esplendidez, mereciendo en varias ocasiones el aplauso de nuestra soberana.

Descanse en paz la marquesa de Vivel y reciba su hijo la expresión de nuestro pésame.



NOVIEMBRE - 1915



## Un salón menos.

**C**L otoño es, sin duda, una de las épocas más animadas de Madrid. Todo renace, todo vive. Comienzan las pequeñas reuniones, las pequeñas partidas de *bridge*, los días de moda en los teatros, los agradables tés del Ritz y del Palace, con sus consabidos bailecitos. Todo está animado y todo está bien; pero para el mundo aristocrático el otoño actual no ha sido completo; ha faltado algo, un algo que era así como el principio de la *season*.

Todos los años la casa de los barones del Castillo de Chirel era la iniciación de la vida de sociedad. En sus salones, el día de San Carlos y el del Patrocinio de Nuestra Señora, se reunía el mundo aristocrático para felicitar al ilustre matrimonio; pero tal reunión no era sólo la prueba de afecto a personas tan queridas, era ya, por la fuerza de la costumbre, la primera fiesta del año, en la que todos se veían después de sus excursiones veraniegas, en la que se lucían las primeras modas, en la que se cambiaban los primeros saludos.

Era cosa obligada la visita al hotel de los barones del Castillo el 4 de Noviembre y el primer domingo de este mes; tan obligada que ni los barones invitaban; bastaba saber que el matrimonio «se quedaba en casa» para que a ella acudieran todos sus amigos. Y en los salones de la calle de Ayala, tan íntimos, tan familiares, tan sinceros, tan sencillos, confundíanse en agradable conjunto todas las

aristocracias: la del Arte, la de la Sangre, la de las Letras, la de la Política.

—Hasta mañana en casa de Chirel—se decían todos la víspera de cada santo.

—Hasta Noviembre en casa de los Chirel—se repetían unos y otros al abandonar sus residencias veraniegas.

Y es que no faltaban desde tantos y tantos años las consabidas recepciones, los consabidos bailes, a los que los barones accedían encantados por complacer a su hija Lolita, por complacer a toda la juventud aristocrática. Y toda esta simpatía de los Chirel y por los Chirel, era y es justificada. Hogar modelo donde sólo impera el cariño; hogar cristiano donde no había, ni hay, más religión que la de Dios; hogar amante en el que los padres se desvivían por sus hijos y por sus nietos; hogar dichoso en el que la Desgracia no había puesto su mano trágica, todo era allí paz, tranquilidad y dulzura. Podría decirse—tal era la sencillez que allí se encontraba, el afecto con que a uno le recibían—que aquello era una continuación de nuestro hogar. Así, las horas pasaban allí encantadoras, deliciosas, brevísimas, sintiendo que llegase el momento en que al poner un beso sobre la mano de la baronesa o al estrechar la del barón, decíamos siempre:

—Mil felicidades y otras mil y mil más porque todas se las merecen ustedes.

Era, además, la casa de los Castillo de Chirel, el salón escogido por muchas damas para presentar en sociedad a sus hijas. Sabían cómo se pensaba entre aquellos muros. Y allí vimos nacer a las fiestas mundanas a no sé cuántas bellezas juveniles—las hijas de los duques de Tovar, la señorita de García Molinas, la hija mayor de los duques de Tetuán, entre otras muchas—que este año tampoco han podido acudir a aquel espléndido salón de baile, digno marco a su distinción y a su hermosura. ¿Cuántas crisis se supieron allí? ¿Acaso no recibió en aquel despacho del barón la primera enhorabuena un nuevo ministro?

Y no sólo esto: a casa de los barones del Castillo de Chirel solían acudir en estos días muchas damas de las que ya hoy no frecuentan la sociedad. Los años han echado sobre ellas su pesada carga.

¿Qué «secreto» poseían los salones de los Chirel para atraer de esta manera? Ya lo he dicho: la paz, la dulzura, la tranquilidad, el cariño, la «verdad» que allí se respiraba, esa verdad tan falseada a veces, tan engañosa otras, tan de oropel en muchas ocasiones. Por eso en aquellos salones no encontraron agrado solamente los aristócratas de la sangre sino también los del talento, y por eso era frecuente saludar allí con los representantes de ilustres Casas españolas, nobles por su hidalguía y por su estirpe, otras insignes personalidades como Cánovas, como Silvela, como Villaverde, como *Fernánflor*, como Rancés, como Rodríguez Cortina, como *Kasabal...* para no citar más que los que ya no viven sino en la memoria de todos.

Más de una vez se recitaron allí versos; sin pompa, sin boato, sin «corro» en derredor que festejara o criticase, resonó la musa de los poetas al paso de delicadas hermosuras. ¡Quién no se siente poeta al paso de una dama! ¡Quién no se siente *Don Quijote* al paso de una *Dulcinea* y musita en sus labios:

«Pasad, damas hermosas.  
Vaya el clavel envuelto entre las rosas.»

Más de una vez yo oí a mi ilustre y admirado amigo *Kasabal*, maestro en este difícil arte—difícil si se han de hacer bien—de las crónicas de sociedad, recitar quedamente con el gran poeta de las damas:

«Las hijas de las madres que amé tanto  
me besan ya como se besa a un santo.»

¡Cuántos recuerdos nos sugiere este hotel de los barones del Castillo! ¡Cuántos recuerdos nos ha sugerido esta casa, este año, cuando en lugar de penetrar como tantos otros en las fechas citadas, nos hemos limitado a entregar al portero nuestra tarjeta, no de felicitación—no era posible—sino de recuerdo. Este año no ha habido lo de todos, lo de siempre, lo de tantos años. La Desgracia lo ha querido así. Lo ha ordenado el Destino. ¿Qué hacer sino resignarse a ver cerrados estos salones en los que hoy sólo hay duelo y tristeza y amargura? Porque la desgracia, que aún no había puesto su

mano—mejor su garra—en el hogar feliz de los Chirel, hizo su aparición con trágica fiereza, y en unos meses, en el transcurso de sólo unos meses, arrancó al cariño de todos tres amores muy grandes, tres vidas muy queridas, tres seres muy amados: primero a la señora de Muguero, después a la condesa de la Ventosa—dos hijas de los barones arrebatadas al amor de sus esposos y de sus padres en plena juventud—; después, poco tiempo después, la guadaña fatal de la Muerte segó la vida del propio barón, jefe de la amorosa familia, patriarca del amante hogar, de aquel Carlos Frígola, como le llamaban los que en su juventud le conocieron, cuando sus vigores físicos e intelectuales los ponía al servicio de esta causa de la Prensa y allá sobre los pupitres de la tribuna del Congreso escribía sus cuartillas políticas al tiempo que otro querido amigo, hoy ex ministro de Instrucción pública, el conde de Esteban Collantes, escribía las suyas para su periódico favorito.

Todo aquello pasó y todo esto también. Recuerdos son ya de un ayer más o menos lejano. La vida hizo cambiar de rumbo a los dos aristócratas, y las cuartillas, escritas por afición, fueron abandonadas. La Muerte, ahora, contra la que no hay sino un silencio que dicta el dolor, ha puesto crespón donde hasta hace unos meses todo fueron rosas y claveles. Este año no ha habido la primera recepción de siempre, la «sabida», la «obligada», y el día del Patrocinio, en el que la baronesa ha celebrado su santo, su hotel de la antigua calle de Pajaritos no se ha cubierto de flores. Porque las flores han caído en el presente sobre unas sepulturas que guardan los más puros amores de la vida: el del compañero del vivir, el de los hijos que bendijo el Cielo.

¿Hasta cuándo estará cerrado este salón tan madrileño, tan español, tan nuestro? ¡Quién lo sabe, lector! El Destino manda.

## En la Legación del Japón.

**H**oy vamos a la Legación del Japón—nos dijimos ayer—. Para celebrar la coronación de su Emperador, ofrecían una recepción a la sociedad madrileña el encargado de Negocios del Imperio del Sol Naciente y la bella madame Horigoutchi, y habían tenido la galantería de invitarnos. Y a la residencia diplomática dirigimos nuestros pasos. Caminábamos despacio, pausados, porque las barricadas que el Ayuntamiento de Madrid levanta en las calles un día sí y otro también, no nos permite acelerar nuestro paso aunque tengamos necesidad de ello; y en este caminar sosegado, nosotros, a veces también un tanto pequeños filósofos, pensábamos en los momentos críticos, difíciles, trágicos para el mundo entero, en que el nuevo Emperador es coronado. Pocos monarcas—seguíamos diciéndonos—habrán subido al Trono de su patria en circunstancias tales, en momentos como los presentes, en los que el más duro corazón se conmueve ante el horror de la contienda.

Y llegamos a la Legación. Ante el blanco edificio que se alza ante la estatua misma de Espartero, zaherida anteayer en el Congreso por Rodrigo Soriano, se detiene nuestro coche, nuestro automóvil, mejor dicho, *nuestro* momentáneamente, para mayor exactitud, y descendemos de él. Cruzamos la acera entre esas inevitables filas de curiosos y desocupados que se forman siempre ante las casas en que se celebran fiestas, y atravesando el amplio zaguán

penetramos en el ascensor. ¡Suerte la nuestra! Damos por bien empleado el paso que hemos traído y las consabidas barricadas, que nos han hecho coincidir con la presencia de dos damas como las que ya en el ascensor tenemos el placer de saludar: la condesa de Romanones y la duquesa de Canalejas, dos *ex jefas* de Gobierno. Una de ellas volverá a ser presidenta cuando la política lo indique; la otra, la joven dama que en el florecer de su posición social... ¡Y qué sé yo las cosas que se agolpan a nuestra memoria! Entre otras, recordamos la fecha trágica de mañana 12, tercer aniversario de la muerte infame de aquel gran hombre que se llamó José Canalejas. Aún nos parece sentir el estremecimiento que sacudió a España entera en aquella mañana fría, helada, en que la bala de un loco o de un criminal segó para siempre aquella existencia.

Y al renovarle nuestro pésame, escuchamos unas palabras que no dejan de producirnos una emoción entre grata y amarga, entre de amor y de sacrificio. La viuda de aquel presidente asesinado ha cumplido hace dos noches una promesa: desde su elegante casa de la calle de Alcalá hasta la Basílica de Atocha, donde reposa su marido, ha ido descalza; desde la Basílica hasta su casa, descalza, absolutamente descalza, hasta sin la fina media de seda, volvió la dama.

—¡Qué quiere usted! ¡Qué quieren ustedes!—nos dice—. Lo tenía ofrecido y había que cumplirlo.

Y nos repite amorosamente:

—Por su memoria, todo.

Entramos en los salones; la concurrencia es numerosa, la música deja escuchar los primores de un concierto, la iluminación es espléndida. ¿Dónde estará la señora de la casa? ¡Ah! Sí. Ya la vemos. Un vestido de encaje blanco adorna su figura. Junto a ella, M. Horigoutchi, el distinguido diplomático; junto a los dos, sus hijos, que, dicho sea en su elogio y para nuestra satisfacción, hablan muy bien el español, y, al contrario de lo que hacen algunos de los nuestros y no muy lejos del mundo social, gustan de hablarlo.—Muchas gracias, señoritas de Horigoutchi. Aprendan ustedes, señores que prefieren otros idiomas. Hay que ser siempre muy españoles. Por eso nos parece muy bien el impuesto que va a imponer el alcalde a

todos los industriales que tienen puesto el rótulo de sus comercios en idioma que no sea el de Cervantes.

Recorremos los salones. Vemos en éste al ex ministro marqués del Vadillo, a la marquesa y a su hija Mery.

—¿Cómo va ese valor, marqués?—dicen al ilustre catedrático, al cariñoso profesor de tantas juventudes en la Universidad Central.

—Jubilado, amigo mío—responde—. Yo soy ya un jubilado, créalo usted.

—Pero no por los que han sido sus discípulos, que esos no le jubilarán nunca. En el *activo* de sus recuerdos gratos figura siempre usted.

Y con un dejo de placidez y de amargura, de esa placidez y esa amargura que los años ponen siempre en las vidas de los que han trabajado mucho, nos dijo:

—Yo tampoco olvido á los que asistieron a mis clases. Un profesor no puede olvidar nunca los recuerdos del aula.

Me pareció que por el alma del catedrático, no por la del ex ministro, cruzó una ráfaga de tristeza.

Seguía sonando la música en aquel saloncito-rotunda; ante nosotros cruzaban no sé cuántas bellezas juveniles: María Núñez de Prado, la marquesita de Espinardo, Amparito Quiroga, Manolita Esteban Collantes, Andreíta Oñate, Carmela Seijas, Pura y Rosario Hoces, Asunción Cortés... ¿Dónde iban? ¿A bailar, acaso? Sí, a bailar. Se habían acercado a Mme. Horigoutchi, habían solicitado su permiso para unas vueltecitas y... ¿cómo negarse? Además, aquellos acordes del sexteto invitaban al *fox-trot*, al *one-step*, al *two-step* y a todos estos bailecitos de nombres—todo lo elegante que se quiera—tan poco sonoros y tan poco suaves.

Bailó, pues, la juventud aristocrática, para dejarlo pocos minutos después porque... la luz quiso *brillar* por su ausencia. Todo quedó a oscuras. Es decir, a oscuras no, porque los ojos de algunas de las damas y damitas allí presentes suplían con creces a la luz que se había ido. En este momento llegó la señora del presidente del Consejo con su hija Isabelita Dato.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, señorita de Dato; que la luz, al verla entrar a usted, se ha sentido vencida.

Pero pronto quedó restablecida la corriente y de nuevo se iluminaron los salones y siguió bailando la juventud. Siguió bailando porque, aunque los momentos presentes ponen en todas las manifestaciones de la vida social cierto comedimiento, la juventud, que entiende aún poco—por suerte para ella—de dolores propios, menos ha de entender de amarguras ajenas; y siguió bailando porque gozaba con ello y... ¡es tan agradable ver gozar al que puede hacerlo en esta vida! Y más cuando está en nuestra mano el proporcionar los placeres,

Se charlaba:

—¿Cómo está el conde de Maceda?

—Por fortuna, mejor. El simpático y querido primer montero de S. M.—por cuya salud se interesan todas las reales personas—está más aliviado y hoy ha podido abandonar el lecho durante unas horas.

—¿No ha podido, pues, acompañar a S. M. a la cacería de Mudela?

—Bien lo ha sentido. La pícara dolencia le ha privado de aceptar la amable invitación.

Y todos le deseaban un pronto restablecimiento.

—Alguna noticia, ilustre académico—decíanle a uno de la Historia.

—El nuevo libro publicado por el duque de Alba.

—¿Título?

—*Noticias históricas y genealógicas de los estados de Montijo y Teba, según los documentos de sus archivos.*

—El título es interesante.

—Y el texto mucho más.

Y veíamos que el joven duque sigue con ello la culta labor de su inolvidable madre la duquesa Rosario.

¿Otras noticias? El bautizo de la nueva nietecita de los marqueses de Santa María de Silvela, verificado ayer; la muerte de una preciosa hijita de los marqueses de Quirós. ¡Qué contrastes! Una vida que empieza y otra que acaba apenas comenzada. ¿Y de bodas? Acaso pronto podamos anunciar la de una gentil señorita muy linda, muy joven, hija de unos grandes de España, marqueses y condes, que en Palacio... Pero basta ya, que todo llegará y todo se dirá a su tiempo.

¿Recordamos algunos nombres más de la concurrencia? Sí, sí, recordamos los siguientes: la duquesa viuda de Hornachuelos y su hija María Matilde, las marquesas de las Atalayuelas, Encinares, Frontera, Garcillán, Seijas, Torrelaguna; la condesa de Alcubierre, la vizcondesa de Eza, las señoras de Sanz y Escartín, Sarthou, Montojo, Baüer, Mille, Canthal, Núñez de Prado, Pérez del Pulgar; las bellas señoritas de Burgos, hijas del ministro de Gracia y Justicia; marquesita de Selva-Alegre, Ayguavives, Pérez del Pulgar...

El presidente del Consejo, los ministros de la Gobernación y Gracia y Justicia, señores Sánchez Guerra y Burgos; el ex ministro conde de Esteban Collantes, el gobernador, señor Sanz y Escartín; los generales Fernández Silvestre y Mille, el duque de Vista Hermosa, los marqueses de Torrelaguna, Encinares, Valdeiglesias, San Dionis; el académico barón de la Vega de Hoz, el ex senador señor Sarthou, los señores Ramírez de Arellano, Ansaldo, Seijas, Pardo Bazán, Halphen, Escalera, Manera, Velasco, Retortillo, Santa María, León, Canthal, Baüer...

—¿Quién es aquella dama tan guapa y de tan juveniles encantos?

—La nueva secretaria del Brasil, señora de Fonseca.

—Se esmera América en enviarnos sus bellezas.

—Como consuelo a nuestras desventuras.

El encargado de Negocios de Portugal en Paris y la bella señora de Navarro presentan a su hija.

—¿Bonita?

—Un primor.

—¡Viva Portugal!

—Que viva, sí, señor; pero hay que lanzar otro ¡viva España!, porque esta señorita es española.

—¿Española?

—Nacida en Cádiz, la *tacita* de plata, bajo aquel sol tan bello que ella lleva reflejado en su cara.

Más diplomáticos: el embajador de Francia, M. Geoffray; el de Inglaterra y lady Hardinge, el de Italia y la condesa de Bonin-Longare, el ministro de Bélgica, barón de Grennier; el de los Países Bajos y Mme. Van-Royen, el de Portugal, A. de Vasconcellos; el primer secretario de la Legación de Cuba y celebrado poeta,

Manuel Serafín Pichardo; los secretarios de la Argentina, señores Moreno y Chiappe; los de Brasil, Portugal, Chile y China...

—¿Ha tomado usted una taza de té?

—Admirablemente servida por su hija encantadora—decimos a Mme. de Horigoutchi.

—Pues ahora—nos agrega el distinguido representante del Japón—es precisa una copa de champagne que beberemos... a la salud del Rey de España.

—Y a la del Emperador del Japón—contesté rápido.

Las ocho. Se inició el desfile. Los salones se fueron quedando solitarios. En ellos quedaron M. y Mme. Horigoutchi, sus hijos y el personal todo de la Legación, que tan amablemente habían hecho los honores a sus amistades.

## En casa de los marqueses de Torrelaguna.

**L**OS marqueses de Torrelaguna se «quedaron en casa» en la tarde de ayer. El marqués celebraba su santo, y a saludarlos y a felicitarle acudieron muchos de sus buenos amigos, porque este simpático matrimonio cuenta en la sociedad madrileña con muy sinceras amistades.

—Mil felicidades, marqués.

¡Cuántas veces escuchó ayer la misma frase!

Los salones estaban todos iluminados y adornados; adornados, no con flores, pero sí con un conjunto bellissimo de damas y damitas capaces de marchitar los más lozanos capullitos.

—¿Qué le parece a usted este ramillete?—decíamos al ilustre don Alejandro Groizard, mostrándole un grupo de encantos juveniles.

—Que es lo único que me hace olvidar mis muchos años.

El lujo y el arte embellecen aquellos salones; pero como si aún fuese esto poco para recrear el espíritu y la vista ante los cuadros que ostentan los tapizados muros, la señora de Sanford y la señorita de Oñate nos obsequiaron con un espléndido concierto, recreándonos los ojos contemplando sus hermosos palmitos y recreándonos el alma admirando sus disposiciones en el *bell canto*.

La señora de Sanford es una soprano admirable. Maravillosamente cantó unos trozos de *La Wally*, *Tosca* y *Manon*, que le

vallieron nutridas ovaciones. Y Andreíta Oñate, sobrina de los marqueses de Torrelaguna, entonó con verdadero primor y con verdadero acierto dos antiguas romanzas de Scarlatti y Martini, en las que hizo brillar su voz de mezzosoprano. Una nueva ovación premió tan brillantes disposiciones para el arte exquisito del canto.

Arte, sentimiento, pureza; todo lo reúnen estas dos artistas—tales son—que nos deleitaron ayer tarde. Y como además son una señora y una señorita en las que Dios puso el sello de su poderío, alguien hubo que dijo a Guervós, que era el maestro que las acompañaba al piano:

—Guervós: es usted un hombre excepcional; yo en su caso hubiera perdido el compás.

Y claro es que los aplausos alcanzaron también a un distinguido joven que, poseedor de una buena voz de barítono, cantó la tan conocida, la tan saboreada romanza *Mary, Mary*, de la que por lo visto no pueden prescindir nuestros cantantes y aficionados.

¿Por qué no acordarse de alguna canción española? Alguna habrá—digo yo—digna de ser escuchada por tan elegante y selecto auditorio.

Porque, eso sí, la concurrencia era muy distinguida. De ella recordamos a la duquesa de Tovar con sus hijas, a la duquesa viuda de Terranova con las suyas, duquesitas de Terranova y Soma y condesita de Cardona; a la condesa y al conde de Romanones, a encargado de Negocios del Japón, a Mme. Horigoutchi y a sus hijos; a la condesa viuda de Adanero y sus hijas, los señores de Bárcenas y la suya, la condesa y el conde de Artaza, la condesa viuda de Giraldeli, la marquesa y el marqués de Amboage, la condesa viuda de Mayorga y sus hijos los señores de León y Cienfuegos, la vizcondesa de Eza y su sobrina la señorita de Cortés, la señora y señorita de Sánchez de Tirado, la señora de Jionard y su hermana la señorita de Gallego, la marquesa y el marqués de Encinares, el señor y la señorita de Ortueta, la señora y señorita de García Molinas, la señora de Ascanio y la señorita de Cassani y Queralt.

Los ministros de la Gobernación y Gracia y Justicia, señores Sánchez Guerra y Burgos; el ex ministro señor La Cierva, el gobernador, señor Sanz y Escartín; el obispo de Madrid, señor Salvador y Barrera; el ex alcalde señor Prast, el presidente de la Dipu-

tación, señor Díaz Agero; el diputado señor Fernández Fuentes, el delegado regío de Pósitos, marqués de Valdeiglesias; el coronel Ruíz del Castillo, el conde de Sepúlveda, los señores Halphen, Retortillo, Danvila, Gallego, Sanford, Kindelán, Gasset (don Eduardo y don Ricardo) y algunos más.

¡Qué agradables se pasaron las horas! Y no podía ser de otra manera, puesto que al placer de felicitar al marqués y de escuchar el concierto se unió el encanto de la amabilidad con que estos marqueses de Torrelaguna hacen siempre los honores de su casa. Ayer los secundaban en esta tarea sus hermanos la marquesa de Casa-López y los señores de Sarthou y sus sobrinas la señorita de Oñate y la marquesita de Selva-Alegre.

Al simpático diputado por Torrelaguna, que el 16 del próximo Febrero celebrará sus bodas de plata con su distrito, al que viene representando en Cortes veinticinco años consecutivos, le repetían:

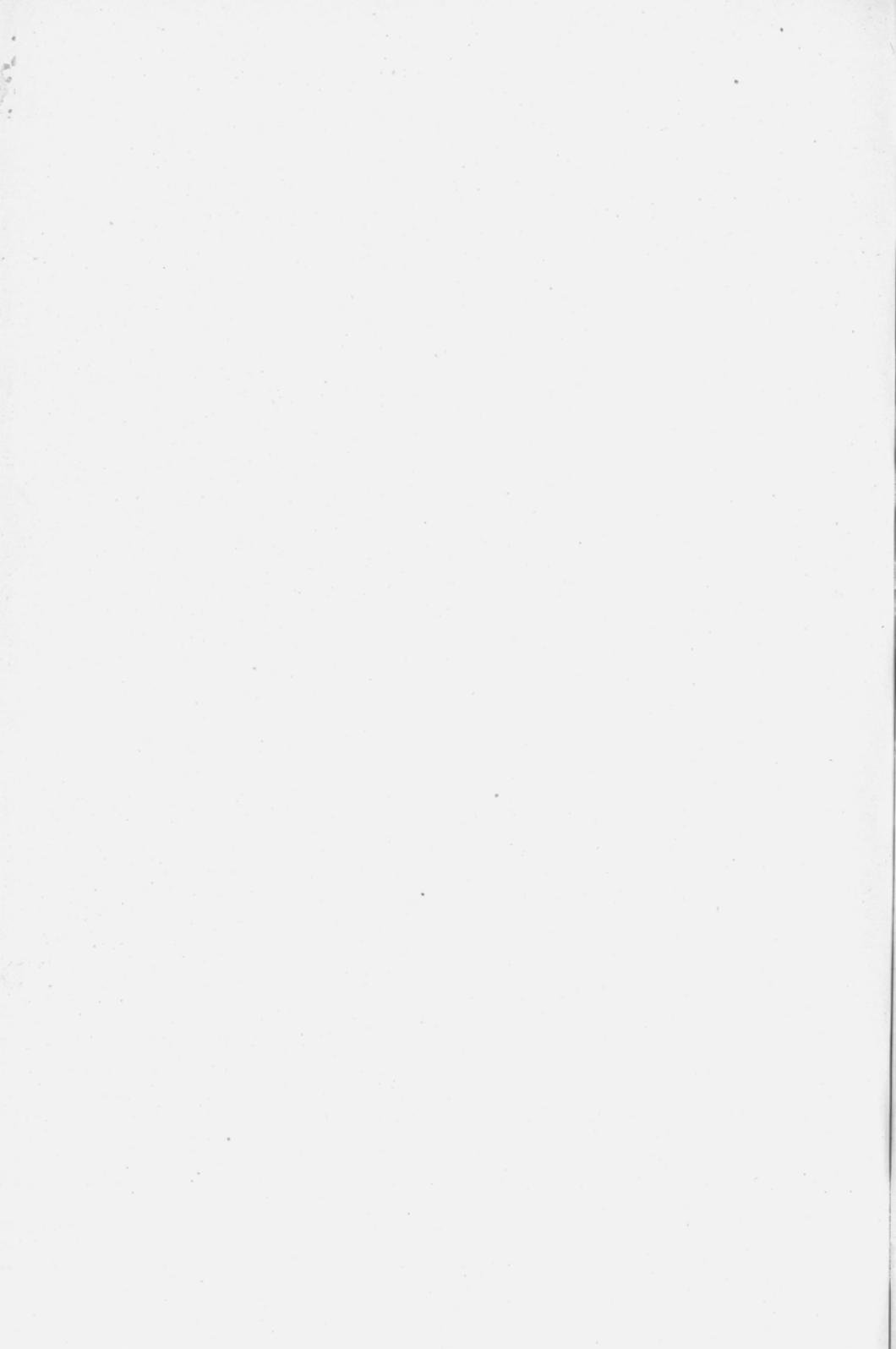
—Mil felicidades, marqués.

Al ilustre Rafael Sarthou, enterados de que anteayer había reunido en su elegante casa un buen número de generales y autoridades militares para escuchar la lectura de un poema muy español, que será leído en los cuarteles el 4 y el 8 de Diciembre, le decían:

—Mi coronel, muy bien; patria se hace de muchas maneras, y esa es una.

El autor del poema, que estaba presente, asentía, y en su asentimiento recordaba las amabilidades que los señores de Sarthou y su hija le dispensaron anteayer.

Como recuerda ahora, al escribir estas cuartillas, las que le dispensaron ayer los marqueses de Torrelaguna, que obsequiaron a sus amigos con verdadera esplendidez.







El conde de Aguilar de Inestrillas.

(Fot. Kaulak.)

## El conde de Aguilar de Inestrillas.

**C**L fallecimiento del conde de Aguilar de Inestrillas ha producido en la sociedad madrileña muy vivo dolor. Casi toda la aristocracia española—y aun podríamos decir que toda—ha testimoniado a la familia doliente su pésame sentido, y conociendo el leal aprecio que a los Aguilar de Inestrillas dispensa toda la familia real, claro es que las primeras expresiones de duelo recibidas por la condesa viuda y por sus hijos fueron de las personas reales. Algunos, como SS. AA. la infanta doña Isabel y el infante don Fernando y S. A. la duquesa de Talavera, los visitaron personalmente.

El conde de Aguilar de Inestrillas ocupaba en la aristocracia puesto preferente. Su Casa, de las más ilustres; su cuna, de las más nobles. Y además su caballerosidad, su trato, su simpatía, su lealtad le granjearon firmes simpatías y grandes afectos. Era militar; procedía del arma de Caballería y ceñía su fajín de general de división desde Mayo de 1913, estando en posesión, entre otras condecoraciones, de la gran cruz de San Hermenegildo, tan considerada entre los militares. Como esposo fué modelo; como padre, amantísimo; como amigo, leal; como militar, entusiasta y decidido. ¡Cómo no sentirle! ¡Cómo no recordarle! ¡Cómo no echarle de menos!

Le ha vencido la muerte, como vence a tantos otros, como vence a todos. Le ha vencido esa gran egoísta, desconsiderada y cruel. Y todos predijimos el triste fin que la vida del caballeroso aristó-

crata ha tenido cuando nos enteramos de su recaída: su vida estaba minada. La dolencia del pasado verano devastó su energía, agotó su fuerza, exterminó su vigor.

Ostentaba el título de conde de Aguilar de Inestrillas (con el condado de Villalón) desde 1890, datando la fecha de su creación del año 1475, con grandeza de España. Casó con una ilustre dama, toda bondad, toda virtud, hija del general Quesada—doña Isidra Quesada y Gutiérrez de los Ríos, dama de la Reina y de la Orden de María Luisa—, y de este matrimonio nacieron varios hijos: doña Africa, casada con el marqués de Valdefuentes; don Agustín, marqués de Miravalles, casado con doña Mercedes Guzmán y O'Farril, hija del ex ministro y consejero de Estado señor Santos Guzmán; doña Isabel, doña Carolina, doña Luisa y don Jenaro, este último, como el marqués de Miravalles (ayudante del ministro de la Guerra), perteneciente al arma de Caballería.

Reciban todos nuestro pésame muy cariñoso, muy sentido, y sírvales de lenitivo al duelo de esa condesa viuda tan llena de bondades y de esos hijos, la gran parte que en su desgracia toman cuantos se llamaron y fueron sus amigos.



El entierro constituyó una gran manifestación de duelo.

Durante las primeras horas de la mañana se estuvieron diciendo misas en la capilla ardiente, a las que asistieron el infante don Fernando y la duquesa de Talavera, y muchas aristocráticas damas.

A las once se organizó la comitiva.

El cadáver, encerrado en un féretro de caoba, con herrajes de plata—sobre cuya tapa aparecían el casco, el fajín y el bastón de mando del general—, fué colocado en una lujosa carroza, a la que precedía el clero de la parroquia de Santiago, con cruz alzada.

Rodeando al coche mortuorio iban varios porteros de la Peña y otros Circulos, y algunas niñas del Colegio de Huérfanos de Santiago, del que era vicepresidente el finado.

Hubo dos presidencias del duelo. Constituían la primera los representantes de la familia real: el duque de la Vega, por los Reyes; el marqués de Pons, por la Reina Doña Cristina; el marqués de Santo Domingo, por la infanta doña Isabel; el marqués de Hoyos, por el infante don Carlos; don Gabriel Pastor, por el infante don Fernando, y el capitán señor Moreno Abella, por el infante don Alfonso.

Formaban la segunda el presidente del Consejo, señor Dato; el capitán general de la región, señor Orozco; el gobernador militar, señor Sáenz de Buruaga; el

marqués de Portago, Grande de España, que hacía los honores a la Casa de Aguilar de Inestrillas; el marqués de la Mina, el duque de Osuna, el conde de la Mejorada—hijo del marqués de Portago, que vestía uniforme de soldado de cuota de la Escolta Real, de gala—, el hijo del finado, teniente de Caballería don Jenaro Carvajal, y el hijo político, marqués de Valdefuentes.

La concurrencia era verdaderamente enorme, y la lista ocuparía gran espacio. Baste decir que figuraban en el acompañamiento numerosas representaciones de todos los elementos de la sociedad, Grandes de España, hombres políticos de todos los partidos, generales y jefes del Ejército, senadores y diputados, y muchos oficiales de Caballería, compañeros de los hijos del finado, marqués de Miravalles y don Jenaro Carvajal.

Entre las personas de la familia, asistían los hermanos políticos del marqués de Miravalles, don Alejandro Guzmán y don Fernando Suárez de Tangil.

Concurrieron también, entre otras infinitas personas, el capitán general marqués de Estella, el ministro de la Guerra, conde del Serrallo; los ex presidentes del Consejo don Antonio Maura y marqués de Alhucemas, el ex ministro general Luque, el gobernador civil, señor Sanz y Escartín; los duques de Alba, Infantado, Santo Mauro y Béjar; el príncipe Pío de Saboya, el marqués de Viana, el conde de Maceda y los subsecretarios de Estado, Instrucción pública y Gracia y Justicia.

Los concurrentes, en su mayoría, continuaron hasta el cementerio, donde, cerca de las doce, recibía cristiana sepultura el cadáver del respetable general.

Descansen en paz.



DICIEMBRE - 1915







Señorita Maria Teresa de Ayguavives, hija de los marqueses  
de las Atalayuelas.

(Fot. Franzen.)

## La Srta. de Atalayuelas y el comandante Bayo.

**E**l enlace de la bellísima señorita María Teresa de Ayguavives, hija menor de los marqueses de las Atalayuelas, con el ilustrado comandante de Estado Mayor don Alfonso Bayo, piloto aviador y jefe de la aviación militar, se ha celebrado esta mañana, como anunciamos, en la artística capilla del palacio episcopal.

Fué madrina la marquesa de las Atalayuelas; fué padrino el hermano del novio, don Enrique Bayo, y fueron testigos, por parte de ambos contrayentes, el presidente del Consejo, señor Dato; el general Fernández Silvestre, ayudante de S. M.; el capitán Moreno Abella, ayudante de S. A. el infante don Alfonso, y los señores Ayguavives (D. F.), López Sánchez (D. A.) y don José María López.

La capilla estaba lindamente adornada e iluminada; la novia, encantadora, realizaba su gentileza con sus albas galas nupciales—un vestido de seda blanca con encajes antiguos y flores de azahar—; el novio lucía su uniforme de gala con condecoraciones, destacándose sobre ellas el distintivo de aviador militar. Y después de una plática elocuente, sencilla, fervorosa, el señor obispo de Madrid bendijo la unión, a cuyos deseos de felicidad se unieron los de todos los concurrentes.

Entre éstos figuraban las marquesas de Borja, Casa-López, Prado-Alegre, San Miguel de Híjar y Selva-Alegre; condesas de Ar-

dales del Río, Torrubia y Concepción; la esposa del encargado de Negocios del Japón, Mme. Horigoutchi; las señoras y señoritas de Sarthou, Luque, Bertrán de Lis, Reinoso, Oruña, Urrutia, Vázquez de Zafra, Cavalcanti, Rábago, Orfila, Sánchez de Tirado, Quiroga, Cejuela, Luca de Tena, Sanz y Escartín, Canthal, Montojo, algunas damas más y una buena representación del sexo fuerte.

Terminada la ceremonia trasladáronse todos los invitados a casa de los padres de la novia, en donde se sirvió un almuerzo y en donde los dueños de la casa, con sus hijos los señores de López-Sánchez, tuvieron para sus amigos todas las amabilidades.

Los novios—sean muy dichosos—salieron anoche mismo para Córdoba, para Granada, para alguna ciudad más de la bellísima Andalucía, a la que ofrecen las primicias de su luna de miel.

Unas lindas cajas de Hidalgo llenas de bombones, repartieron los nuevos esposos entre sus amistades.

## Un concierto en el palacio de los duques de Valencia.

 EN la artística residencia de los duques de Valencia se celebró ayer una deliciosa fiesta, en la que tomaron parte varios alumnos premiados del Conservatorio.

Gusta el ilustre prócer de proteger a estos jóvenes artistas que, apenas salidos de aquel Centro de cultura, ven muchas veces malogradas las esperanzas de gloria, que su talento hiciera concebir, por falta de mano protectora, de un espíritu culto y delicado que los ponga en contacto con la sociedad.

¡Cuántos genios permanecerían ignorados si no hubieran hallado en su camino un espléndido Mecenaz! ¡Qué no debió el gran Wagner a la regia amistad que le alentara y comprendiera, más aún, que adivinara la grandeza de su talento!

Así, pues, merecen bien del arte los que, como el duque de Valencia, abren las puertas de su casa a estos jóvenes principiantes, como los que ayer figuraban en el selecto programa del concierto con que regaló a algunos de sus amigos.

Hay en la nueva casa de los duques de Valencia una sala de teatro que se presta a maravilla para este género de fiestas, iluminada por magnífica araña de cristal y bronce, con un lindo escenario, que al descorrerse las cortinas, de damasco carmesí, deja al descubierto la señorial decoración, formada por antiguos tapices, vargueños y sillones de blasonado respaldar, estilo Felipe II.

En sus muros, cual en los de los restantes salones, lienzos admirables son deleite de los ojos, que absortos los contemplan, mientras en el espacio vibran las divinas notas del piano y los violines o la voz armoniosa de jóvenes cantantes.

Los viejos retratos evocan con sus figuras, inmortalizadas por los grandes artistas, páginas de la Historia; en lugar preferente de esta sala destácase un gran lienzo de estilo velazqueño que representa a una hija del conde-duque de Olivares que casó con el conde de Monterrey; casi enfrente la severa figura de un caballero, retratado por Pantoja de la Cruz, nos recuerda los tiempos del beato Orozco, de quien fué compañero el original; otro retrato, de don Vicente López, nos admira por su elegancia, y no lejos un Van-Dick atrae nuestra atención con la insuperable belleza de una dama, cuyo nombre se ignora, envuelta en negros atavíos, que alegran solamente la hermosura del rostro y el albo encaje del cuello; el célebre Ambrosio Spinola, retratado por Tintoretto, aparece en toda su juventud y gallardía, y otros muchos históricos personajes mézclanse armónicamente con cuadros de asunto religioso, entre los que sobresalen algunos de mérito extraordinario.

El lector puede figurarse lo que sería en aquel ambiente de arte escuchar, rodeado de aristocráticas bellezas, el siguiente programa:

#### PRIMERA PARTE

I. Concierto núm. 14, para piano (por la señorita Pilar Carreras), Bach-Vivaldi.—II. «Mayar-Czardas», para violín y piano (por don Juan Fabre, acompañado al piano por la señorita Carreras), Michiels.—III. «La Tosca», aria (cantada por la señorita Mercedes Orgaz), Puccini.—IV. «El Libro Santo», melodía (cantada por el baritono don Marcos Redondo), C. Piusuti.

#### SEGUNDA PARTE

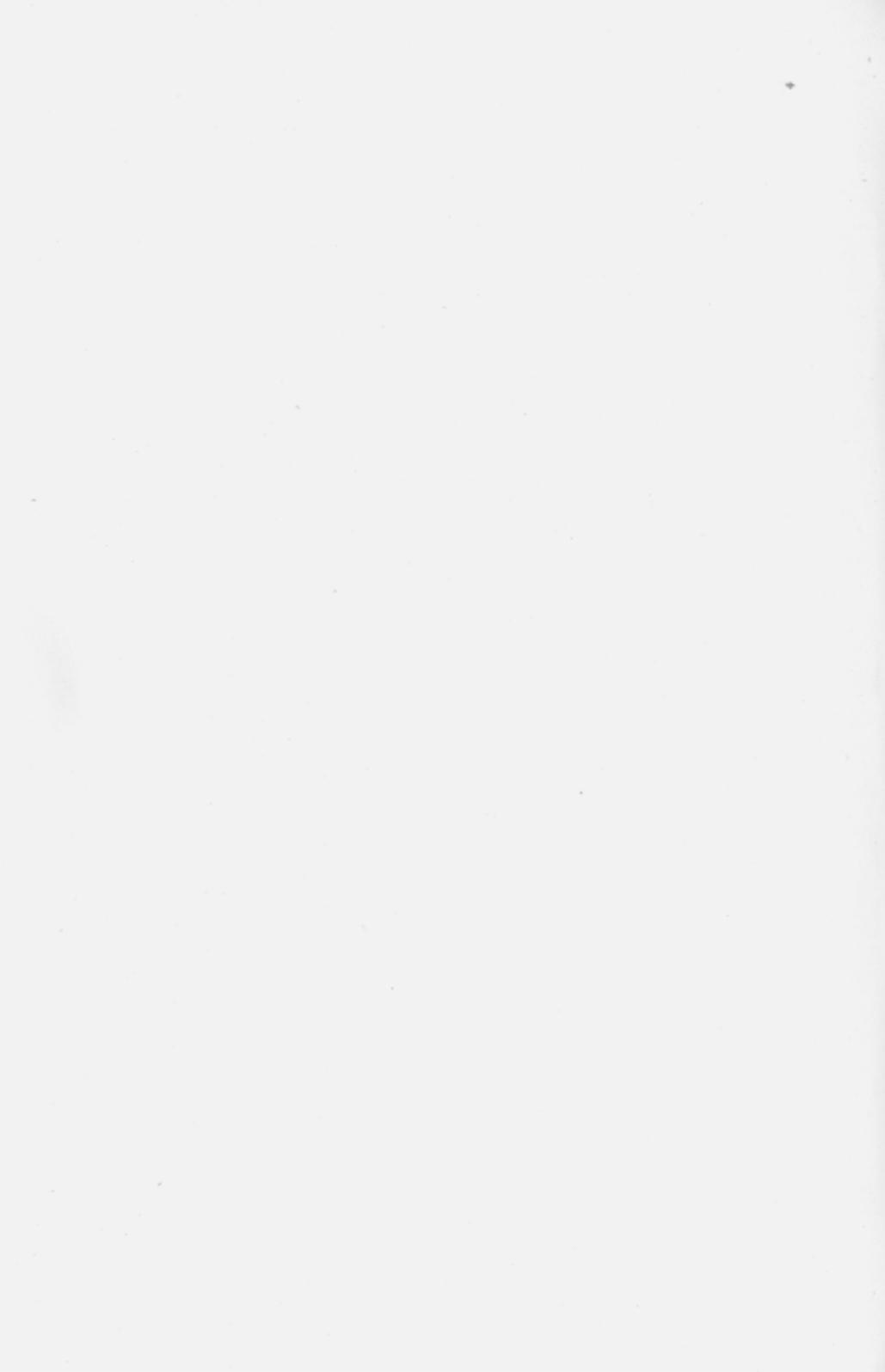
I. Scherzo en «mi bemol menor», para piano (por la señorita Carreras), Chopín. II. Serenata de Kubeliky, Drdo.—III. Jota aragonesa, para violín y piano (por el señor Fabre, acompañado al piano por la señorita Carreras), Pablo de Sarasate.—IV. «Che cosa e Dio», vals (cantado por la tiple señorita Orgaz), Alcardi-Arnan.—V. «Rigoletto», pasesiamo (cantado por el baritono señor Redondo), G. Verdi.

Todos los artistas merecieron grandes aplausos del selecto auditorio, demostrando que son dignos de los premios con que fueron agraciados; la pianista Pilar Carreras, casi una niña, domina su arte,

sorprendiendo por su ejecución limpia y segura; la señorita Orgaz, de distinguida familia, posee una voz agradablemente timbrada, que maneja con perfecta escuela; admirable el violinista señor Fabre, que entusiasmó, sobre todo en la *Jota*, de Sarasate, muy bien acompañada al piano por la señorita Carreras, y luciendo su extensa voz el joven barítono don Marcos Redondo, muy aplaudido en el *Rigoletto* y en la melodía, de Pinsuti, *El Libro Santo*.

No fueron muchas las personas reunidas. Recordamos sus nombres: Duquesa de Pinohermoso y duquesita de Algete, marquesas de Santa Cristina, Villa-Huerta, Mesa de Asta, Medina y Caicedo; vizcondesa de Roda y señoras y señoritas de Bermúdez de Castro, Díez-Martín, Cavalcanti, Luque, Lázaro, Ibarra, Narváez y Ulloa, Travesedo y Bernaldo de Quirós, Collantes, Jordán de Urríes, Coello, Zulueta y Martos, Roca de Togores, Maturana, Piñero y Queralt, Quiroga y algunos caballeros.

Los duques de Valencia hicieron, con su amabilidad acostumbrada, los honores de la casa, perfectamente secundados por sus hijos el vizconde de Aliatar y el marqués de Gracia-Real, por su hija política la bella vizcondesa de Aliatar y por su hermana la marquesa de Cartago.



## Los Reyes en la Embajada de los Estados Unidos.

**U**NA comida brillantísima fué la celebrada anoche en la Embajada de los Estados Unidos; fué una comida en honor de Sus Majestades y a la que sólo concurren, además de las reales personas, los altos funcionarios palatinos y contados aristócratas. Tuvo, pues, la fiesta—fiesta fué, aunque íntima y pequeña—ese carácter, no diremos familiar, sino de *petit comité*, que encanta y que atrae.

Decíamos que fué una comida en honor de los Reyes. Bien. Pues citemos en primer lugar los comensales:

Con SS. MM. el Rey y la Reina sentáronse a la mesa—además de los embajadores y miss Willard—SS. AA. los infantes doña Beatriz y don Alfonso, el príncipe Raniero de Borbón, el jefe superior de Palacio, marqués de la Torrecilla; el mayordomo mayor de S. M. la Reina, duque de Santo Mauro; el mayordomo mayor de la Reina Cristina y la princesa Pío de Saboya y su hija la marquesa de Almonacid, la condesa y el conde de Maceda, la marquesa y el marqués de Someruelos, la dama de S. A., señora de Ruata; el conde de Casa-Valencia, el secretario de la Embajada y Mr. Dearing, el segundo secretario de la misma.

La mesa estaba primorosamente adornada con gran cantidad de rosas de Francia, en artísticas canastillas de plata, alternando con candelabros del mismo metal, cuyas luces velaban pantallas de seda rosa, cubiertas de dibujos de plata.

Cuando, terminada la comida, los comensales pasaron al salón, donde el gran Boldi dirigía su admirable sexteto, ya estaban los demás invitados, entre los que predominaba el elemento juvenil; es decir, las amigas de la gentil miss Willard.

Con la duquesa de T'Serclaes, la menor de sus hijas; con la marquesa de Casa-Torres, la encantadora Blanquita Aragón; la duquesa viuda de Sotomayor, la joven marquesa de Campo-Fértil, que después de su viaje a Rumania—que fué su viaje de novia—vuelve a la Corte; la condesa de Llovera, la marquesa de Villabrágima, dos jóvenes casadas, guapas y elegantes; la bella Blanca Castilleja, la gentil vizcondesa de Fefiñanes, las lindas señoritas de Martínez de Irujo y de Romana, la condesa de San Luis y la señora de Cuadra.

Entre todas aparecía por primera vez en sociedad la hija mayor de los marqueses de Viana. Era su traje de gasas azules, orladas de piel de *skungt*, y en la cabeza, de alto peinado, lucía por único adorno una peineta de concha que daba a su figura una nota goyesca.

En el amplio salón, donde sonaban armoniosas las notas de la música de Boldi, destacábase la suprema figura de la hermosa soberana, envuelta en los anchos pliegues de un traje celeste y oro, orlado de pieles; la de la infanta doña Beatriz, que vestía de gasas sembradas de flores azules; la de la princesa Pío de Saboya, con primoroso traje *pailleté* de blanco y negro, en combinación tan original como artística, y otras también muy elegantes.

Entre los hombres que asistieron figuraban: el duque de la Unión de Cuba, los marqueses de la Romana y de Pons, el ex ministro señor Osma, los condes de la Cimera, Maza y Cuevas de Vera; los diplomáticos señores Gutiérrez-Agüera y Méndez de Vigo, los condes de San Luis y Llovera, los marqueses de Villabrágima y Campo-Fértil, don Pedro Caro y los jóvenes Pérez de Guzmán (don Narciso), Miláns del Bosch, Alonso Martínez, Alcalá Galiano y Otto Jencquel.

A la una se sirvió en pequeñas mesitas la cena y poco después se retiraron los Reyes e infantes, muy satisfechos de la deliciosa fiesta íntima, en que una vez más pusieron de relieve el buen gusto y la esplendidez del embajador y Mrs. Willard.





Señorita Mimi García Prieto y Montero Ríos, hija de los marqueses de Alhucemas.

*(Fot. Kaulak.)*

## La señorita de García Prieto y el señor Sáinz de Vicuña.

**L**A iglesia de San Manuel y San Benito se vistió ayer de gala. Plantas y flores la adornaban; las rosas, los claveles y los blancos crisantemos cubrían el presbiterio; las luces múltiples transformaban el altar mayor en un ascua de oro. Todo anunciaba que la ceremonia era solemne; el número y calidad de los invitados indicaban que los contrayentes eran personas muy queridas en la sociedad madrileña, en la política, en las Artes, en las Letras.

A las cuatro de la tarde el órgano rompió con sus notas el silencio del templo; los invitados se abrieron en dos filas, y de un blasonado carruaje descendió la gentilísima figura de la novia encantadora, luciendo sus albas y nupciales vestiduras.

—¡Viva la novia!— gritaron cientos de vocecillas callejeras que esperaban a la puerta de la iglesia el paso de la desposada. Y otras ciento contestaron con alegre clamoreo:

—¡Viva! ¡Por buena y por bonita!

Realmente, la señorita de García Prieto, hija mayor de los marqueses de Alhucemas, estaba preciosa. Su vestido, de tisú de plata; su manto nupcial, del que destacaba el escudo del marquesado, que ganó tan mercedamente su ilustre padre; su collar de perlas, orlando su nacarada garganta; su coronita de flores de azahar, naciendo de entre sus rizados bucles, completaban el adorno de la linda Mimí; de esta linda Mimí a la que así hemos llamado siempre,

porque queríamos reconcentrar en el cariñoso diminutivo todo nuestro afecto.

El novio, don Manuel Sáinz de Vicuña, vestía de levita.

Atravesaron la iglesia; ella, del brazo de su padrino, don F. N. Nemesio Camino, tío carnal del novio; él, del brazo de la madrina, la señora viuda de Montero Ríos; y detrás, los padres de la novia, estos ilustres marqueses de Alhucemas, tan queridos y respetados de todo el mundo; la señora viuda de Sáinz de Vicuña, y los testigos, que lo eran, por parte de la novia, el ministro de Gracia y Justicia, don Antonio Barroso, en representación de los amigos políticos del señor García Prieto; sus tíos, don Avelino, don Eugenio y don Gerardo Montero Villegas y don Antonio Alvarez Estrada, y por la de él, el ministro de Fomento, don Amós Salvador, sus hijos don Amós y don Miguel, don César Illera y don José María Lignés.

Colocáronse ante el altar los contrayentes y sus padrinos; a ambos lados, los testigos; y nosotros, al ver junto a la figura de la desposada, radiante de juventud, nimbada por la dicha, la noble figura de su abuela, la señora viuda de Montero Ríos, tuvimos un recuerdo de religioso afecto para aquel don Eugenio Montero Ríos figura preeminente de la política y del foro, a quien, seguramente, todos dedicaron ayer una oración.

—¡Lo que hubiera gozado él viendo a su nieta!—díjome calladito uno de los concurrentes.

La palabra del deán de la catedral de Lugo—que había de bendecir el enlace—se oía en el templo. Las frases elocuentes del virtuoso sacerdote entonaron un canto al sagrado sacramento del Matrimonio, que terminó con su bendición a los nuevos esposos. Seguidamente la capilla de música, dirigida por Moreno Ballesteros, ejecutó una hermosa Salve, de Saint-Saens.

Abandonaron los novios el presbiterio, desde el que presenciaron la ceremonia el párroco de San Jerónimo, señor Calvo—a cuya jurisdicción pertenece San Benito y San Manuel—, y buen número de padres Agustinos, en representación de la Comunidad, y con los padrinos y testigos se trasladaron al salón de actos del templo, en donde se firmó el acta del Registro civil, actuando de juez don Gabriel de Usera. Seguidamente comenzaron las felicitaciones de todos los concurrentes a la ceremonia.

Luego, novios e invitados se trasladaron al Hotel Ritz, en el que se sirvió un espléndido *buffet*.

La juventud aristocrática improvisó en el gran salón un animado baile, que duró hasta las ocho de la noche.

Como antes decimos, la concurrencia fué muy numerosa. Además de los marqueses de Alhucemas y su hija Mavita, de la señora viuda de Sáinz de Vicuña y de las demás personas de las familias de ambos contrayentes, asistieron, entre otras damas, las duquesas del Infantado, Tovar, Seo de Urgel y Canalejas; marquesas de Valdeolmos, Torneros, Selva-Alegre y Acha; condesas de Romanones, Torre-Arias, Villamonte, Arcentales, Garay, Cerragería y Aguilar; vizcondesas de Eza y San Antonio y señoras y señoritas de Dato, Ranero, Salvador, Sánchez Anido, Quiroga y Pardo Bazán, Mifsut, Sánchez Guerra, Silvela, Barroso, Rodrigáñez, Maycas, Bertrán de Lis, López Mora, Gullón, Despujols, Reynoso, Oruña, Cobo, Guzmán, Sarthou, Fernández Laza, Bañier, Landañer, Lázaro, Esteban Collantes, Tovar, Espinosa de los Monteros, Cavalcanti, Núñez de Prado, Vázquez Barros, Busto, Escrivá de Romani, Barroso, Kandelán, Aguilar y otras muchas.

Concurrieron asimismo el capitán general marqués de Estella, el presidente del Consejo, conde de Romanones; los ministros de Estado, Gobernación, Instrucción pública, Hacienda y Guerra; los ex ministros señores Sánchez Guerra, Ruiz Jiménez, Ruiz Valarino, Alonso Castrillo, Concas, Gullón, conde de Albox, Rodrigáñez, Calbetón, Groizard y Navarro Reverter; don Gumersindo Azcárate, los duques de Tovar, Bivona, Seo de Urgel, Infantado y Almodóvar del Valle; los marqueses de Valdeterrazo, Valdavia, Laurencin, Torrelaguna, Goicoerrotea y Valdeiglesias; condes de Garay, Cerragería y Villamonte; y señores Vales Faílde, Ortega Morejón, Alcalá Zamora, Armiñán, Méndez de Vigo, Muñoz (don Buenaventura), Aguilar, Silvela (don Luis), Camino, Cabello, Alonso (don Juan José), Santos y Fernández Laza, Navarro Reverter y Gomis, Suárez de Tangil, López Mora, Gullón (don Guillermo, don Manuel y don Alonso), Campo y Otero (don Benito), Raboso, Alvarez Mendoza, López Monis, Garnica, Pérez Crespo, Anguita, Laportilla, Jareño, Espín, La Morena, Montes Jovellar, Fernández Moreno (don Alejandro), Sánchez Anido (don Juan),

Frutos, Garrido Juaristi, Fernández Barrón, Barroso (don Eugenio), Mifsut, Alonso Martínez, Lequerica, Cabello Lapidra, Moreno y muchos más que por exceder en número de mil es imposible recordarlos.

Los jóvenes esposos salieron anoche mismo para Sevilla en el expreso, proponiéndose recorrer las principales ciudades andaluzas en su viaje de luna de miel.

Nosotros deseamos que sea eterna.



Días antes del enlace desfilaron por los salones de los marqueses de Alhucemas numerosos amigos para admirar la canastilla de boda de la bella *Mimi*.

En la imposibilidad de citar todos los regalos, que pasan de 700, diremos que entre ellos los hay muy artísticos y suntuosos, enviados por las personalidades más notables de la política y de la aristocracia.

Entre los de la familia figuran: los del novio, que consisten en dos magníficos collares, uno de perlas y otro de brillantes, y varios trajes, entre ellos el de boda, que es de paño de seda con grandes ramos de plata y manto y adornos de encaje de punto de aguja. En el manto se destaca el escudo del marquesado de Alhucemas. Este traje es de una elegancia suprema.

Los marqueses de Alhucemas han regalado a su hija: unos pendientes con dos gruesas perlas, otros de esmeraldas y brillantes y un *pendantiff* de las mismas piedras; la madre del novio, señora de Sáenz de Vicuña, dos hermosos solitarios, y la hermana menor de la novia una horquilla de concha con aplicaciones de plata, muy artística.

Las señoritas de Salvador y de Lignés y señor Sáenz de Vicuña hermanos del novio, un *pendantiff* de brillantes: su abuela la señora viuda de Montero Ríos, dos hermosas perlas, y la señora de Villegas, hermana política de ésta, una cadena de platino y perlas.

Siguiendo la costumbre establecida en estos casos, se han cruzado también valiosos presentes entre los individuos de ambas familias.

La novia ha regalado a su prometido una valiosa botonadura de perlas y brillantes, formando tréboles; el novio a la marquesa de Alhucemas, un imperdible de brillantes y zafiros; al marqués, una pluma estilográfica de oro, y a María García Prieto, su futura hermana política, una sortija de brillantes con un zafiro.

Los marqueses de Alhucemas al novio, una botonadura de brillantes y rubíes; su hija María, un alfiler de brillantes, y la novia a la señora de Sáenz de Vicuña, un imperdible en forma de lazo, con brillantes. A las señoras de Salvador y Lignés, pulseras de platino y zafiros, y a su futuro hermano político señor Sáenz de Vicuña, una petaca de plata, muy elegante.

En la vitrina en que aparecían reunidas todas estas joyas figuraban otras también muy valiosas, enviadas por sus amigos.

La colección de encajes que la marquesa de Alhucemas ha regalado a su hija es de mucho mérito.

Ha reunido también la señorita de García Prieto una interesante colección de abanicos, algunos antiguos de gran mérito, como el Luis XV regalado por don Luis de Uhagón, como el de los condes de Romanones y por el fabricado en Valencia, que es una reproducción notabilísima de uno de la época de madame de Pompadour. También hay uno de plumas negras, regalado por la madre de la novia.

Entre la ropa blanca, verdaderamente notable, y que hace honor a la producción española, figura una mantelería con adornos de malla, que tiene en el centro una exacta reproducción del cuadro «Los borrachos», de Velázquez.

El presidente del Consejo de ministros y la señora de Dato han enviado una escribanía muy artística de porcelana de Sajonia; nuestro embajador en el Quirinal, señor Piña, unos bellísimos centros de plata cincelada; una mesa de juego, de marquetería, que se dice perteneció a Goya, constituye un valioso presente de don Pedro de Icaza; un anillo, con un hermoso brillante, del académico marqués de Laurencín, y servicios de plata y de plata dorada, de los condes de Vilches y de la Cimera, figurando también entre los de mejor gusto el obsequio de los condes de Torre-Arias.

Uno de los regalos más artísticos es, sin duda, el ofrecido por los pasantes del marqués de Alhucemas; consiste en un cuadro firmado por Romero de Torres, y es un busto de una joven que podría llamarse «La niña de la rosa», pues tiene en la mano una rosa entreabierta, cuyos pétalos contempla pensativa la linda muchacha.

También hay entre los regalos un bello cuadro que lleva la prestigiosa firma de Chicharro.

Los trajes y abrigos son todos de gran elegancia y constituyen una variada manifestación de las modas actuales.

En suma; el equipo de la señorita de García Prieto es tan suntuoso como elegante, y en cuanto a los regalos, con valer mucho intrínsecamente, pues no en balde van firmadas muchas joyas por Díaz y Mellerio y Sanz, valen mucho más—y así lo estimarán los marqueses de Alhucemas y su hija—como gallarda muestra de las simpatías y de los afectos que han sabido conquistarse.

Y para final y como detalle curioso ¿quieren ustedes conocer el número de cajas de dulces que adornó la Casa Hidalgo, por encargo de los jóvenes señores de Sáinz de Vicuña, para repartirlas como recuerdo de su boda?

Pues ascendieron a 780 cajas las repartidas.

Que ya son algunas.







El duque de Valencia.

(Fot. Kaulak.)

## El duque de Valencia.

**C**EN su casa-palacio de la calle de la Princesa, verdadero museo por las obras que atesora, hogar modelo por el cariño que imperaba en él, ha fallecido anoche, después de brevísima enfermedad, que llega a nuestra noticia casi al tiempo mismo que la de su muerte, el ilustre duque de Valencia. La triste nueva nos causa muy justo dolor. Amigos suyos desde hace muchos años, poseedor de nuestro afecto y nuestra consideración, conocedores, nosotros, de su corazón todo bondad, de sus sentimientos nobilísimos, de su amor a España, es muy legítimo nuestro duelo y muy sincera nuestra pena. Y su muerte la sentirán muchos. No sólo los aristócratas, no sólo los nobles por su cuna, sino otros muchos que no forman en esta aristocracia de la sangre, aunque sí en la del talento y el trabajo.

Porque el duque de Valencia, marqués de Espeja, de Ovieco, de Gracia Real, conde de la Cañada Alta y de Cartago, vizconde de Aliatar, era un grande de España por sus títulos y por sus aficiones, pues enamorado de las Artes y de las Letras patrias, a ellas dispensó siempre acogida y protección entusiastas. En su casa, en su palacio, ofreció fiestas brillantísimas: funciones de teatro, lecturas de poesías, conciertos deliciosos y ¡ay! que aún está reciente el celebrado hace pocos días en aquel escenario, en el que aparecieron, al descorrerse las cortinas de damasco carmesí, unos jóvenes

artistas, alumnos premiados de nuestro Real Conservatorio. Banquetes y bailes tuvieron en su palacio digno marco, y a unos y otros concurría lo más brillante de Madrid, y, amigo leal de sus amigos, sabía unirse a sus alegrías y a sus tristezas. En éstas somos hoy nosotros los que nos unimos a la ilustre familia; en aquéllas no faltaba nunca tampoco su primera felicitación.

Uno de los banquetes que con más gusto se recuerdan de los en su palacio celebrados es el que ofreció a la ilustre condesa de Pardo Bazán, cuando el estreno y el éxito de su primera obra dramática —el diálogo *La suerte*—, estrenada en la Princesa por la gran María Tubau en la noche de su beneficio, el año 1904, y por José Monteagudo. Entonces, pocos días después, el duque de Valencia reunió en su casa de la calle de Evaristo San Miguel, en espléndido banquete, a diversas representaciones literarias de Madrid, y alrededor de aquella mesa, rebosante de flores, entre aquellos muros brilladores de plata, tomaron asiento aristócratas y escritores, artistas y poetas. Aún recordamos que Pepito Monteagudo recitó luego no sé cuántas poesías; aún recordamos que a doña Emilia Pardo Bazán le fueron ofrendados todos nuestros homenajes; aún recordamos que al salir del hotel-museo muchos dijeron, aludiendo al prócer ilustre:

—Para la aristocracia, para las Artes, para las Letras, muchos hombres así.

Y unido a estos rasgos de hombre de buen gusto, había otros que delataban su bondad. Había oído que tal o cual familia estaba en la miseria. ¿Será verdad?—se preguntaba—. Y se respondía seguidamente: Lo mejor será verlo. Tomaba su coche y se encaminaba a hacer la limosna. Luego llegaba a la fiesta que se celebraba, al té al que nos encontrábamos invitados, y le oíamos lamentarse de tanta desgracia.



El señor don José María Narváez y del Aguila Porcel y Cevallos, duque de Valencia, era sobrino del famoso general Narváez, y llevaba su título desde 1890. Por su madre pertenecía también a una distinguida familia.

Era grande de España de primera clase, gentilhombre de cámara

de S. M. y maestrante de Granada, y poseía las grandes cruces de Isabel la Católica, Concepción de Villaviciosa de Portugal, San Gregorio el Magno y otras.

Estaba casado con una ilustre y virtuosa dama, doña Lucía Pérez de Guzmán el Bueno, hija del difunto marqués de Santa Marta y hermana del conde de Torre-Arias.

De este matrimonio quedan dos hijos: don José María, que lleva actualmente el título de vizconde de Aliatar, casado con doña Carmen Macías, hijo del teniente general de este apellido, y don Ramón, soltero, que lleva el título de marqués de la Gracia Real.

Hermanos del finado son la marquesa de Cartago, doña María del Rosario, esposa del barón de Molinet, y don Ramón, marqués de Oquendo.

Era el duque de Valencia licenciado en Derecho y persona de gran cultura artística y literaria. Su conversación era por esto amenisima. Además tenía verdadero ingenio. Si hubiera querido actuar en la vida política, hubiese podido brillar en ella, pues le sobraban condiciones y dotes.

Demostró su cultura en sus aficiones artísticas. Poseía una gran colección de cuadros y obras de arte, y su palacio era un verdadero museo. Muchos de esos cuadros procedían de la herencia de su tía, la esposa del general Narváez, que era una Tascher de la Pagerie, de la familia de la Emperatriz Josefina. Pero el duque aumentó considerablemente sus colecciones, poniendo en ello su buen gusto y su verdadera competencia artística. En nuestras crónicas de sociedad se habló no pocas veces de las valiosas adquisiciones del finado.

Hay que sentir su muerte; debemos sentirla.

Reciban, pues, nuestro sentido pésame su viuda, la ilustre duquesa de Valencia; sus hijos, los vizcondes de Aliatar y el marqués de Gracia Real—a los que recientemente había cedido estos títulos—; su sobrino, don Rafael Narváez, su inseparable compañero; sus hermanos, los barones de Molinet, la marquesa de Cartago y los marqueses de Oquendo, y sus hermanos políticos, los condes de Torre-Arias.



## Nochebuena y Navidad. En el Palace y en el Ritz.

**C**EN estos días de Nochebuena y Navidad no ha sido precisamente la animación la que ha presidido los salones aristocráticos. Silencio, intimidad, familiaridad. Esto es lo que ha habido en los salones madrileños en las clásicas noches del 24 y 25 de Diciembre, en las que hemos recordado las fiestas de otros años en los palacios de Medinaceli y Fernán-Núñez, en las casas-palacios de los duques de Valencia y de los condes de Peñalver, en los hoteles de la marquesa de Coquilla y de los barones del Castillo de Chirel, en la casa hospitalaria e hidalga de la marquesa de Squilache.

Únicamente en los hoteles ha existido el bullicio y se han celebrado con brillantez la Nochebuena y la Navidad. Anoche, por ejemplo, los salones del Ritz se vieron animadísimos. Y como M. Montllor, organizador de estas fiestas, tiene gusto y arte para ello, colocó en el centro del *hall* un árbol de Noel, ante el que nos sentimos pequeñuelos viendo su magnífica vistosidad. Luego, las guirnaldas de yedra cruzaban de uno a otro lado, los angelitos parecían volar por el espacio y las luces festoneaban las cornisas y las escocias de los muros. Las mesas del comedor se adornaban con artísticos centros de flores y con lindas figuritas de Nacimiento. Y para que nada faltase, el maestro Malé, al frente de su sexteto, nos obsequió con un lucido concierto.

No apuntamos nombres de cuantos vimos en el Ritz; pero recor-

damos ahora a la marquesa de Coquilla con sus sobrinos los marqueses de Tenorio; las señoritas de Cárcer, de quienes puede decirse que en cada año que pasa se pule más su delicada belleza; los marqueses de Casa-Argudín y su preciosa hija, los señores y señorita de Milla, los jóvenes marqueses de Ahumada, los señores de Alday, joven matrimonio, hijos de los marqueses de Prado Ameno, que pasan en Madrid unos días al lado de sus padres; la condesa de Caltavuro y su hija, la encantadora señorita de Caro; la señorita Mery Vadillo, los señores Otto Jencquel, Alvaro Alcalá Galiano, Luis Uhagón, Javier Vadillo, Cavestany, Cárcer, Halphen, Retortillo, el conde de Casa-Valencia...

Después hubo baile; pero antes, en el *hall*, se sirvió el café y se encendieron los cigarros, consignando como nota pintoresca que una orquesta de guitarras y bandurrias circuló por el *hall*, animando con sus notas las conversaciones de los reunidos.

El Palace también dijo solemnemente *aquí estoy yo*, y su comedor amplio y elegante y su salón de baile, más que amplio, amplísimo, fué centro de alegría y regocijo. Este *signore Gemelli* no se queda atrás. Por el salón de baile vimos bailar a 500 parejas. Podemos decir que las contamos: una, dos, tres... quinientos. Y el gran Boldi dejaba escuchar los dulces y rítmicos acordes de su música.

En las distintas mesas del elegante comedor del Palace se encontraban también los marqueses de Salobral, la condesa de Requena, la señora de Weyler, señorita de Escoriaza, Mme. Hadof, señores de Alvarez Salvador, los diplomáticos señores barón de Meyendorff, Mr. Phipps, Moreno, Chiappe y coronel Gutiérrez; el general Ampudia, marqueses de Nájera, Narros y Arcos; condes de Casa-Valencia, Luna, Rodezno, Villanueva, Fedoyere y Woth; barones de Heeren y de la Gaffy, el cónsul de Inglaterra, el doctor Fernández Alcalde, M.M. Marquet y Bordat, y señores Ortega Morejón (don José), Muñoz y Rocatallada, Caro, Cobián, Portela, Madariaga, Silvela (don Carlos), O'Donnell, Zulueta, Brujó, La Puente, Castillo (don Alfonso), Carvajal, López de Carrizosa (don Miguel), López Monis, León y Primo de Rivera (don Ignacio), Pineda y Moya.

La juventud se divirtió. Hasta las tres de la madrugada duró la fiesta. Y la noche se pasó con mucho agrado y mucho contento.





Señora de Mille.

(Fot. Kaulak.)

## En casa de los señores de Mille.

**C**EN casa de los señores de Mille se celebró ayer tarde una linda fiesta. El ilustre general del Cuerpo Jurídico y su amable esposa habían invitado de un modo tan sencillo que la fiesta no se presumía.

—¿Quiere usted acompañarnos a tomar una taza de té?—nos dijeron tan sólo.

Y al elegante piso de la Castellana acudimos ante la amable invitación.

Los pequeños saloncitos están adornados con mucho gusto. Lo moderno impera; el tono claro de las sederías alegra la estancia; pero con todo, no falta alguna obra de arte que avalora más los detalles. Sobre todo, el Arte. El Arte lo saben sentir los señores de Mille, y el Arte brilló ayer con esplendor.

¿Qué fué la fiestecita? Muy sencillo. Ante un círculo de íntimas y buenas amistades oímos cantar a la señora de Fonseca, la joven y bellísima esposa del secretario de la Legación del Brasil, unas deliciosas canciones francesas—su patria—; oímos cantar unos cadenciosos fados portugueses a la joven y bellísima señora de Dos Santos, esposa del secretario de la Legación portuguesa, que a su vez es una gran concertista de mandolina, según pudimos apreciar; oímos ejecutar en el violín, con gran delicadeza, diversas composiciones a Mlle. Horigoutchi, hija del encargado de Negocios

del Japón, señorita que luego bailó con mucho gracejo al alegre castañeteo de las andaluzas castañuelas, y oímos cantar dos cuplés franceses y uno inglés, muy bien por cierto, a la bellísima señorita de Pérez del Pulgar, *la bella rubita*, como la llaman muchos de sus amigos.

Sin programa preparado, todo fué realizándose felizmente entre muy nutridos aplausos; y para que nada faltase—las exaltaciones patrióticas siempre van bien—, teniendo en cuenta que entre los concurrentes se encontraban el ministro de Marina, general Miranda, y el comandante del *España*, marqués de la Hinojosa, la señora de Fonseca, que habla el español perfectamente, cantó, al piano, el himno patriótico que entona frecuentemente la marinería del referido acorazado.

Fueron unas horas deliciosas las pasadas en aquellos saloncitos, de mucho contento y de mucho agrado, y a ello contribuyó, con la amabilidad de los dueños de la casa y el encanto de los artistas—tales son—, los invitados a tomar *una taza de té*, entre los que figuraban, además de los citados, la señora y señorita de Miranda, los señores de Sarthou y la marquesita de Selva-Alegre, las marquesas de Hinojosa y Seijas, esta última con su hija Carmela; los marqueses y marquesas de Figueroa y Urrea, la marquesa de la Frontera, la de Castellfuerte y sus dos hijas las señoritas de Sanz y Magallón; la vizcondesa y el vizconde de Eza, el encargado de Negocios del Japón y madame Horigoutchi, los señores de Oruña, la señorita de Reynoso, los señores de Pérez del Pulgar, las señoras de Monjardín y Sancho Mata, las señoritas de Despujol y Pimentel, el marqués de Valdeiglesias, el duque de Tetuán, los secretarios del Brasil y Portugal, Castro y algunos más.

En el coquetón comedor de la casa fueron obsequiados con un espléndido té los invitados del amable matrimonio.

ENERO - 1916







La condesa viuda de Vilana.

(Fot. Debas.)

## La condesa viuda de Vilana.

**L**A enfermedad que padecía la condesa viuda de Vilana ha tenido ayer doloroso término. Rodeada de todos sus cariños, es decir, no de todos, por tener ausentes dos hijos, expiró la ilustre dama en su hotel de la calle de Nicasio Gallego. Su muerte ha causado un vivo sentimiento. Contaba en sociedad con afectos muy grandes, y sus salones fueron unos de los más hospitalarios de Madrid. En ellos se celebraron reuniones brillantes, banquetes espléndidos, *bridges* animadísimos, recepciones, en fin, en las que tuvieron puesto con la aristocracia, la política, las Artes y las Letras.

Con la muerte de la condesa viuda de Vilana se cierra a las fiestas del mundo aristocrático una residencia más. ¿Qué hacer sino resignarse ante los mandatos del Destino? Quedará, pues, solamente el recuerdo de su simpatía, de su trato, de su amistad, que perdurará por muchos años.

Pertenecía a una ilustre familia granadina: por su padre, a la muy noble de Solar de Valdoseca; por su madre, a la muy hidalga de los condes de Floridablanca, y casó dos veces: la primera, con don Juan Manuel Agrela, hermano del conde de Agrela, de cuyo matrimonio nacieron tres hijos: doña Soledad, casada con don Luis Gil Delgado, hijo de los marqueses de Berna; don Mariano, casado con doña María del Pilar Montano, y sor Rosario, religiosa en un

convento de Bruselas, y la segunda, con don Fernando Casani, conde de Vilana y pontificio de Casani, de cuyo enlace tuvo cuatro descendientes: don José, actual conde de Vilana y de Casani, casado con doña María Valentina de Astoreca, de opulenta familia de Chile, en cuyo país se encuentra actualmente este matrimonio; doña Dolores, don Fernando y don Luis, todos éstos solteros.

Para todos va muy expresivo y sentido nuestro pésame por la desgracia que les aflige, y en la que toma parte la sociedad de Madrid.



Esta mañana se verificó el entierro, constituyendo el triste acto una manifestación de duelo muy sentida.

A las once se organizó la comitiva, precedida por el clero de la parroquia de Santa Teresa y Santa Isabel.

El féretro, de caoba con herrajes de plata, era conducido en una lujosa carroza tirada por seis caballos empenachados.

Presidieron el duelo el director espiritual de la finada, don Mariano Agrela, y don Fernando y don Luis Casani, hijos de la condesa; su hijo político don Luis Gil Delgado y su próximo pariente el ilustre actor don Fernando Díaz de Mendoza.

En la numerosa concurrencia figuraban el ex presidente del Consejo don Eduardo Dato, los ex ministros marqueses de Lema y Figueróa, los duques de Alburquerque, Aliaga, Vega, Unión de Cuba y Nájera; los marqueses de Martorell, Camarasa, Berna, Valdeterrazo, Salamanca, Pidal, Portago, Rafal, Puebla de Rocamora, Barzanallana, Santa Cristina, Sancha y Valdeiglesias; los condes de Revilla-Gigedo, viudo de Albiz, Casal, Cerragería, Real Piedad, Santa Coloma, Agrela, Eril y San Luis; los vizcondes de Amaya y Val-de-Erro; los subsecretarios de Gobernación y Estado, duque de Almodóvar del Valle y marqués de Amposta; el general Bascaran, y los señores Montojo (don Juan), Gil Delgado, Méndez de Vigo, Franco, Milla, Manera, Silvela (don Jorge), Franco, Rodríguez Escalera, Díaz de Mendoza (hijo), Gordon Wardhouse, Suárez de Tangil, Dorado, Campuzano, Vázquez de Zafra, López Chicheri y otros muchos.

En la plaza de Alonso Martínez rezó el clero un responso.

Descansen en paz la ilustre dama, y reciban de nuevo sus hijos y demás familia nuestro pésame más sincero.





Señorita Jesusa Groizard.

(Fot. Kaulak.)

## La señorita de Groizard y el señor G. Romero de Tejada.

**L**A boda de la bellísima señorita Jesusa Groizard, apellido ilustre que nos habla de constancia y lealtad en el partido liberal, con el señor don Juan G. Romero de Tejada se celebró ayer tarde, a las cuatro, en San Jerónimo el Real. Lo habíamos anunciado. El templo, el artístico templo, se adornaba con profusión de plantas y flores, y allá en el coro una orquesta admirable, combinada con el órgano, dejó escuchar los acordes de un selecto concierto religioso.

La novia, hija del ex director general y ex diputado don Carlos Groizard, actualmente magistrado del Supremo Tribunal de la Justicia, estaba guapísima. Su traje era de seda blanca, y bajo los pliegues de su velo de desposada se veía, coronando su cabeza, una bella diadema de flores de azahar.

Fueron padrinos el ilustre ex ministro y ex presidente del Consejo de Estado don Alejandro Groizard, presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, abuelo de la novia, y la señora de G. Romero de Tejada, hermana política del novio, concurriendo como testigos, por parte de ella, su tío don Alejandro Groizard y Coronado y los marqueses de Camarines y Terán, y por la de él, el señor Romero de Tejada, don Rufo García Rendueles y don Javier Gómez de la Serna, actuando como juez el ex subsecretario de la Presidencia y secretario del Juzgado del Centro don Ra-

fael López Oyarzábal, gran amigo de toda la vida de la familia de los Groizard.

Terminada la ceremonia religiosa, en la que ofició el párroco de los Jerónimos, don Antonio Calvo, los invitados, que eran muchos, se trasladaron al Hotel Ritz, cuyo salón de fiestas se hallaba primorosamente dispuesto para tomar el té. Se sirvió en mesitas, adornada cada una con blancas florecillas. En la de la presidencia tomaron asiento con los novios sus padres, padrinos y testigos; las marquesas de Comillas y Moret, la condesa de Lizarraga y su esposo, el ex gobernador señor Sanz y Escartín, la señora de Sarthou, el ex ministro señor Navarro Reverter y el senador señor Fernández Laza. En las restantes el resto de los invitados, entre los que recordamos los siguientes:

Marquesas de Caicedo, Goicoerrotea, Encinares y Selva-Alegre; las señoras y señoritas de Escobar, H. de Cisneros, Jevenois, Orfila, Bárcenas, Sánchez de Tirado, Moreno Zancudo, Saldaña, López Oyarzábal, González Pintado, Cirat, Sánchez Ocaña, Torre Isunza, Reñina, Fernández Laza, Romeu, Groizard, Moral, Oñate, Ezpeleta, Fernández-Gamboa, Chacón, Sánchez Román, Sanz y Escartín, Garzón, Castillo, Ussía, Tavira, Agulló, Oteyza, Cubillo, Picavea, González de Castejón, Igual, Lastra, Bas y algunas más.

Estuvieron también el ministro de Estado, señor Villanueva; el marqués de Torrelaguna, el de Encinares, el ilustre pintor Juan Antonio Benlliure, los señores Moya, Benayas, Groizard, Bas, etc.

Después del té la juventud quiso bailar y bailó. Se retiraron las mesas, se recogió el tapiz, y Malé, con su sexteto, ejecutó los bailes de moda. Hasta las ocho de la noche duró tan lucida y alegre fiesta.

Los nuevos esposos salieron por la noche para El Escorial; luego se trasladarán a Extremadura, donde se encuentra delicada de salud la madre de él.

Sean muy dichosos.

## La inauguración del Real.

**V**A llegó.

Hay que decirlo así porque se esperaba con impaciencia; por algunos, con incredulidad. Pero llegó, y anoche asistimos a ella, que constituyó una brillante fiesta de sociedad—además de la artística—, a juzgar por la concurrencia que ocupaba palcos y butacas. Se inauguró el Real; oímos *Traviata* como en los años mozos de nuestra infancia, y—¿por qué no decirlo?—la oímos con agrado. Aunque no fuera más que por recordar los días pasados y ya lejanos, merecería nuestro aplauso. Pero además es que la cantaron la Paretto, Stracciari y Polverosi, y... que la cantaron muy bien.

En el palco regio de diario estaban SS. MM. Don Alfonso y Doña Victoria, y en el inmediato, S. A. la infanta doña Isabel. En el de la servidumbre, la dama de guardia, duquesa de Montellano; las damas particulares señoritas de Loygorri y de Bertrán de Lis, y el grande de España marqués de Peñafior.

Al palco del Gobierno acudieron el presidente y el ministro de la Guerra, y los de las Sociedades de Palcos estuvieron muy favorecidos.

En el palco de la duquesa de Fernán-Núñez estaban la princesa Pío de Saboya, su hija la marquesa de Almonacid, la condesa de San Félix y la señorita de Castellanos.

Con la marquesa de Cayo del Rey se hallaban su hija, una

encantadora señorita recién puesta de largo, que ha de llamar la atención en los salones; la marquesa del Baztán y la hija de ésta. Con la marquesa de Mochales, su sobrina, la bella señorita de Elduayen, que es otra de las que en la nueva generación ha de cosechar más flores, y la señorita de Romero.

En otros palcos estaban la duquesa de Pinohermoso, señora de Lázaro y señorita de Vázquez Barros; condesa de Romanones, marquesa de Santa María de Silvela y señora de Goyeneche; condesa viuda de Crecente, sus hijas y señoritas de Sotomayor y Monteagudo; duquesa del Infantado y condesa de Torrejón, marquesas de la Scala y Torneros, condesa del Rincón y señora de Santos Suárez; condesa de Adanero, con su hija soltera y las señoritas de Castelar; vizcondesa de Eza, señoras de Chavarri y Aguilar y señorita de Cortés y Rodríguez Codes.

Las jóvenes princesas de Thurn et Taxis y de Ratibor estaban con una dama alemana que reside en Lisboa; con la condesa de Campo Giro, una distinguida señora americana, la de López de Cevallos, muy guapa por cierto, que pasa una temporada en Madrid; condesa de Alcubierre y su hija la marquesa de Espinardo, marquesas de Ahumada y San Miguel de Híjar, y condesa de Sierrabella; señora viuda de Muguíro, su hija y la señorita de Valle Umbroso; marquesa de Aguiar y duquesa de Medina de Rioseco, marquesa de Garcillán y condesa de Luna, marquesa de Moret y señorita de La Bastida, señora y señorita de Núñez de Prado y señora de Bascaran, señora de Lombillo y señorita de Bermejillo, condesa de Aguilar y sus hijas, marquesa de López Bayo, vizcondesa de Roda y sus hijas, marquesas de la Coquilla y Villalba, marquesa de Castelfuerte y sus hijas, señora de Ascanio y las suyas, y señora de Cuesta y señorita de Montero de Espinosa.

También estaban la marquesa de Oquendo y su hija, la condesa de Coello de Portugal, y señoras y señoritas de Mille, Garzón, Romeo, Iborn, Allende (don Tomás), Ranero, López Monis y tantas más.





Señorita Carmen de la Peña.

(Fot. Franzen.)

## La señorita de Peña y el señor Cortezo.

**C**EN la artística capilla del Asilo del Sagrado Corazón se ha celebrado esta mañana el enlace de la encantadora señorita Carmen de la Peña con el señor don Francisco Javier Cortezo y Collantes, hijo del ilustre doctor y ex ministro de Instrucción pública don Carlos María.

La ceremonia ha sido solemne. El bello templo adornábase espléndidamente. Ya en el atrio lucían los tapices, las guirnaldas de yedra y las grandes esferas de boj. Y cuando a la llegada de los novios se abrieron de par en par las puertas de la nave central, admiróse la elegante y florida decoración que la adornaba. Pendían de los muros soberbios tapices, brillaban las arañas como ascuas de oro, extendíanse de un lado a otro del presbiterio las guirnaldas de yedra y de luces, elevábanse gentiles las palmeras y bajo un tejido de flores de azahar ocultábase el altar mayor, del que sólo destacaba soberano, entre tanta flor blanca, el rojo Corazón del Salvador.

Llegaron los novios. Ella, gentilísima, vistiendo lindo traje blanco, coronando con azahares su cabecita, disipando su belleza bajo los pliegues del albo velo, daba el brazo a su padrino, el eminente doctor Cortezo; él, de chaquet, luciendo sobre su ojal una flor blanca, daba su brazo a la madrina y madre de la novia, señora viuda de Peña, que, haciendo honor al clasicismo patrio, tocaba su cabeza con la española mantilla de blonda.

Y detrás de los novios y los padrinos siguieron los testigos, que han sido, por parte de ella, el alcalde de Madrid, señor Ruiz Jiménez; el marqués de Hazas, el señor Fernández Aguilera y don Jaime de Alós, y por la de él, los ex ministros conde de Bugallal y don Amalio Gimeno, el conde de San Luis y don Víctor María Cortezo.

Y después de una plática elocuente, en la que el deán de la catedral de Teruel, don Antonio Buj, dejó escuchar su persuasiva y serena palabra, este mismo sabio sacerdote bendijo la unión, comenzando seguidamente la misa, durante la que el coro de niños del Asilo y la orquesta interpretaron brillantísimas páginas musicales.

La concurrencia era muy distinguida, figurando entre ella, claro es, la señora de Cortezo, sus hijos y la señorita de Peña, hermana de la novia.

Habían sido invitados, entre otras personas: el presidente del Consejo y la condesa de Romanones, los duques y duquesas del Infantado, Torres, Uceda y Osuna; marqueses y marquesas de Acapulco, Pozo Rubio, Gorbea, Pacheco, Cruilles, Hazas, Silvela, Villabrágima y Grijalba; condes y condesas de Albox, Velayos, San Diego, Artaza, y los señores, señoras y señoritas de Dato, Bugallal, Foixe, Topete, Eguilior, Caro, Baüer, Alós (don Diego), Conde y Luque, Gabaldá, Baillo, Fernández Aguilera, García Ortega, Lastres, Sánchez Román, Puigcerver, Velázquez, Alós (don Jaime), Alonso Castrillo, Ranero, Luna, Pittaluga, Benavente, Vales y Failde, Conde y Luque, Cervantes, Pulido, Illana, Corradi, Palazuelo, el ex presidente del Consejo don Eduardo Dato, que también asistía, y el director de Comunicaciones señor Francos Rodríguez, entre otros.

Los nuevos esposos han recibido muchos y muy valiosos regalos, entre ellos las arras de boda, consistentes en trece onzas antiguas, obsequio de los condes de Romanones.

Después de la ceremonia religiosa, en el salón de bodas del Asilo se sirvió a todos los invitados un espléndido *lunch*.

Sean los nuevos esposos muy felices y reciban sus padres nuestra sincera enhorabuena.

Los señores de Cortezo, la señora de Peña y los hermanos de los novios hicieron muy amablemente los honores de fiesta tan grata.





Señora doña Rosa Echenique de Márquez de la Plata.

(Fot. Kodak.)

## En casa de los señores de Márquez de la Plata.

UNA fiesta que tuvo todos los encantos de la intimidad y de la sencillez y toda la cortesía de que son capaces de dispensar a sus amigos los señores Márquez de la Plata tuvo lugar ayer tarde en casa de este ilustre matrimonio chileno, que habitualmente reside en París y que, por incidencias de la campaña, se encuentra en Madrid, donde recibe agasajos de buena parte de la sociedad madrileña. Para corresponder a estos obsequios, los señores de Márquez de la Plata reúnen con frecuencia a sus amigos con el sencillo aviso de: «¿Quiere usted acompañarnos a tomar una taza de té?», y fué el de ayer uno de estos días en que sus saloncitos se animaron con buen número de personas y, sobre todo, con el arte de la gentil diva señorita Capsir, aplaudida recientemente en el teatro Real, y con el de la linda hija de los marqueses de la Cimada, señorita Mercedes Bernaldo de Quirós, en cuyas manos vale la guitarra un tesoro.

Cantó la señorita Capsir, en quien la belleza corre parejas con su arte, trozos de *Fausto* y de *La Traviata* y *La partida*, de Alvarez, obteniendo ovación calurosa, que confirma sus valimientos y sus méritos como diva de bellissimo presente y de brillante porvenir; cogió en sus manos Mercedes Bernaldo de Quirós la guitarra española, y sus cuerdas vibraron al contacto de los dedos de nácar de la *tocadora* gentil.

¿Concierto? No. La guitarra, en manos de la señorita de Bernaldo de Quirós, es siempre clásica y española, como el alma de quien la pulsa, como la belleza de quien la sostiene en sus manos; vibraron, pues, sus cuerdas al ritmo de unas *soleares*, de unas *malagueñas*, de unas *peteneras*, de unas *sevillanas* que tenían toda la luz de aquel sol andaluz; coplas todas que cantó con mucho «sabor de la tierra» el señor Cuevas.

Muchas veces sonaron los aplausos.

Después sonó nuevamente el piano y se escuchó el *one-step* y el *fox-trop*, porque la juventud, gran aficionada al baile, quería rendir culto a su afición. Y se bailó.

Naturalmente que las horas pasaron en un vuelo, porque la concurrencia era muy numerosa y se conversó mucho, porque las «artistas» eran admirables y, sobre todo, porque estos señores de Márquez de la Plata son la amabilidad misma.

Los invitados no fueron escasos. Recordaremos algunos nombres: Los duques de Sessa, el duque de Maqueda y sus hijas María y Soledad, la duquesa viuda de Hornachuelos y sus tres bellísimas hijas las señoritas de Hoces, la marquesa de Villa-Huerta, la de San Miguel de Híjar y sus hijos los condes de Sierrabella, la de Torre-Milanos, los marqueses de Casa Real, los marqueses de Güell y su hija María, las condesas del Villar y de Torreflorida, los vizcondes de Roda y sus hijas Carmen y Mercedes, señores de García-Lomas y Tagle y su hija, el encargado de Negocios del Japón y Mme. Horigoutchi, con sus hijos; señores de Illana y González-Hontoria y sus dos hijas, las señoritas de Velilla de Ebro, de Romrée y de Borbón, hermana de los duques de Dúrcal; los señores de García Loygorri.

Los marqueses de Cerralbo, Aymerich, San Dionis; el conde de Michelena, el académico Fernández de Béthencourt, el general Fernández Silvestre, los señores Pérez de Guzmán, Groizard, Antón, Eizmendi, Oliva de Gaytán, Jordán de Urríes, Ossa, Estrada y Catalán y Escobar.

Los señores de Márquez de la Plata, secundados por su hijo Fernando y por su deudo don Fernando Márquez de la Plata y Angolotti, obsequiaron a los reunidos con espléndido té.

FEBRERO - 1916







El conde de Peñalver.

(Fot. Kaulak.)

## El conde de Peñalver.

**S**E han confirmado, desgraciadamente, los temores que hiciera concebir el estado del conde de Peñalver. Esta mañana rindió su tributo a la Muerte el ilustre ex alcalde de Madrid, produciendo su pérdida un grande y justo sentimiento en todos los círculos sociales.

Era el finado una figura prestigiosa que gozaba generales simpatías y verdadera popularidad. Sus méritos y talentos le llevaron a ocupar altos puestos políticos y sociales, haciéndose acreedor al aplauso y a la gratitud de todos. Así llegó a ser una personalidad eminente, cuyo concurso se estimaba indispensable en buen número de empresas.

Miembro muy distinguido del partido conservador, era en él muy querido y respetado. Por sus méritos fué elevado a la Alcaldía de Madrid; cargo que desempeñó en dos ocasiones distintas: la primera en circunstancias difíciles, cuando acababa de abandonar el puesto hombre de tan claras dotes como el señor Sánchez de Toca, dejando el grato recuerdo de un buen alcalde, de un administrador celoso y de un defensor enérgico de los intereses del vecindario.

De su segunda etapa dejó un recuerdo honrosísimo. A él se debe la realización del proyecto de la Gran Vía, magna obra que había atravesado por tantas vicisitudes. El nombre de avenida del

Conde de Peñalver, dado al primer trozo de la Gran Vía, perpetúa merecidamente el recuerdo de aquella gestión, tan difícil como satisfactoria y honrosa.

En otras obras de carácter social, demostró su temperamento de hombre emprendedor, de grandes iniciativas e infatigable en el trabajo. En su mayor parte, a su energía y a su constancia se debe la excelente obra realizada por el Real Automóvil Club, del que era presidente. También se debe a él en buena parte la organización y los admirables resultados que en la práctica ofrece la Asociación Matritense de Caridad, que presidía.

A su cargo había tomado también la presidencia del Asilo de Santa Cristina, fundado y sostenido muchos años por el popular don Alberto Aguilera, no tardando en tocarse los resultados de su labor, traducidos en una beneficiosa organización, que aseguraba la vida a los pobres allí albergados. En el Casino de Madrid, del que fué presidente, dejó asimismo el ilustre muerto memoria gratísima de sus iniciativas y de su laboriosidad incansable.

Poseía el conde de Peñalver las grandes cruces de Carlos III y de Isabel la Católica, así como la de la Orden de Beneficencia. Era también gentilhomme de cámara de S. M.

Estas y otras nobles empresas hicieron del conde de Peñalver una personalidad muy querida y respetada en todas partes. Al desaparecer de entre nosotros, su nombre sigue viviendo, rodeado de todos los prestigios.



Don Nicolás de Peñalver y Zamora, conde de Peñalver y marqués de Arcos, nació en Zaldúa, provincia de Guipúzcoa, en 1853.

Por primera vez vino a las Cortes en 1884, como senador por Cuba. Después representó a la provincia de Oviedo en la Alta Cámara en las Cortes de 1890, 901, 903, 907 y 910. También fué diputado a Cortes por Infiesto en las de 1896, y por Luarca en 1898.

En la actualidad era senador vitalicio, y había sido también vicepresidente de la Alta Cámara.

Estaba casado con una distinguida señora, doña María del Socorro García de Paredes, perteneciente a una ilustre familia asturiana.

Como su esposo, esta dama, que posee la banda de la Orden de María Luisa, goza en la sociedad de Madrid generales simpatías y respetos.

De este matrimonio no queda ningún hijo.

La casa de la calle del Rey Francisco, donde vivió el conde de Peñalver, era una residencia elegante, cuyos salones decoraban notables obras de arte. En ella se celebraron muchas brillantes fiestas.

Poseía también un palacio en Oviedo, en el pueblo de Trasona, cercano a Avilés, al que serán conducidos los restos del finado.

En aquella casa solariega pasaba largas temporadas durante los veranos, descansando de su fatigosa labor del resto del año.



Al siguiente día se verificó la conducción del cadáver desde su palacio de la calle del Rey Francisco a la estación del Norte para ser trasladado a Asturias. La manifestación fué imponente; sentidísimo el duelo.

Precedía al coche mortuorio una sección de la Guardia municipal, montada; la banda municipal, con su director, el maestro Villa, al frente; 50 niños del Colegio de San Ildefonso y otros tantos del Asilo de la Paloma, y el clero de la parroquia de San Marcos, con cruz alzada y cantores.

A los lados de la carroza iban ocho porteros del Senado y varios de El Hogar Español y del Casino de Madrid.

SS., MM. y AA., que tanto apreciaban al conde de Peñalver, se adhirieron al acto enviando sus representantes. Por los Reyes concurrió el coronel marqués de la Ribera; por la Reina Doña Cristina, su secretario particular, conde de Aguilar; por la infanta doña Isabel, el mayordomo de semana, señor Rolland; por el infante don Fernando, su secretario, don Gabriel Pastor, y por el infante don Alfonso, el capitán señor Jaquetot.

Constituían la segunda presidencia el director espiritual del finado, padre Ramonet; el vicepresidente del Senado marqués de Portago, don Enrique y don Ignacio Peñalver, hermanos del conde, y don Juan Méndez de Vigo, pariente también del finado.

Entre la numerosa concurrencia que marchaba a continuación, figuraban, en primer término, la Comisión de la Alta Cámara y el Ayuntamiento de Madrid, bajo mazas, presidido por el alcalde, señor Ruiz Jiménez. Asistieron todos los concejales— a excepción de los socialistas—, el secretario de la Corporación, todos los de las Tenencias de Alcaldía y jefes administrativos de Casas de Socorro, con el personal de las mismas que el servicio permitía; el personal libre de Arbolado, Alumbrado, Fontanería y Vías públicas, y otros muchos empleados municipales.

La Comisión del Senado estaba formada por los señores Sanz y Escartin, Prast, Fernández Prida, Jiménez Arenas, García Molinas, marqués de Valdeterrazo, con-

de de Garay, Archilla, Garay y Rowart (D. J. M.), conde de Bernar, Navarro Reverter y conde de Agüera. Con ella iba el oficial mayor de la Alta Cámara, señor Gil Lozano.

Concurrieron además, entre otras muchas personas, el capitán general marqués de Estella, los ex presidentes del Consejo don Eduardo Dato y don Antonio Maura, los ex ministros señores Sánchez Guerra, conde de Bugallal, general conde del Serrallo, Espada, marqués de Pilares, Pérez Caballero y Allendesalazar; el gobernador civil, conde de Sagasta; el presidente de la Diputación, señor Díaz Agero; el jefe superior de Palacio, marqués de la Torreçilla; los duques de Santo Mauro, Montellano y Bailén; el príncipe Pío de Saboya, los marqueses de la Mina, Quirós, Valderrey, Camarasa, Vivel, Toca, Cerralbo, Goicoerrotea, Gorbea, Villaviciosa de Asturias, Portugalete, Mochales, Belzunce y Valdeiglesias; los condes de Caudilla, Casa-Valencia, Moral de Calatrava, Belascoain, Cerragería, Aybar, viudo de Albiz, Malladas, Andes y San Félix; los vizcondes de Eza y Garci-Grande; los generales Bascarán y Calvalcanti, los señores Castelain, Encío, Santos y Fernández Laza, Méndez Vigo, Barzanallana, Alvarez Arranz, Iradier, Betegón, Mencheta, Retortillo y Macpherson, Pérez del Pulgar, Torres (don Emilio María), Rodríguez Escalera, Bahía, Romero, González de Castejón, Ortuño, Francos Rodríguez, Campuzano, Semprún, Santos Ecay, Pérez Magnín, Concha Alcalde, Núñez Samper, Udaeta, Alesanco, Alcalá Galiano, Cámara, Ortueta, Cuevas, Gamoneda, Moreno Carbonero, Criado y Gil, numerosos periodistas y otras muchas personas.

## Las noches del Real. Anselmi - Vix.

**L**A función de anoche en el regio coliseo tuvo todos los honores de una gran solemnidad. Debutaba Anselmi, el tenor predilecto de la sociedad aristocrática, y debutaba Genoveva Vix, la tiple predilecta también del gran mundo madrileño. Y para festejar a los dos artistas acudió al Real el «todo Madrid» de las grandes fiestas de sociedad. Ni un palco, ni una butaca desocupada, hacían que la sala presentase espléndido golpe de vista. Y si de todas las manos brotaron los aplausos para la tiple y el tenor, de todos los labios brotaron también los elogios para la elegancia suprema de la Vix y para aquellas *toilettes* de gusto insuperable, que provocaron entre las señoras vivos murmullos de simpáticos comentarios.

Dos de sus trajes llamaron principalmente la atención: el uno era de terciopelo azul turquesa con grandes lazos de color de rosa y volantes de tul blanco, bordado de cristal; un traje que dijérase copiado de algún retrato de las princesas que acompañaron a María Antonieta en las regias fiestas del Triánón; el otro, de tisú de oro con guirnaldas de pequeñas rosas.

La familia real presidió la fiesta artística de anoche. En su palco, SS. MM. el Rey y la Reina. En el inmediato, SS. AA. las infantas doña Isabel, doña Luisa y doña Beatriz y la duquesa de Talavera y los infantes don Carlos, don Alfonso y don Fernando.

En el de gala, ocupado por la alta servidumbre de guardia, la marquesa de Camarasa y el marqués de Canillejas, dama y grande, respectivamente, de servicio con los Reyes; las señoritas de Heredia y de Bertrán de Lis y la señora de Ruata y el jefe de la Escolta, coronel Alvear.

En el palco de la duquesa de Fernán-Núñez, la duquesa de Placencia, la condesa de San Félix y su hija la señorita *Nini* Castellanos; la señora y señoritas de Dato, con la duquesa de Baena y la marquesita de Villamanrique; con la marquesa de Villalba, la señora de Sarthou y la marquesita de Selva-Alegre y la señora de León y Cienfuegos; con la duquesa de Pinohermoso, la señora de Arcos y la condesa de Castilleja de Guzmán, con su hija Blanca Rodríguez de Rivas; las señoritas de Rodríguez Codes, con la señora de Aguilar (don Alberto) y sus hermanas las señoritas de Aramayo; con la condesa de Campo-Giro, su hija y la señora de Ceballos; con la marquesa de Garcillán, la condesa de Luna y la señora de Cáceres; con la generala Luque, la señora y señorita de Cuesta.

En un palco, la joven señora de Santos Suárez y las señoritas de Martínez de Irujo; en otro, la condesa D'Orsay, con una princesita de Thurn et Taxis, madame Von-Krohn y mademoiselle Weinstein; la condesa del Villar, con su madre la señora de La Cerda y la señorita de Bernaldo de Quirós, hija de los marqueses de la Cimada; la condesa de Torre-Mata, con su hermana Consuelo; la señora de Alba, con la mayor de las hijas del ministro de la Gobernación; en otro, la condesa de San Luis, con la duquesa de Tetuán y las señoritas de O'Donnell; en otro, la señora y señorita de Bermúdez-Reina, con la señorita de Jordán de Urries, hija de los marqueses de San Vicente; la condesa de Maluque ocupaba otro con sus hijas, las señoritas de Travesedo y Silvela.

La señora de Oruña, con su hermana, la señorita de Reynoso, su sobrina la señorita de Despujol y la señorita de García Prieto; con la señora de Núñez de Prado, su hija y la señora de Baier y Mme. Van-Royen; con la marquesa de Ferreras, la señorita de Bermejillo del Rey; con la condesa de Adanero, sus hijas; con la marquesa de Valdeterrazo y su hija la vizcondesa de los Antrines, la marquesa de Bolaños y la señorita de Jáuregui, hija de los vizcondes de la Alborada; con la condesa de Alcubierre, su hija la mar-

quesita de Espinardo y su hija política la condesa de Sástago; la vizcondesa de Roda, con sus hijas las señoritas de Jordán de Urríes, y la marquesa de Castellfuerte, con las suyas, señoritas de Sanz y Magallón; con la marquesa de la Florida, la señora y señorita de Ascanio.

Ocupaban un palco la duquesa viuda de Sotomayor y las marquesas de Ivanrey y Valdeiglesias; otro, la señora de Urquijo y su hermana la de Federico; otro, la señora de Careaga (don Eduardo) y la de Ibarra (don Francisco); otro, la señora y señorita de Milla, con la señorita de Boix; otro, la vizcondesa de Eza, con la señorita de Cortés; otro, la condesa de Crecente, con sus hijas; otro, la señora de Iturralde, con las señoras de López-Roberts; otro, la marquesa de San Miguel de Híjar, con la condesa de Sierrabella, su hija; otro, la señora de Carvajal, con las señoritas de Villavicencio.

Estaban también las señoras y señoritas de García Molinas, Vardillo, Gabalda Stefaníai, Avellaneda, Croke, la ilustre Lucrecia Arana y la señora de Béjar (don Pablo A.), entre otras muchas.

En el palco de los ministros estaban el presidente del Consejo y los ministros de la Gobernación, Guerra e Instrucción pública.

También asistió a la representación el ex presidente don Eduardo Dato. Los palcos de las Sociedades tenían también aristocráticos concurrentes.

Fué la de anoche, como se ve, una noche de gala.







S. M. el Rey Don Alfonso XIII.

*(Dib. ijo de Gamonal.)*

## Concierto en Palacio.

**C**UNA bella fiesta fué la celebrada anoche en los salones del regio alcázar; no fué baile, si no un exquisito concierto que deleitó a cuantos asistieron a él.

Titta Ruffo, ese cantante poderoso, espléndido de facultades; Genoveva Vix, la tiple brillantísima, sobre cuya blanca *toilette* caían anoche los hilos de perlas; Palet, admirable de voz y de sentimiento, y Costa y Terán, fueron los artistas que, acompañados por Guervós, formaron el programa de la fiesta artística de anoche.

Anoche no se bailó; se escuchó música solamente. Y es que Don Alfonso, este Rey nuestro en cuyo corazón tiene siempre eco la voz del pueblo, sabe que una fiesta en Palacio es beneficio para el comércio; y ya que no pudieron resonar, como otras veces resonaron, los acordes de los valsos y de los rigodones, pensó en el concierto de anoche, en el que, justo es decirlo en honor de Titta Ruffo, fué él, artista italiano, el único que cantó algo de música española —*El guitarrico*—, a pesar de que otros artistas españoles eran sus compañeros en la fiesta.

Consignemos, pues, seguidamente, que la fiesta fué bella, fué espléndida, fué regia; digna, en fin, del marco en que se verificó, digna de este alcázar español que alberga, con la gentileza y la hermosura, la bondad que impera en el corazón de nuestros Reyes.

Llegaron puntualmente los invitados; despojáronse de sus abrigos, dejando al aire la elegancia suprema de las *toilettes* las damas y la vistosidad de sus uniformes los caballeros, y atravesando el primer salón penetraban en la cámara de Gasparini, donde aguardaron la llegada de la real familia. Y a las diez y media, cuando todos reunidos con cortesana puntualidad ofrecían animado y brillante conjunto, el sonido de unas palmadas anunció la proximidad de la Corte.

Precedíanla los mayordomos de semana; después, el grande de España de guardia, conde de Superunda; los jefes de Palacio marqueses de la Torrecilla y Viana, el duque de Santo Mauro y el príncipe Pio de Saboya; después, la Reina, la Reina Doña Victoria, soberana de distinción y de belleza, vistiendo traje de color rosa y oro, con alta diadema de brillantes y collar de las mismas piedras, apoyada en el brazo de S. A. el infante don Fernando; seguía Su Majestad el Rey, de capitán general, con el Toisón, la venera de las Ordenes militares y la banda del collar de Carlos III, dando el brazo a su augusta madre, S. M. la Reina Doña Marfa Cristina, que vestía, con distinción suprema, negra *toilette* bordada en oro, adornando su cabeza con diadema *rosa* de brillantes y collar de brillantes también; del brazo del infante don Alfonso iba S. A. la infanta doña Isabel, que vestía de raso gris perla, coronando su alba cabeza con espléndida diadema de brillantes y rubies; blanca con bordados de cristal era la *toilette* de la infanta doña Beatriz, que lucía además diadema y broche de brillantes y amatistas y se apoyaba en el brazo del infante don Carlos, y en el del príncipe Raniero la infanta doña Luisa, cuyo traje brochado, color crema, realizaba su figura, coronada por aderezo de brillantes y rubies. De azul vestía S. A. la duquesa de Talavera, que se adornaba con perlas y brillantes.

Don Fernando, don Carlos, don Alfonso y don Raniero lucían los uniformes de sus Cuerpos respectivos.

Y seguían detrás la camarera mayor, duquesa de San Carlos; las damas de guardia duquesas de Tovar y Tarancón, y las damas particulares de las Reinas e infantas, marquesa de Moctezuma, condesa de Mirasol, marquesa de Aguila Real, condesa de Guimerá y señoritas de Heredia, Loygorri y Bertrán de Lis.





S. M. la Reina Doña Victoria Eugenia.

(Fot. Franzen.)

Y tras la Corte siguieron todos los invitados, entre los que predominaban las clases de etiqueta, toda vez que la fiesta no era de las denominadas *grandes*.



¡Oh, qué deslumbrador efecto el de aquel salón, bajo cuya bóveda central destacó con sus pinceles un artista la inmortal figura de Colón ofreciendo a los Reyes Isabel y Fernando los tesoros de América! ¡Oh, qué deslumbrador efecto el del salón aquel, cuyas arañas de cristal y de bronce despedían rayos mil de luces y de fuego que refulgían sobre las columnas de mármoles y pórfido! ¡Oh, qué espléndido golpe de vista cuando, después de tomar asiento en sus áureos sillones la familia real, lo tomaron, inmediatamente detrás, las damas de la Reina, sobre cuyas *toilettes* ostentaban el lazo rojo de tan preciada distinción, y luego los demás invitados!

Dijérase viendo tan espléndida concurrencia que entre aquellos adornos de bronce cincelado, entre aquellos tibores orientales, entre aquellas flores que de ellos nacían, abriendo al ambiente sus misteriosos pétalos, triunfaba España con la soberanía de su mujer.

Se desvió nuestra mirada hacia el fondo del salón, donde, junto a majestuosas palmeras, se alzaba el gran piano de cola, cuyas notas preludiaban la fiesta.

#### PRIMERA PARTE

1. «Preludio», Rachmaninow, señor Terán.—2. «Manon», Puccini, señor Palet.  
3. «Luisa», Charpentier, señora Vix.—4. «Visione veneziana», R. Bragi, señor Titta Ruffo.—5. «Preludio» y «Allegro», Pugnani-Kreisler, señores Costa y Terán.—  
6. «Mefistófeles», Boito, señor Palet.—7. «Thais», Massenet, señora Vix.—8. Brindis de «Hamlet», Thomas, señor Titta Ruffo.

#### SEGUNDA PARTE

9. «Canción Luis XIII» y «Pavana», Couperin-Kreisler, señores Costa y Terán.  
10. «Payasos», Leonecavallo, señor Palet.—11. «Au bord de l'eau», Cuvillier, señora Vix.—12. «El guitarrico», Pérez Soriano, señor Titta Ruffo.—13. «Tosca», Puccini, señor Palet.—14. «Comme la nuit», Bohm, señora Vix.—15. «Canciones populares italianas», señor Titta Ruffo.

¿Qué decir del gusto y del arte con que fué interpretado este programa? Sólo diremos que todos los artistas fueron los grandes artistas de siempre; pero que Titta Ruffo fué el colosal maestro del gesto y de la voz, que entusiasmó de nuevo al selectísimo concurso. Tanto entusiasmó, que en honor suyo primeramente se rompió la severa etiqueta palatina y la familia real brindó su aplauso al artista extraordinario, al que tanto se le festeja y se le admira.

En el intermedio de la primera a la segunda parte fueron Sus Majestades al *buffet*, acompañados de SS. AA., y entonces fué cuando nuestra vista se detuvo, admirando la concurrencia.



*Las damas de la Reina.*—Entre ellas estaban la duquesa de Medinaceli, cuya figura esbelta se envolvía entre la plata de su traje; en su cabeza fulguraban los brillantes de heráldica diadema; en su garganta el gran collar histórico, de suntuosas perlas. De raso color tórtola es el vestido de la duquesa de Arión, que luce sobre su frente una pintoresca joya de estilo oriental que finaliza en una alta pluma de piedras preciosas; varios hilos de perlas caen sobre su *toilette*. Negra y oro es la de la princesa Pio de Saboya, que corona su cabellera con brillantes. La marquesa de Atarfe luce otro aderezo regio: aquel de brillantes y topacios rosados que heredó de su abuela la Reina Doña Cristina de Borbón. Blanco y negro es el traje de la condesa de Torre-Arias, que lleva también diadema de brillantes; blanco es el traje de la marquesa de Viana, que luce además alto *sprit* de diminutos brillantes; con ella va su linda hija, la gentil Carmencita, que asiste por primera vez a fiestas palatinas.

La marquesa de Santa Cristina, la duquesa de Santo Mauro, la de T'Serclaes, la de Vistahermosa, la de Sotomayor, la de la Victoria, la de Baena; las marquesas de Valdeolmos y del Salar y las condesas del Serrallo y de Alcubierre completan las filas de las damas de S. M.

Junto a ellas hay tres señoras de ministros: la condesa de Torre-Mata, bellísima esposa del gran Julio Burell, ministro de Instrucción pública, que viste elegantísima *toilette* azul pálido, y las señoras de

Luque y de Barroso, cuyos cabellos plateados, sobre rostros jóvenes aún, aumentan la belleza de las damas.

Suntuosa diadema luce la marquesa de Valdeterrazo, a quien acompaña su linda hija la vizcondesa de los Antrines, que luce preciosa *toilette* color azul; con ancha cinta de brillantes aprisiona sus rubios cabellos la bella marquesa del Mérito; de flexible terciopelo color topo es el traje de la marquesa de Ivanrey, que lleva por diadema artística cinta, cuyos brillantes trazan un finísimo encaje; de blanco viste la marquesa de Alquibla, color que fué siempre favorito de la bellísima dama, a la que anoche acompañaban sus lindas hijas y su hermana la marquesa del Albaicín; acompañada de su hermana política la señorita Cristina de Borbón, asiste también, radiante de belleza, la joven duquesa de Dúrcal, que se adorna con precioso traje de seda rosada y orla su garganta con hermosa hilo de perlas.

Por primera vez, después de su matrimonio, asiste a fiestas de Palacio la bellísima marquesa de Aranda, señora de Rubianes, a quien acompaña su linda sobrina la vizcondesa de Fefiñanes; por primera vez también, después de casada, concurre la condesa de Velayos, que viste de blanco de plata; por primera vez también, después de su luto, se presenta en la fiesta la condesa de Pardo Bazán, gala de nuestra literatura, sobre cuyo traje negro luce las insignias de la Orden de María Luisa.

De negro, ¡ay!, que recuerda todavía un trágico suceso, viste la bellísima duquesa de Canalejas, que completa su adorno con hermosos brillantes; de blanco viste la marquesa de Bolaños, por entre cuyos cabellos de oro fulguran los brillantes con que adorna su cabeza; blancas son las *toilettes* de las juveniles beldades duquesita de Algete, María Velilla de Ebro, T'Serclaes, Martínez de Irujo, Guillamas, García Prieto, Collantes, Fernández de Henestrosa y las tres encantadoras hijas del marqués de San Juan de Piedras Albas, señoritas de Melgar.

Asisten también las duquesas de Noblejas, Medina de Rioseco, San Fernando y Almodóvar del Valle.

Marquesas de Alhucemas, Scala, Urrea, Castromonte, Ferreras, Almonacid, Real Piedad, Somosancho, Jura-Real, Zarco, Villamanrique, Campo-Fértil, Someruelos, Valdeiglesias, Marbais, Frontera,

Sancha, Velagómez, Pozo-Rubio, viuda de Hoyos, Vadillo, La Guardia, Monteagudo, Argüelles y Espinardo.

Condesas de Aybar, Limpias, Casal, Valmaseda, Lascoiti, Torrejón, Crecente, Buenavista de la Victoria, Real Aprecio, Caudilla, Artaza, Rincón, Campo-Giro, Castilleja de Guzmán y Cerragería.

Vizcondesa de Roda y sus hijas las señoritas de Jordán de Urríes.

Señoras y señoritas de Martos (don Jacinto), Barrenechea, Gordon-Wardhouse, Alborada, Ezpeleta, Zulueta y Martos, Quiroga y Pardo Bazán, Dorado, Iñigo, Corvera, Lombillo, Oltra, López de Carrizosa, Torre-Mata, Pidal, Travesedo, Baüer, Chaves y Lemerye, González de Castejón, Palanca, Lloréns, Ponte, Romana, Figueroa, Coello, Fernández de Villaverde y algunas más.

Además de los ministros citados estaban los ex presidentes señores Maura y García Prieto, los ex ministros marqueses de Pílares, Vadillo y Estella, conde de Esteban Collantes, Cortezo, Sánchez Guerra, conde de Bugallal, López Muñoz y Groizard (don Alejandro), entre otros. El marqués de la Mina, el duque de Montellano, el de Medinaceli, el de Osuna, el de Hornachuelos, el de Béjar, el marqués de San Juan de Piedras Albas, el de Aymerich, el general Ezpeleta, el diputado a Cortes don José Luis de Torres, el senador marqués de Valdeiglesias, el marqués de Nájera, el duque de la Victoria, el de Tarancón, el marqués de Aranda, el de Santa Cristina, el de Santa María de Silvela, el gentilhombre don Juan Vitorica, el coronel y jefes del regimiento del Rey, el conde de Casal, los señores Pérez de Guzmán, Aritio, Ranero, Gamir, Baeza, Gondon, Lastra, el marqués de Rubí y muchos más.

Fiesta tan brillante terminó a la una menos veinte de la madrugada, en que los Reyes e infantes abandonaron el salón del concierto.

En una de las salas de la galería, adornada con suntuosos tapices, se sirvió un espléndido *buffet*.

## En el palacio de los duques de Medinaceli.

**L**os duques de Medinaceli abrieron anoche los salones de su palacio a las fiestas del mundo. ¿Es que hasta anoche no se había celebrado en ellos fiesta alguna? Hasta anoche sólo había habido en aquella hermosa residencia algunas pequeñas reuniones, esas pequeñas reuniones, por pequeñas más encantadoras, que a la continua suelen celebrarse en los grandes palacios en la intimidad de un par de docenas de amigos; pero fiesta grande, baile grande, no, no se había celebrado. Y fué anoche, cuando a las once en punto, encendidos todos los salones, brillando a porfía las joyas que los adornan, colocados los servidores en sus puestos luciendo sus libreas blasonadas y sus empolvadas cabezas, comenzaron a descender de sus carruajes en el amplio zaguán los invitados a la fiesta.

¡Con cuántos recuerdos en sus memorias ascendieron algunos por aquella extraordinaria escalera de mármol blanco, obra de Suñol, para encontrarse en lo alto de ella con el joven y simpático matrimonio! Porque allí, a la entrada del gran salón, estaban la duquesa y el duque de Medinaceli recibiendo a sus amistades: ella, realzando la distinción de su figura con un traje blanco brochado, de primoroso gusto, sobre el que resbalaban las gruesas perlas de un collar histórico, de aquel collar que perteneció a María Antonieta; horquillas de brillantes sujetaban sus cabellos rubios. Y no llevaba más joyas.

—¿Para qué más?—dice alguien—. Tiene la mejor de todas, la bondad.

El duque cruzaba su pecho con la banda de Carlos III.

Van llegando invitados; en el zaguán piafan los caballos, resoplan y trepidan los automóviles y allá en el guardarropa van quedando los lujosos abrigos que dejan al descubierto las lujosas *toilettes*. ¡Qué espectáculo, lector! No es para descrito. Y van ascendiendo por la marmórea escalera las damas con sus joyas de rica pedrería, con sus *toilettes* elegantísimas—¿para cuándo sino?—y los caballeros con sus condecoraciones.

—¿Con condecoraciones?

—Sí, sí. En los bailes como el de esta noche deben lucirse. ¿No oye usted? Fijese bien.

—¡Ah, sí! Es que viene la Familia Real. Son los acordes de la Marcha de Infantes. Sí, sí, se oyen también los de la Marcha Real. Abramos paso a la realeza.

Y van llegando las personas augustas.

Los primeros son SS. AA. los infantes doña Luisa y don Carlos y el príncipe Raniero de Borbón; la infanta viste de negro y lleva joyas de brillantes. Llega después S. A. la infanta doña Isabel, a quien acompaña su dama, la señorita de Bertrán de Lis; lleva joyas de brillantes y rubíes. A continuación hacen su entrada SS. AA. los infantes doña Beatriz y don Alfonso; la infanta viste precioso traje azul oscuro y oro y sobre el pecho luce una gran flor de lis de brillantes. Casi al mismo tiempo que los Reyes llegan el infante don Fernando y la duquesa de Talavera, que viste de blanco.

Todos los infantes han sido recibidos al pie de la escalera por los duques de Medinaceli.

Una voz dice:—Los Reyes.

Y los duques de Medinaceli bajan nuevamente hasta el zaguán para recibir a Sus Majestades. Se detiene el automóvil regio y de él descienden el Rey y la Reina. Van solos, sin servidumbre, como suelen llegar muchas veces a estas fiestas medio improvisadas.

En el brazo del duque de Medinaceli apóyase la Soberana; la duquesa de Medinaceli, en el del Monarca; y precedidos de los lacayos que llevaban en sus manos candelabros encendidos, según antigua costumbre de la Grandeza española, ascienden a los salones

del piso principal. ¡Ah, la Reina! Es celeste su traje, brochado de plata y orlado de pieles. Lleva tan sólo un collar de brillantes.

—¿Y para qué más?— vuelve a decir el invitado de que he hecho mención—. La mejor joya es ella misma.

Saludos, reverencias, sonrisas... Cesan los acordes de la Marcha Real... Se oyen los primeros de los bailes de moda... y comienza la animación. Estamos, pues, en plena fiesta.

El mejor adorno de toda fiesta son las damas. Fijémonos en ellas conforme van cruzando por los salones suntuosos, entre la colección de lienzos de Jordán, que representan episodios de «La Jerusalén libertada»; entre los retratos de Pantojas y Carreños, que reprodujeron en los lienzos las figuras de ilustres ascendientes de la noble Casa; entre los suntuosos tapices que, tejidos en seda y oro, decoran los muros de la armería, representando las bodas de Mercurio; entre aquella suntuosa colección de armaduras que parecen revivir al conjuro de la belleza y del arte; entre tanta y tanta maravilla artística como se atesora en las estancias que alberga en estos momentos lo más florido de Madrid.

Fijémonos, fijémonos en las damas que cruzan.

Elegante traje negro, brochado de oro, y collar de perlas, luce la duquesa de Santo Mauro, que también ocupó un puesto de honor en la serie de las duquesas de Medinaceli; serie que iniciara una hija del malogrado príncipe de Viana.

Llamaba la atención, por su distinción y su belleza, cual ocurre allí donde ella se presenta, la marquesa de la Mina. Lucía traje de brocado de flores, que parecía copiado de una antigua casulla, orlado de tul, y se adornaba con magníficas perlas.

Junto a ella, su hermana política, la bellísima duquesa de Montellano, con preciosa *toilette* de tisú de plata.

La duquesa de Arión, guapísima, ostentaba unos zarcillos criollos originalísimos, cuajados por completo de diamantes. Los firmaba Mellerio.

Muy elegantes también la duquesa viuda de Sotomayor, de blanco; la condesa de Torre-Arias, con vestido negro, bordado en plata; la duquesa de Plasencia, cuya elegancia es característica, con vestido azul eléctrico, y algunas esmeraldas de la Casa de Camarasa; de azul asimismo, bordado en plata, la condesa de Ro-

es; de negro *diamanté*, con un verdadero raudal de perlas, la bella marquesa de Ivanrey; de color crema, la de Valdeolmos; de tul gris, bordado en acero y adornado con encajes, la señora de Lázaro Galdiano, que lucía artístico lazo de brillantes; de gris brochado en oro, la condesa de San Félix, y muy elegante también la marquesa de Monteagudo.

La fiesta sigue en su apogeo; la juventud baila y baila sin cesar; la música resuena alegre, juguetona, ideal, porque este sexteto de Boldi tiene el secreto del ritmo y de la elegancia. ¡La juventud!

Veámosla: la duquesita de Algete, de blanco, adornándose con perlas; la marquesa de Villamanrique, de rosa; la encantadora condesa de Buenavista y su hermana, Pepita Guillasas, muy linda; las bellísimas María Santo Mauro, con traje de seda rosa, y Carinen Portago, y Mildred Caltavuturo, y Pepita Santos Suárez, y la señorita de Viana, que baila como un hada, y Mimi Mérito, y otras más.

La marquesa de Camarasa, madre de la duquesa de Medinaceli, podía mostrarse orgullosa al llevar a otras tres hijas, que son también tres bellezas: Cristina, que vestía de negro; Casilda, con traje de gasa rosa, y de blanco, la menor, María Pepa, digna hermana de éstas, que hacía su presentación en sociedad.

Las señoritas de Dato, de Muguíro, de Vázquez Barros, de T'Serclaes, de Ezpeleta, de Adanero, Pidal, Romana, Villamarciel, Escandón, Somosancho, Jordán de Urries, Castrillo, Benamejis, López de Carrizosa, Santa Marina, Martínez de Irujo, Collantes, marquesa de Espinardo, Fernández Villaverde, Scláfani, Téllez Girón, Almodóvar, Aguilar, vizcondesas de Fefiñanes y de los Antrines, Carcer, Bermejillo, Tamarit, Heredia, Alquibla, Bermúdez de Castro, Cárdenas, González de Castejón, Castilleja de Guzmán, Zulueta, Crecente, Figueroa y Bermejillo, Caudilla, Lindo plantel.

El grupo de casaditas jóvenes tenía una brillante representación. Como que en él figuraban la duquesa de Alburquerque, la condesa de Velayos, las marquesas de Campo-Fértil, Someruelos, Aranda y La Guardia, y la señora de Muñoz Vargas y Santos Suárez, que es una Santoña.

Entre otras damas, asistían también la princesa de Fürstenberg, luciendo preciosa diadema de brillantes, formada por hojas de espigas;

Duquesas de San Carlos, Almenara Alta, Almodóvar del Valle, Arión, Baena, Pastrana, Victoria, T'Serclaes, Medina de Rioseco y Tovar;

Marquesas de Argüeso, Atarfe, Mérito, Rocamora, Scala, viuda de Hoyos, Jura Real, Pozo Rubio, Guinarey, Viana, Santa María de Silvela, Mohernando, Valdeterrazo y Somosancho;

Condesas de Alcubierre, Cartayna, Corzana, Caudilla, Crecente, Castilleja de Guzmán, San Luis, Aguilar, Adanero, Pardo Bazán, Unión y Villamarciel, y

Señoras y señoritas de Beistegui, Ruata, Barrenechea, Loygorri, Lázaro, Bermúdez de Castro, Lombillo y otras.

Tuvieron también la fortuna de hacer su entrada en los salones, en esta preciosa fiesta, otras lindas señoritas.

La marquesa de Santo Domingo presentaba a su hija segunda, Eulalia, una belleza rubia, en cuyo rostro se refleja la hermosura de las damas de la Casa del Salar, especialmente la de su madre. Con la marquesa de Cayo del Rey asistía por primera vez a un baile su preciosa hija, que por cierto no descansó en toda la noche. También hacían su presentación la señorita de Elduayen, que es encantadora, y una señorita de Fernández Villaverde.

También asistieron el embajador de Austria-Hungría, príncipe de Fürstenberg; el ministro de los Países Bajos, M. Van Royen; el jefe del Gobierno, conde de Romanones; el ex presidente del Consejo don Antonio Maura, el ex ministro conde de Esteban Collantes, los duques de Osuna y Montellano, marqueses de Torrecilla, Viana, Mina, Scala y Laurencín; condes de los Andes y Peña Ramiro, general Ezpeleta, señor Lázaro y otros.

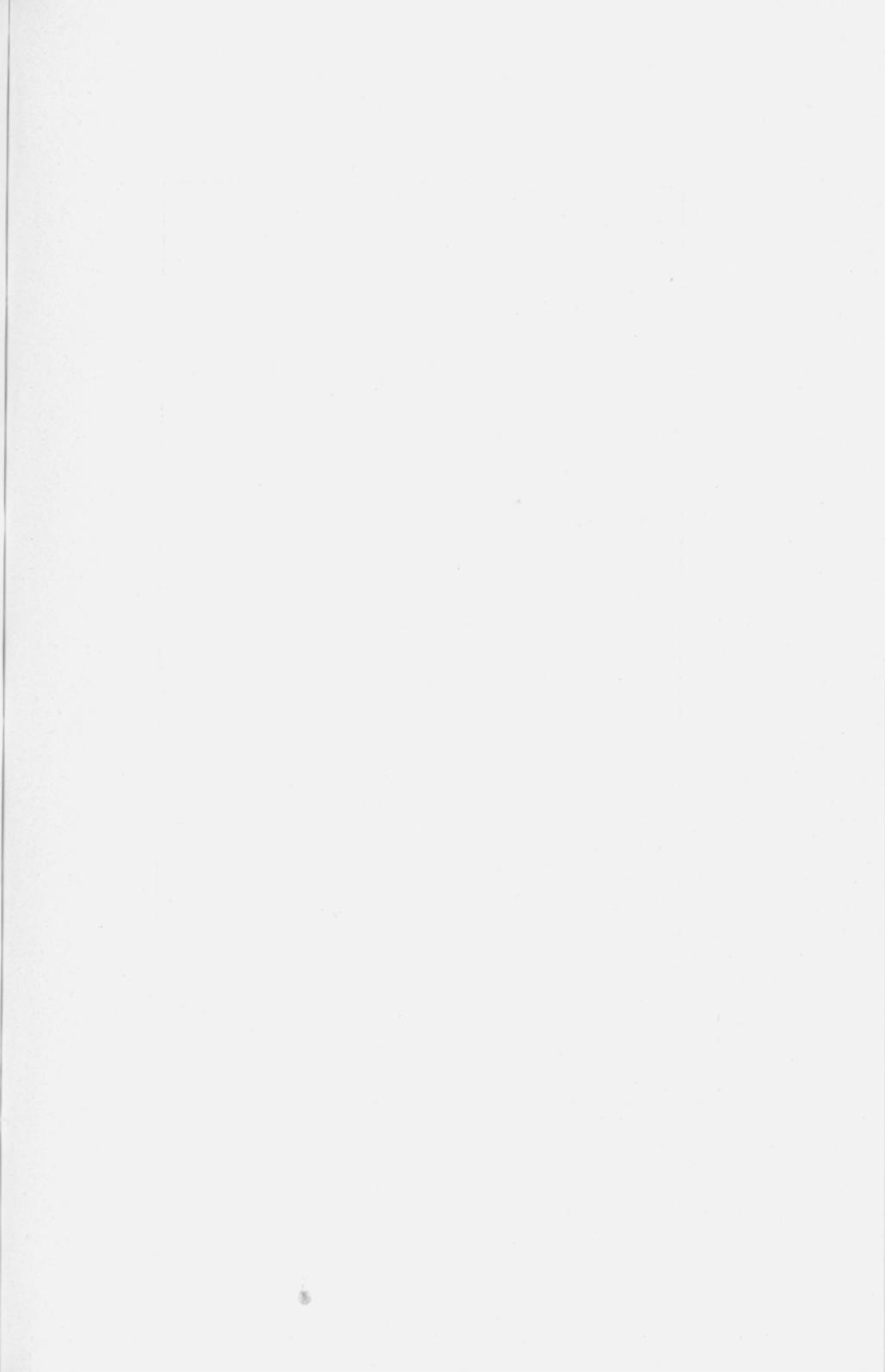
La fiesta continuó animadísima toda la noche. La orquesta de Boldi no cesaba de tocar un momento, y las parejas bailaron sin descanso. Los Reyes eran los primeros en dar el ejemplo, y demostraban su complacencia.

Queríamos ser mas extensos, pero no podemos; nos falta el espacio y el tiempo. Y aquí hacemos punto consignando tan sólo que la fiesta fué brillante y espléndida, como tenía que ser teniendo por marco el palacio en que se celebró.



MARZO - 1916







Señorita Conchita Ximénez de Sandoval, hija de los marqueses de la Ribera.

(Fot. Franzen.)

## La señorita de la Ribera y el señor Piñán y Cossío.

**C**EN la parroquia de la Concepción se celebró ayer el enlace de la encantadora señorita María de la Concepción Ximénez de Sandoval, hija de los marqueses de la Ribera, con el señor don Angel Piñán y Cossío.

La iglesia estaba bellamente adornada con profusión de plantas y gran cantidad de blancas flores, que casi cubrían por completo el altar mayor, y la novia, que es una lindísima señorita, aparecía anteayer más gentil que nunca con sus primorosas galas nupciales que realzaban debidamente su figura, enmarcando su rubia cabellera el bello rostro bajo los pliegues del albo velo de desposada.

Cuando entró en la iglesia, del brazo de su padre y padrino, el marqués de la Ribera, sobre cuyo uniforme de coronel de Estado Mayor destacaban los cordones de ayudante de S. M., de los labios de todos los invitados nacieron para la novia nuevas flores; tan guapa estaba; y a los acordes de la *Marcha nupcial*, de Mendels-shon, cruzó sobre el rojo tapiz, vistiendo su blanco traje de tisú de plata, guarnecido de encajes, y llevando como joyas unos espléndidos pendientes de perlas y el magnífico collar, de perlas también, regalo del novio, quien dando el brazo a su madre y madrina, la señora viuda de Piñán, se dirigió asimismo al presbiterio.

Bendijo la unión el virtuoso sacerdote don Félix del Campo, y fueron testigos, por parte de la desposada, el duque de Bailén, los

condes de Maceda y Aybar, el marqués de Portugalete, el vizconde de Roda y don Emilio Suárez, y por la de él, sus tíos señores Cossío y Guardamino, el director general de Propiedades, señor Rodríguez del Valle; el diputado a Cortes señor García Lomas y los señores Coello (don Francisco) y Fernández-Hontoria.

La concurrencia fué muy numerosa. De ella formaban parte las duquesas de Baena, Lécera, Seo de Urgel, viuda de Sotomayor y la recién casada duquesa de Almazán; las marquesas de Viana, Portugalete, viuda de Hoyos, Aranda, Aledo, Castellfuerte, Rocamora, Goicoerrotea, Bermejillo del Rey, Espinardo, Castromonte, Campo-Fértil, Frontera y San Miguel de Híjar; las condesas de Alcubierre, Coello de Portugal, Maceda, Caudilla, Ardales del Río, Aybar y Sierrabella; las vizcondesas de Roda, Garci-Grande, Llanteno y Fefiñanes; la baronesa de Satrústegui.

Las señoras y señoritas de Barranco, Cavestany, Semprún, Angoloti, Gil Becerril, Igual, Núñez de Prado, Topete, Montero, Alcorta, Dorado, Bascaran, Calonge, Coello, González Arnao, Ximénez de Sandoval, viuda de Cárdenas, Silva, Elorriaga, Ponte, Cervero, L. Cordón, Lersundi, Lázaro, Vázquez Barros, Silvela, Castelló, Jove, Santos y Fernández Laza, Dumont, Bertrán de Lis, Traumann, Garay, Bermejillo, Bermúdez de Castro, Quiroga y Navia Osorio, Muguiro, Herrero, Cobo de Guzmán, Calderón, Suárez, Chaves y Lemery, Padilla, Urquijo y algunas más.

El elemento masculino tenía también numerosa representación de la aristocracia, la política y la milicia.

Después de la ceremonia se sirvió en casa de los marqueses de la Ribera un almuerzo, al que sólo asistieron las personas de ambas familias y algunos íntimos.

Los nuevos esposos salieron anoche mismo para Andalucía, donde pasarán la luna de miel.

Sean muy felices.



Los presentes cambiados entre los novios y sus familias son de tanto gusto como valor.

El señor Piñán envió a su prometida, en un artístico arcón del siglo xvii, tres lindos trajes, un abanico de encaje de Alençon, con cifra en brillantes; otros dos

antiguos, un juego de pieles de armiño, un magnífico hilo de perlas y una sortija de perlas y brillantes.

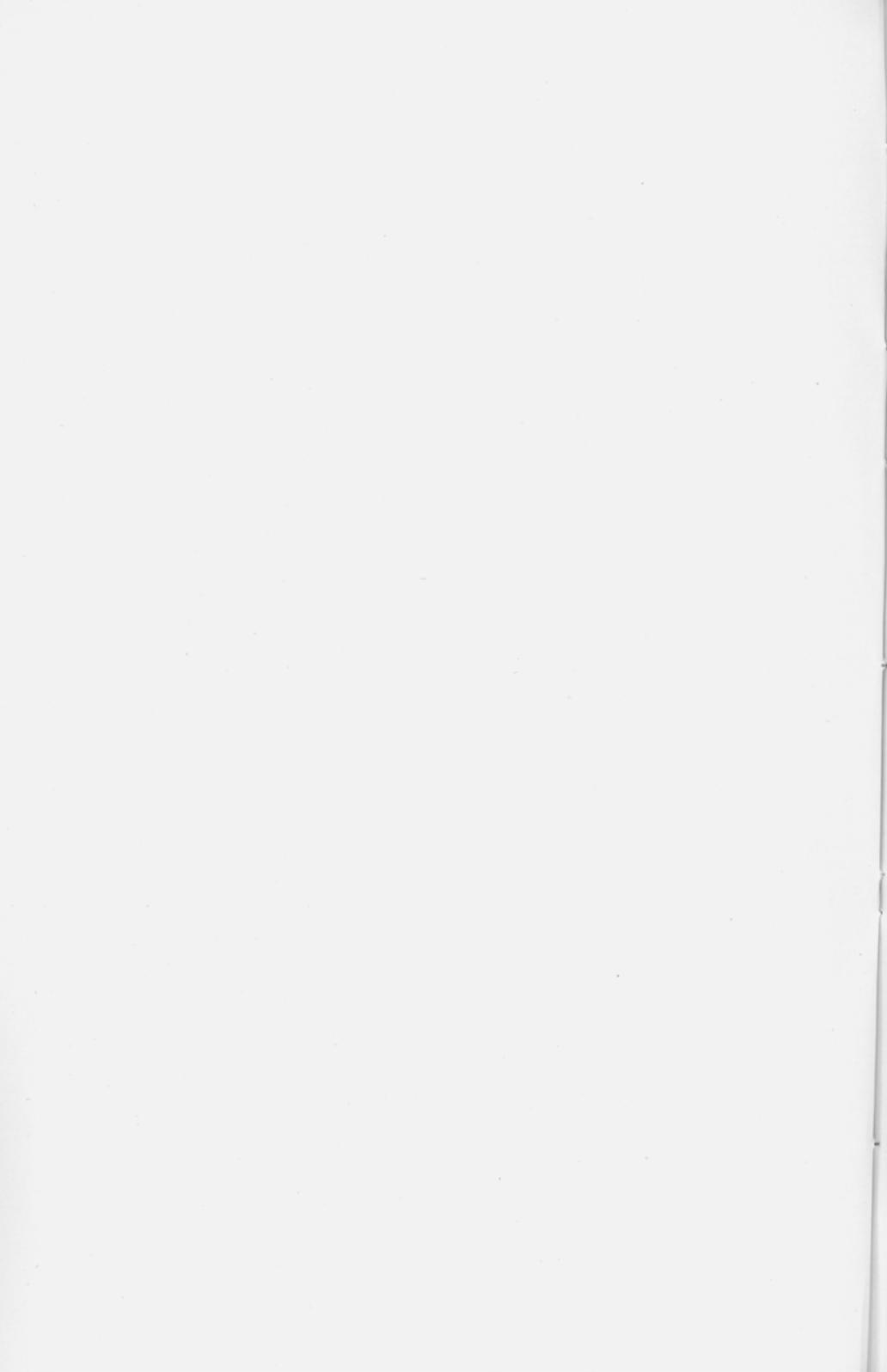
La madre del novio regaló a su futura hija una arqueta antigua de gran mérito, conteniendo valiosos encajes, blancos y negros; tres mantillas, unos lindos mantones de Manila, un servicio de mesa, de plata; un collar y *pendantiff* de brillantes, y unos magníficos solitarios.

Doña María Gariño, viuda de Suárez, regaló a su nieta una *rivière* de brillantes, pendientes y *pendantiff* de perlas, y unas magníficas pieles de marta, y al novio, una vajilla de plata.

Los marqueses de la Ribera regalaron al novio un reloj de platino y brillantes, y a su hija un *pendantiff* de brillantes y esmeraldas, y un juego de pieles de *renard*. La novia regaló al señor Piñán una botonadura de brillantes y zafiros.

Los hermanos de la señorita de Ribera, a ésta, un bolsillo de malla de oro con broche de piedras, y al novio, un saco de viaje con *necessary* de plata.

Los demás regalos que han tenido los novios, son muy hermosos; sobre todo en joyas—algunas firmadas por las Casas españolas J. Díaz y Sanz—hay un capital.



## En el estudio de Benlliure.

**G**UVIMOS ayer tarde la suerte de acudir al estudio de Mariano Benlliure. ¡Tanto tiempo sin visitar su artística morada! Y allá nos fuimos, deseosos de dar un abrazo al gran maestro. Y fué doble nuestra suerte, porque allí conocimos a una gentilísima señorita que pasa unos días en Madrid y que es una verdadera eminencia en el arte supremo de tocar la guitarra. ¡Oh! ¡Qué arte, qué bello arte, qué exquisito arte el que posee esta concertista extraordinaria que acaba de ser festejada en el Ateneo, en el palacio de la infanta doña Isabel, esta tarde en el Príncipe Alfonso y ayer en el estudio del gran escultor!

Porque tuvimos toda esa suerte y todo ese acierto: el de llegar a la magnífica residencia del glorioso artista cuando ante un número reducidísimo de amigos, casualmente también reunidos allí, se disponía Pepita Roca—este es el nombre—a pulsar las cuerdas del instrumento que, puesto en sus manos, es algo supremo e ideal.

Saludamos a los presentes, todos muy íntimos de Benlliure. En primer lugar allí está la gran Lucrecia Arana, cuyo recuerdo nos revive cien clamorosos éxitos; allí está Juan Antonio Benlliure—el gran pintor—y su esposa y su hija; allí está otro hermano de los Benlliures, Blas, digno artista del apellido que lleva; allí está el ex ministro don Amalio Gimeno y su esposa, cuyo nombre no puede recordarse sin unir a él cien laureles; allí, el subsecretario de Ins-

trucción! pública, don Natalio Rivas, y su esposa y su hija; allí, la señora de Dahlander (don Harald), esposa del cónsul de Suecia en Madrid; allí, la señora viuda de López Heredia y su hija, la señorita de Lemeyer, la señora de Casal, el gran pintor Manuel Benedito y los senadores marqués de Valdeiglesias y don Valentín Gayarre, además del señor Roca y Blay, afortunado padre de la artista.

En aquel salón, ¿cómo no recorrer con nuestra mirada las obras de arte que por su belleza nos asombran? En primer lugar se destaca sobre su pedestal la figura gentil de «La bailadora», toda llena de gracia y de donaire, verdadero modelo de «esculturas que viven»; vemos luego la «cabeza» de la señora de Laiglesia (don Eduardo), en donde el artista ha llevado al mármol toda la clásica belleza del original, con ese acierto insuperable del insigne «pica-pedrero», como se denomina a sí mismo el gran escultor; atrae nuestra mirada aquel busto bronceo, que tiene toda la típica belleza de las mozas «del Albaicín»; detenemos después nuestra vista ante la «cabeza» del sabio Ramón y Cajal, pensando que a tal señor, tal honor; es decir, que a tan grande figura de la Ciencia sólo debía modelar su cabeza otra grande figura del Arte, y nuestros ojos van hacia aquel fondo del salón en donde luce sobre su esbelto pedestal la última obra, la más moderna obra del maestro, la que ha terminado hace unos días no más, la que lucirá en breve en uno de los más elegantes palacios de esta corte.

Es el retrato del hijo de los marqueses de Torneros, nieto, por tanto, de la marquesa de Valdeolmos y del conde de Villagonzalo. Es un encanto, es un primor, es una maravilla. Aquella figurita de niño, alzada junto a un corderito, nos recuerda, por su delicadeza, la de un angélico San Juanito. La vemos con admiración devota, más aún, con sincera emoción estética. Pero ¿no «vive» esta figura? ¿Pero no se mueve este niño? ¿Pero no se van a hundir blandamente sus carnes blanquísimas en cuanto nosotros las acariciemos con nuestros dedos? Aquella cabecita, llena de dificultades escultóricas y salvadas con el arte de Mariano; aquellas manitas, que casi desaparecen entre las rizadas vedejas del cordero; aquellos piécitos, tan perfectamente acabados; aquella cara de angelote, que rie... todo, todo nos emociona por su verdad, por el arte supremo de este gran español que se llama Mariano Benlliure y que merece en



El niño Fernandito Roca de Togores y Maldonado, hijo de los marqueses de Torneros.



el mundo del arte el tratamiento de majestad, porque el de vucencia—conforme se adjetiva hoy día—lo tiene cualquiera.

Las primeras vibraciones de las cuerdas de la guitarra nos separan del aristocrático niño. ¿Es que va a tocar Pepita Roca? Sí. Es que Pepita Roca va a tocar. Y, en efecto, junto a la blanca escultura de «La bailadora» aparece la negra silueta de la concertista, que hace nacer su cuello de entre las gasas de sus vestiduras de luto. Se hace el silencio. De la cara de la señorita Roca se destacan, con el brillo de los luceros, sus grandes ojos negros. Sobre las cuerdas de la guitarra destácanse ya sus dedos de marfil.

¿Qué va a tocar esta artista eminente, que lleva en su cara y en su alma el sello de la patria chica en que ha nacido? Porque Pepita Roca es valenciana; es decir, de la tierra de las flores y de las mujeres hermosas. Escuchemos, escuchemos. Y a nuestros oídos llegán, limpios, claros, vibrantes, primorosamente tocados, maravillosamente sentidos, los acordes de un *Minuetto*, de Sors; los de una *Romanza*, de Mendelssohn; los de una *Serenata a Granada*, de Albéniz; los de un *Sueño*, de Tárrega; los del *Momento musical*, de Schubert; los de una *Berzeusse*, de Schumann.

—¡Bravo, bravo! ¡Admirable! No se puede llegar a más.

Hay aplausos, hay felicitaciones, hay elogios que son justicias.

Y se sirve el té, elegantemente dispuesto, en este intermedio en que se habla de arte y de Valencia, patria de tantos y tan gloriosos artistas.

Y a poco la señorita Roca, que, con su guitarra, nos pone alegres o nos pone tristes, ocupa nuevamente su silla para seguir deleitándonos. ¿Qué notas son éstas? Sí, sí; son las notas de los *Recuerdos de la Alhambra*, de Tárrega, como de Tárrega es también el *Minuetto* y el *Estudio en la* que toca después; luego llegan a nosotros los acordes de la *Serenata Española*, de Albéniz; los de una *Gavota*, del padre Martini, y los de los *Clavelitos*, de Quinto Valverde, que popularizó la pobre Consuelito Vello, la Fornarina. Y para final, y como contraste, arrancó nuestro aplauso entusiasta al terminar un difícilísimo *Nocturno*, de Chopin, que fué prodigiosamente interpretado.

—¡Bravo, bravo! ¡Admirable! No se puede llegar a más—repetiamos.

Y la eminente concertista de diez y ocho años, para quien los halagos nacen en ramillete, como las flores, repetía sin cesar con una modestia encantadora:

—Muchas gracias, muchas gracias, muchas gracias.

Se acabó el concierto. ¡Las ocho y media! ¡Oh, que de prisa se han pasado las horas!

Y salimos del estudio del artista, y en el correr de un automóvil cruzamos rápidos la Castellana. Cerramos los ojos, y con ellos cerrados nos parecía ver de nuevo la figurita del hijo de los marqueses de Torneros y escuchar todavía las notas aristocráticas del sentido *Nocturno*, de Chopín, *el enamorado*.





Señorita Isabel de Arteaga y Gutiérrez de la Concha, vizcondesa de Cuba.

(Fot. Franzen.)

La vida madrileña.

---

Boda de la vizcondesa de Cuba con el  
señor Sánchez Ocaña. Dos "asaltos".

**N**OTICIAS...

—Las que hay las va usted a escuchar. Primeramente consignaremos la boda de ayer en la capilla reservada de Santa Bárbara, a las cinco de la tarde.

—La novia...

—Una ilustre señorita para la que se acaba de mandar expedir Real carta de sucesión en el título de vizconde de Cuba.

—Según eso, la novia es una hija de los difuntos marqueses de la Habana.

—Hija, en efecto, de aquel ilustre matrimonio de recuerdos tan gratos: Isabel de Arteaga y Gutiérrez de la Concha.

—Y el novio...

—El novio es don Roberto Sánchez de Ocaña.

—La ceremonia...

—Tuvo carácter íntimo; sólo asistieron, además de algunas personas de las familias, algunos íntimos amigos; el luto que aún guarda la novia por la muerte de su madre obligaba a tal comedimiento, y por eso la señorita de Arteaga vestía de negro, adornada con azabaches y prendidos de azahar, llevando solamente como blanco atavío el albo velo de desposada.

—Bendijo la unión...

—El obispo de Sión, que pronunció una elocuente plática; fue-

ron padrinos la duquesa viuda de Abrantes, que une a este ilustre título los de duquesa de Linares y marquesa viuda de Sardoal, y el marqués de Camarines, y actuaron como testigos, por parte de ella, el conde de Torres-Cabrera, don Luis y don Diego del Alcázar y Roca de Togores, hijos de los marqueses de Peñafuente, y don Pedro Martínez Calvo, y por la de él, su hermano don Joaquín, su primo el señor Oruña y Reinoso y los señores Gutiérrez de Matu-rana y Suárez de Goyeneche.

—Los concurrentes...

—Fueron, como ya le he dicho, escasos. Entre los amigos íntimos vimos allí a la camarera mayor de Palacio, duquesa de San Carlos; a la duquesa de Santo Mauro, a las marquesas de Valdeolmos, viuda de Hoyos, Argüeso y San Miguel de Híjar; a las condesas de Torre-Arias, Scláfaní, Velayos, Sierrabella, Albiz y viuda de Xiquena; vizcondesa de San Antonio, señoras de Osma, Lastra y Campuzano; señoritas de Bertrán de Lis, Reinoso, Despujol y Moreno y De Carlos; los jefes de Palacio duques de Ciudad Real y Santo Mauro, los duques de Tamames y Bivona, el marqués de Tamarit, el de Santa Cruz, el de Argüeso; los condes de Velayos, Caudilla, Sierrabella, Albiz; los señores Montojo, Lastra, Oruña, Cabeza de Vaca, Campuzano, Castro, Moreno y Gil de Borja y algunas personas más.

—Y después...

—La duquesa viuda de Abrantes había invitado a tomar en su casa una taza de té, y a ella se trasladaron los concurrentes.

—¿Cómo está la duquesa?

—Como siempre, muy delicada; la terrible enfermedad que paraliza aquella vida joven es un dolor. Ya usted ve, en la ceremonia nupcial hubo de representarla la marquesa de Nájera, hermana de la novia.

—Y los nuevos esposos...

—Salieron por la noche para Andalucía.

—Sean muy felices.

—Así lo deseaban todos ayer tarde.

—Aparte del tema de las bodas...

—Tenemos el de un «asalto» en casa de la duquesa de Medina de Rioseco.

—¿Con conocimiento de la dama?

—Nada de eso. La duquesa recibió la primera noticia estando en el Real. Los asaltantes se pusieron de acuerdo en casa de los vizcondes de Amaya, donde se reunieron a las once, y media hora después invadían la casa de la hija de la duquesa de Uceda.

—¿Iban disfrazados?

—Por supuesto. Al principio la servidumbre no se mostraba propicia a franquear la entrada a aquel grupo de alegres mascaritas; pero, al fin, adivinaron quiénes eran... y una deliciosa algarrabía invadió los salones. «¿Y la señora duquesa?»—preguntaban con sus voces atipladitas—. «¿Dónde está la señora duquesa?» «En el Real», contestaba la servidumbre. Y al regio coliseo se dió aviso, y al punto llegó la dama y se improvisó un delicioso baile que duró hasta la madrugada, siendo muy obsequiados los asaltantes por la amable dueña de la casa.

—Grato recuerdo de los días de Carnaval.

—Así es, en efecto; en casa de los duques de T'Serclaes ha habido también otro «asalto» y, por tanto, otro baile, otro bailecito en *petit comité*, y claro es que también delicioso.

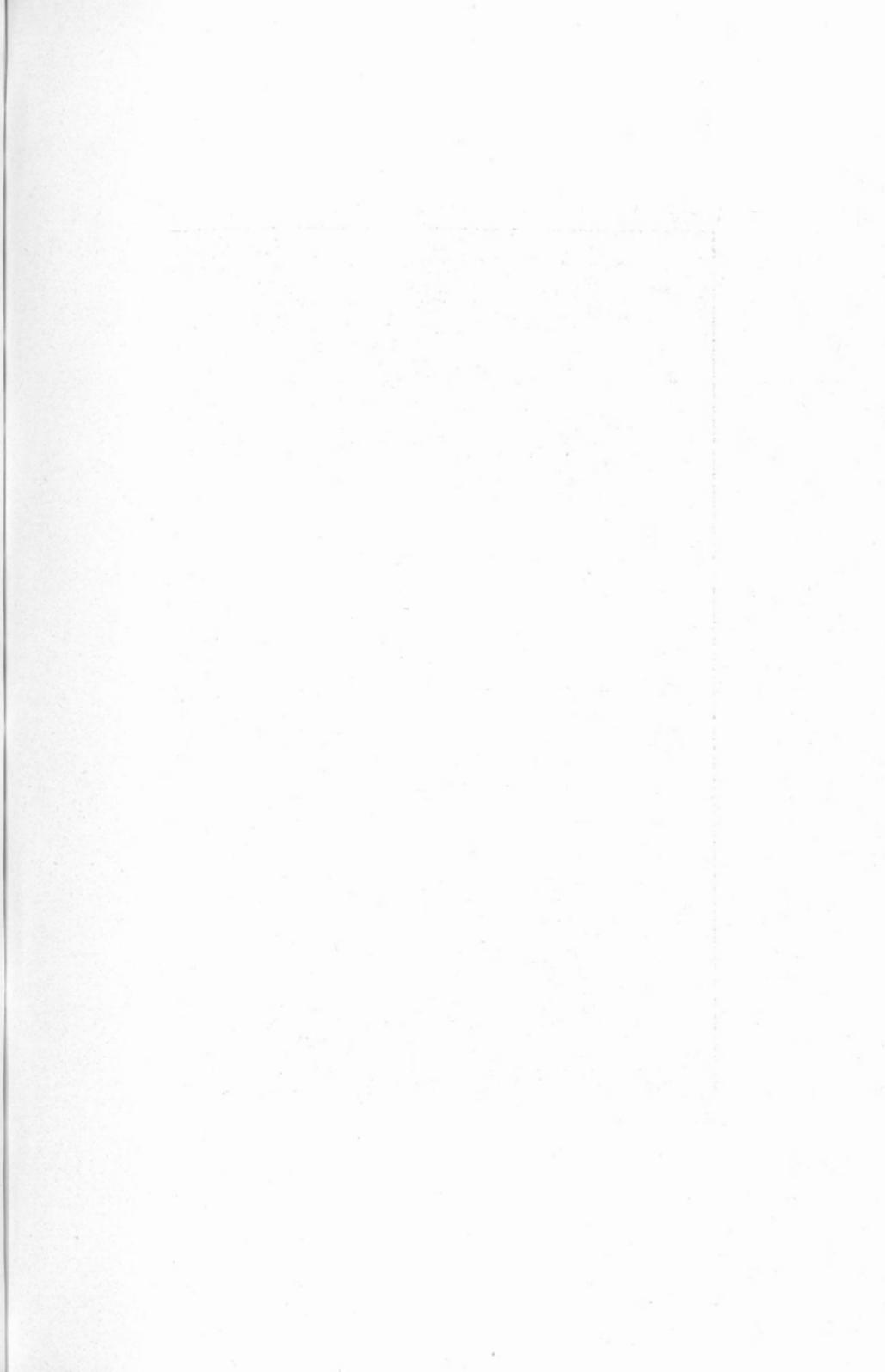
—¿Se anuncian fiestas?

—Muy en pequeño no faltan nunca; mañana, por ejemplo, habrá un té en un elegante palacio del barrio de Salamanca; dentro de unos días acaso se baile en un hotelito...; pero callemos de cosas que no se han celebrado y hagamos aquí punto por hoy.

—Algo quedará en el tintero, ¿no es eso?

—Puede ser; pero lo que sea lo diremos a su tiempo.







La condesa de la Vega del Pozo, duquesa de Sevillano.

## La condesa de la Vega del Pozo.

ON sorpresa y profundo sentimiento se supo ayer tarde, por un telegrama llegado con tres fechas de retraso, que el día 9, a las nueve de la mañana, había fallecido, en Burdeos, la duquesa de Sevillano, condesa de la Vega del Pozo.

No había noticia anterior de que se hallase enferma. Las que se recibieron, preparando la del suceso final, vinieron poco antes, y con el mismo retraso.

La condesa de la Vega del Pozo—título que ella usó siempre a pesar de tener la Grandeza por el de Sevillano, siendo curioso anotar que nunca firmó nada como tal duquesa—era absolutamente opuesta a todo cuanto fuese hablar de su persona, habiéndose negado con insistencia hasta a facilitar su retrato para las publicaciones ilustradas que repetidas veces lo solicitaron.

Sábese algo de los suntuosos edificios, destinados en Guadalajara y en Madrid a instituciones docentes y de caridad, porque los arquitectos de que se sirvió—los académicos señores Velázquez y Alvarez—los dieron a conocer.

También es digno de anotarse con elogio el que para inaugurar la Gran Vía fuese la primera en ceder el magnífico edificio que poseía entre las calles de Caballero de Gracia, San Miguel y Victor Hugo, en que había nacido y habitado toda su vida, y que, lleno de recuerdos amados por ella, y de tapices y joyas artísticas, de difícil

empleo en otro edificio de los que ella poseía, renunció a los primeros, con gran pena, e hizo guardar en Guadalajara los otros, hasta fijar su futuro destino.

Por parte de su madre, la duquesa de Sevillano, estaba emparentada con buena parte de las familias de viejo abolengo de nuestra alta sociedad, y aun parece que la duquesa fallecida, entre otras cosas que había emprendido, se ocupaba con gran tesón en el expediente canónico en curso para la beatificación de su parienta muy cercana la vizcondesa de Jorbalán, que con el nombre de Sor Sacramento fundó, en 1845, el convento de las Adoratrices, para instruir y acoger a las jóvenes extraviadas o en peligro, puestas bajo la dirección de las religiosas, de quienes la vizcondesa Sor Sacramento fué, además, su primer superiora.

La hora de la apología de la duquesa de Sevillano puede decirse que no ha llegado, porque para ello habrá que hacer una investigación muy prolija de los numerosos asilos, hospitales y otros establecimientos benéficos, que así en Madrid como en varias provincias, ella fundó o auxiliaba para su mantenimiento.

Lo único que en estos instantes puede decirse, con motivo de su muerte, es que son infinitas las lágrimas de gratitud que la acompañan al sepulcro, e infinito el número de los favorecidos con las dádivas de su caridad, que deja tan triste suceso en el mayor desamparo.



La señora doña María Diega Francisca de Paula Desmáisères y Sevillano, cuarta duquesa de Sevillano, marquesa de Fuentes del Duero y de los Llanos de Algeuzas, condesa de la Vega del Pozo, nació en Madrid el 16 de Junio de 1852.

Era hija de don Diego Desmáisères y López Dicastillo, conde de la Vega del Pozo y vizconde de Jorbalán, ricohome de Navarra, con asiento y voto en las Cortes de aquel reino, regidor perpetuo de Madrid y Guadalajara, que fué gentilhomme de cámara de la Reina Isabel II, y ministro plenipotenciario en Bélgica, y de doña María de las Nieves Sevillano y Sevillano, tercera duquesa. Pertenecía, pues, la finada a dos ilustres familias de la aristocracia española.

La Grandeza de España, unida al ducado de Sevillano, fué otorgada por la Reina Isabel II a don Juan de Mata Sevillano, primer marqués de Fuentes del Duero, que por sus brillantes hechos de armas en la guerra de la Independencia obtuvo buen número de honores y condecoraciones, y el grado de coronel de Artillería.

Estuvo casado con su prima hermana doña María Juana Sevillano, y de su matrimonio dejó dos hijos; doña María Nicolasa, segunda duquesa, que estuvo casada con don Benigno de Mendinueta, conde de Goyeneche, y murió sin sucesión, y la ya citada doña María de las Nieves, tercera duquesa.

La última poseedora del título, que acaba de morir, era una dama de trato afable y cariñoso, extraordinariamente caritativa, que empleaba en sus obras de piedad y beneficencia, ignoradas en su mayoría, sumas muy importantes.

Pocas personas han cumplido más a conciencia el precepto cristiano de que la mano izquierda ignorase lo que hacía la derecha.

Realmente no se sabe nada porqué la duquesa fué opuesta—ya lo hemos dicho—a toda publicidad; pero entre las cien anécdotas que se cuentan, hay una que nos muestra nuevamente la magnanimidad de su corazón.

Estaba un día la ilustre señora orando en San José y cuando terminó y fué a salir, observó que ante la imagen del Santísimo Cristo, un hombre postrado de rodillas ante la efigie del Redentor tendía a Él sus rezos, sus ojos y sus lágrimas. Estaba transido, ¡imploraba, suplicaba... Ocultóse la duquesa en la penumbra de la iglesia y observó detenidamente. Sus ojos, al ver aquellos rezos y aquellas súplicas, se llegaron a humedecer también.

Salió el hombre del templo. Al traspasar la puerta la luz dejó ver en su cara las huellas de un sufrimiento hondo, de una demarcación profunda. Surgió la duquesa como un hada.

—Perdone usted que le interrogué—le dijo—. Le he visto a usted rezar, pedir a Dios, llorar... ¿Qué le sucede?

—¡Ay, señora!... Y le contó su situación, el cierto motivo de su llanto; la vida, la vida, que para muchos es muy triste.

—No se apure usted... Dios es bueno, muy bueno—replicó la duquesa—. Ya usted verá como le ha oído.

Y a los pocos días, muy pocos, aquel hombre vió resuelto el pro-

blema difícil de su vida, salió de todos sus apuros, las huellas de su demacración fueron desapareciendo, sus hijos... comían ya todos los días.

Le había oído Dios... Le había oído la condesa de la Vega del Pozo, en cuyo corazón puso Dios su mano Santa.

Suponemos nosotros que el cadáver recibirá sepultura—trasladado a España—en el soberbio panteón que la ilustre dama se hizo construir en Guadalajara y que recientemente ha sido terminado—¡después de no sé cuántos años!—a falta tan sólo de algunos detalles en la decoración.

—¿Pero cuándo se acaba ese panteón?—se preguntaba siempre todo el mundo al oír hablar de él.

Y yo les hubiera respondido:

—Nunca... mientras viva la duquesa.

Porque la duquesa, tan religiosa, tan cristiana, tan creyente, no se podía olvidar—me figuro yo—de lo que le ocurrió al marqués de Vallejo. Ella no lo decía nunca; jamás lo dijo. Pero creo yo que se acordaba de que el marqués de Vallejo hizo construir un magnífico panteón en San Isidro y el día mismo—triste coincidencia—en que el arquitecto entregó la llave al marqués, diciéndole: «Todo está terminado», el marqués dejó de existir. Es decir, que al día siguiente de terminada la obra, la puertecita se volvió a abrir para que entrase el cuerpo del bondadoso señor. Y se conoce que la condesa de la Vega del Pozo tenía cierto temor, aunque pueril, a las palabras del arquitecto, a la entrega de la obra, a la entrega de la llave...

La fortuna de la duquesa de Sevillano era muy cuantiosa. Algunos la hacen ascender hasta 100 millones de pesetas—unos 60 hemos oído asegurar nosotros—; pero de esto no puede asegurarse nada todavía.

Ha muerto soltera. Su familia se componía de varios sobrinos, algunos de los cuales residen en Bélgica, adonde irá una parte de su fortuna.

Descanse en paz la ilustre y caritativa dama, y reciban sus deudos nuestro sentido pésame, que hacemos extensivo al senador D. Luis Bahía, uno de los hombres más leales a la ilustre señora que acaba de morir.

## La clausura de la caza. Un "asalto".

**C**ON una gran brillantez y una gran animación se ha celebrado ayer la fiesta de la clausura de la caza. El Sol no quiso asociarse a la fiesta; fueron las nubes las que, presentes siempre, tuvieron a bien obsequiar a los aristocráticos cazadores con copiosos chaparrones de vez en cuando. Mas no por esto se deslució la expedición, y bajo la lluvia incesante y sobre terreno resbaladizo, que puso a prueba la pericia de los jinetes y amazonas, puesto que nada desagradable ocurrió, corriéronse cerca de 17 kilómetros persiguiendo a un zorro, que fué a morir casi a las puertas mismas del antiguo palacio de Boadilla del Monte, residencia en tiempos del príncipe de Godoy, en cuyos salones era ayer muy numerosa la concurrencia congregada.

Pintoresca nota la de la llegada de los cazadores. Parecíanos tener ante nuestra vista uno de esos bellos cuadros en los que dan su nota de vivo colorido las rojas levitas y el blanco calzón; y es que así era la *toilette* de los expedicionarios: ellas, con sus altas botas charoladas bajo los graciosos pliegues de sus amazonas, sus rojas levitas y sus sombreros de copa alta; ellos, con sus levitas grana y su blanco calzón bajo la bota de montar.

A las cinco, hora en que la cacería había terminado, se dispuso merienda, y en aquel gran salón del piso bajo del palacio—cedido galantemente por los herederos del duque de la Alcudia—se pre-

pararon las mesas con espléndido *buffet*. Tomaron asiento S. M. el Rey—que llegó a esta hora—, S. M. la Reina y Sus Altezas las infantas doña Isabel, doña Luísa y doña Beatriz, y los infantes don Carlos y don Alfonso y el príncipe Raniero, y todos los demás invitados, siguiendo el ejemplo de las reales personas, se dispusieron a merendar.

Después... después desaparecieron mesas y sillas en un santiamén, y aquel salón quedó expedito para el baile. Sonaron los clásicos acordes de dos organillos, y fué la música madrileña la que allí se escuchó, á cuyos compases bailaron las parejas reales y las aristocráticas parejas. No hubo valsos, no; hubo cadenciosos compases de *schottises* y habaneras.

Fué, como comprenderéis, lectores, una animada fiesta, a la que concurrieron también las duquesas de Algete, Alburquerque, Pastrana y Noblejas; las marquesas de Viana, Alquibla, Mohernando, Someruelos y Villabrágima; la señora de Rubianes, marquesa de Aranda; las condesas de Torre-Arias, Velayos, Llovera y Vega del Ren; las vizcondesas de Portocarrero y Fefiñanes, y las señoras y señoritas de Santo Mauro, Díez de Ribera, Muguíro, Jordán de Urríes, Santa Marina, Roca de Togores, Saavedra, González de Castejón, Núñez de Prado, Cobo de Guzmán, Rodríguez de Rivas, Bermejillo, Elduañen, Castrillo, Bertrán de Lis, Caltavuturo, Ibarra y De Carlos.

El sexo fuerte estuvo también brillantemente representado.

Y a las ocho de la noche regresaron los expedicionarios a Madrid, encantados de la excursión.



Por la noche, y como despedida del Carnaval, tuvo lugar un «asalto» en casa del diputado a Cortes por Lugo y de la bellísima señora de Urrutia. Varios de sus aristocráticos amigos se pusieron de acuerdo y a las once de la noche «invadieron» los elegantes salones de la calle de Hermosilla.

Se abrieron las puertas de par en par, se ordenó quitar el tapiz del blanco salón, se encendieron todas las arañas, y como los «asaltantes» llevaban profesor y música, el maestro se sentó al piano y comenzó a bailar.

Hubo animación toda la noche, puesto que hasta la madrugada duró la improvisada fiesta; lucieron su belleza las aristocráticas señoritas, algunas de ellas verdaderas «maestras» en el arte difícil de bailar, y en el comedor sirvióse tan espléndido *bufett*, que dijérase preparado para la fiesta.

Los señores de Urrutia—ella es una sevillana que hace honor a la tierra de María Santísima—hicieron los honores con exquisita amabilidad.

Indudablemente—nos decíamos al salir—estas fiestas íntimas e improvisadas tienen un especial encanto.







La marquesa de Bolaños.

(Fot. Franzen.)

## La marquesa de Bolaños.

**L**A muerte de la marquesa de Bolaños ha sido muy sentida en nuestra aristocracia preferente lugar; no había, no solía haber fiesta en la que no saludásemos a la dama a quien ya no volveremos a ver. Su muerte nos produjo con el dolor más vivo la más viva sorpresa. ¿Que había muerto la marquesa? Pero ¡cómo! Si la habíamos saludado, si la habíamos hablado nosotros hacía cuatro horas... Mas, por desgracia, era verdad. La marquesa de Bolaños, la dama-artista, la marquesa-cantante, la marquesa-poeta, había muerto. ¿De qué? ¡Bah! No nos importa la causa que motivó que el corazón dejara de latir, que se cerraran aquellos ojos, que su rostro sonrosado adquiriese la palidez de la muerte. Lo que nos importó, lo que sentimos, lo que lloramos fué eso, la muerte, el pensar que ya no la veremos más, no la escucharemos más, ya nunca más la oiremos...

Era lo que se llamaba una dama gentil: alta, esbelta, delgada, elegante; con unos ojos azules que nos recordaban el cielo de su patria: Italia; con un pelo dorado como rayos de sol. Afable, cariñosa, simpática, culta... lo reunía todo. Por eso no debemos salir con la frasecita recortada y corriente de «su muerte ha sido muy sentida», sino que debemos detenernos un momento siquiera en la personalidad de esta dama que fué aristócrata y fué artista, que amó a la nobleza y a las Letras, que abrió sus salones—¡cuántas

veces!—para sus amigos del gran mundo y para sus otros amigos los intelectuales, que en sus ratos libres rendía culto al arte del canto en su gabinetito de música o aprisionaba la pluma entre sus dedos dejándola correr inspirada y fácil sobre las cuartillas en la intimidad de su *boudoir*, en el silencio de su despacho...

Sonaba con el Arte y con las Letras. Eran su afición y, a decir verdad, las cultivaba con éxito. No era, como veís, una marquesa que solo gustase del paseo o del *bridge*, de la charla o del té, no; era algo más que una marquesa, puesto que era una marquesa artista siempre, cantante, poetisa, con un gusto muy refinado, con una cultura muy grande; que no en balde conocía bien la literatura italiana y estudió luego a nuestros clásicos y contemporáneos autores.

Porque la marquesa de Bolaños—ya lo he apuntado—era italiana; allí nació, allí se educó, allí se crió. Pertenecía a una ilustre familia de la nobleza; era su madre la condesa Vittoria Piccolomini, última representante de la línea directa de esta histórica familia de Toscana que dió a la Iglesia Papas como Pío II y Pío III.

Pero cuando más brillaba en los salones romanos por los encantos con que adornaba su juventud, tuvo el acierto un diplomático español de traérsela a España hecha su esposa. Estaba entonces en nuestra Embajada, como secretario, don Luis Pérez de Guzmán y Nieulant, que enamorado de aquella linda señorita que se llamaba Paulina Spreca y Piccolomini della Triana, contrajo con ella matrimonio. Y si en Roma llamaba la atención por su belleza y si en los salones de Roma brillaba por su posición, en Madrid ocupó también puesto de honor la nueva marquesa en plazo breve, ya que no sólo su matrimonio, sino sus singulares cualidades, habían de abrirle paso entre nuestra sociedad aristocrática.

La querían todos. La escuchaban todos con verdadero cariño. Y en Madrid, en su elegante hotel de la calle de Villanueva, y en Biarritz, en su coquetona *villa* Bolaños, celebró bellas fiestas artísticas de las que se conservan muy gratos recuerdos. No era extensa su voz, pero tenía un timbre muy agradable y la emitía con mucho gusto. Y como poetisa poseía una inspiración muy fácil, demostrada en algunos tomos publicados. Vió la luz uno de poesías en el idioma del Dante—el suyo, por su nacimiento; pero no quería ella dejar de hacer otro en español—su idioma también por adopción—y en fecha

no lejana publicó otro con el sencillo título de *Rimas*. Sin pretensiones, en tono casi familiar, narra en sus páginas sus sentimientos y sus sensaciones, dentro de un espíritu de mujer bondadoso y cristiano ¿Cómo son, cómo son las poesías? ¿Recordaríamos alguna? Sí; alguna recordamos que la vamos a transcribir aquí como ejemplo de lo que decimos. Es, como veréis, un soneto. Y dice así:

### LO QUE YO QUISIERA

Quisiera ser tu musa inspiradora,  
tu gloria, tu esperanza, tu contento...  
Quisiera de tu oculto pensamiento  
ser la imagen constante y seductora.

Quisiera que los ruidos de la aurora  
de mí te hablaran con su dulce acento,  
que en tus oídos murmurase el viento  
los anhelos de mi alma que te adora.

Calmar quisiera siempre tus enojos;  
sumisa a tu capricho sujetarme;  
tu afán adivinar y tus antojos;  
para gustarte, en diosa transformarme;  
en un sueño de amor, cerrar los ojos,  
y en tus amantes brazos, despertarme.

Tenía un serio concepto del Arte. Cuando le presentaban alguna persona solía preguntarle:—¿Le gusta a usted la música? ¿Le gusta a usted la poesía?—Y si decían que sí, respondía la marquesa casi siempre:—Pues seremos buenos amigos.

Una mañana salió a dar un paseo. Bañaba el sol las calles madrileñas y ese Recoletos estaba delicioso. Por él cruzaba la bella dama cuando le salió al encuentro un hombre pobremente vestido, pero de finos ademanes:

—Señora, ¿tiene usted una caridad? Soy un pobre artista...

Volvió la cabeza y en él detuvo su mirada. Le pareció que era sincero.

—¿Artista, ha dicho usted?

—Sí, señora; soy violín, es decir, soy, *fuí*; ahora no soy nada, no soy nada...

El pobre siguió:

—Antes que violín—el violín fué luego mi recurso, mi sostén—,

canté, señora; tuve mi voz, una voz de barítono que decían que era buena...

No quiso oír más, no necesitó oír más. Un artista, un cantante, un violín: se había emocionado. Abrió su bolso—antes había abierto su corazón a las palabras del artista—y sacó de él un billete que entregó al necesitado.

—Señora, ¿qué es esto?—exclamó el pobre al ver la limosna.

—Eso no es nada—replicó la marquesa—. Guárdelo bien y procure reponerse en su situación.—Y siguió paseo arriba, más satisfecha que cuando salió de su casa.

¡Ay! marquesa de Bolaños a quien ya no veremos más. ¡Qué recuerdo ha dejado entre nosotros y entre todos! No nos extrañemos de ello, lector. Es el recuerdo de toda alma que pasa por la vida amando el Arte, haciendo el Bien, sembrando simpatías. Y todo ello ha florecido y ha formado la corona fúnebre de la que es una de sus hojas esta modesta crónica.

Para el marqués de Bolaños y para sus hijos, los de Aulencia y D. José, nuestro pésame más sentido.

## Los martes y los viernes del Palace.

**L**os martes y los viernes del Palace están ahora de moda. Los ha puesto de moda la gente joven. Y la gente joven manda y ordena. Después del paseo, cuando la tarde cae, cuando ya no hay sol..., al Palace los martes y los viernes, para tomar el té y para algo más que tomar el té, para bailar, que es la mayor ilusión de la juventud. Así es que los martes y los viernes el elegante *hall* se llena por completo, las tertulias son muy animadas, y mientras se saborea la tacita de té que humeante se lleva uno a los labios, sabemos no sé cuántas noticias, algunas interesantes y que, por interesantes, precisamente, no publicamos muchas veces.

Pasan las horas muy felices; arrellenados en los cómodos divanes, hundidos en las señoriales butacas, sentados gentilmente en los ligeros silloncitos de mimbre, oímos charlar y charlamos y escuchamos el ritmo de la música y el siseo de los pies de los bailarines sobre el brillante *parquet*.

—Esta música es deliciosa.

—Es Boldi, el viejo Boldi, el inimitable Boldi, el poseedor del secreto del ritmo.

—¡Ah, ya, Boldi!

Con Boldi, hacia Boldi, se van no sé cuántos recuerdos. El viejo maestro se ha hecho insustituible en Madrid y la juventud adora a Boldi.

—¡Cómo se baila cuando toca Boldi! ¡Ah, los Boldi!

Y el Palace, que sabía todo esto, trajo a los Boldi y en el Palace están.

El *hall* del Palace es el *hall* de un gran hotel cosmopolita. Rusos, alemanes, franceses, egipcios, ingleses... españoles. De todos se ven número muy crecido. Pero sobre ese número están las gentiles damitas españolas, que sueñan con bailar en el Palace a los acordes rítmicos de Boldi los martes y viernes por la tarde.

—Esta tarde al paseo y luego al Palace.

—No se te olvide que mañana es martes y hay que ir al Palace.

—Pasado mañana te veré porque como es viernes...

Realmente el Palace—como el Ritz—ha sido la realización de un suspiro. Querían bailar nuestras damitas y no tenían dónde. Pues ya tienen el Palace, con su salón espléndido, en el que quinientas parejas he visto yo bailar cómodamente.

Mientras tanto, suena la música, se charla, se comenta, se visita el salón de antigüedades, el de modas, el de libros, esta o aquella exposición... se «vive», en fin, una vida agradable. Y a mí se me ocurre que si algo tiene el agua cuando la bendicen, algo deben tener los martes y los viernes del Palace—amén de otros días de la semana—cuando los coches y los automóviles se detienen a las cinco en la puerta del gran hotel y los lacayos oyen la orden de:

—A las nueve.

Las costumbres han variado mucho. Antes... antes era otra cosa, la vida se hacía más familiarmente; pero ahora privan los hoteles. Puede decirlo el Palace; puede decirlo todo ese elemento que frecuenta, además de los tés, las fiestas *montmartroises* del Grill Room; puede decirlo ese suntuoso edificio que se alza en el mismo sitio donde tuvo sus reales también otro gran palacio español.





La marquesa de Argüelles.

(Fot. Franzen.)

La fiesta de San José en los salones.

## Un recuerdo. En "La Huerta". En casa de los señores de Sarthou. Más felicitaciones.

**V**AMOS a ver, vamos a ver, amigo lector, amiga lectora, si te contamos las notas de sociedad de ayer. Fueron varias. El día de San José es un día muy ajetreado para la sociedad madrileña. El nombre de Pepe es popular y son muchos los Pepes y Pepitas aristocráticos que celebran su santo. Vamos, pues—quiereo yo—, a darte una nota de las recepciones celebradas ayer con motivo de la festividad del Santo Patriarca, con el sentimiento, eso sí, de que al hacerlo no han de florecer en mi pluma—¡pobre de ella!— las bellas flores que nacieron en la vara divina del santo.

En primer lugar, es justo—yo lo considero así—que recordemos a un Pepe ilustre, en cuyo palacio pasamos siempre horas muy gratas: al duque de Valencia. Es el primer año que nos falta. Aún el pasado estuvimos allí en sus salones, que son museo, escuchando su charla encantadora. Pero en el presente, ayer, hemos ido a su palacio, cerrado por el luto, por la pena, por el duelo, y nos hemos limitado a dejar nuestra tarjeta con unas líneas. ¡Cuántas cosas recordamos en aquel momento en que nuestro lápiz escribía sobre la blanca cartulina! ¡Qué mandato tan tirano éste de la muerte contra el que no cabe alzarse, por fuerte que uno sea, por razón que uno tenga! Partió el coche y allá quedó la ducal residencia, toda cerrada, toda triste, la misma que se abría todos los años el día de San José para que entrasen por sus puertas la amistad y el cariño.

¿Dónde ¡vamos? ¿Adónde caminamos desde esta nuestra calle de la Princesa? Al otro extremo de Madrid, a la calle de Serrano, a su final, donde se alza un elegante palacete entre árboles hermosos que han estado a punto de llorar ante la enfermedad de su dueña, hoy, por fortuna, casi restablecida. Habrás adivinado, lector, que vamos a casa de los marqueses de Argüelles. La marquesa, aunque se llama siempre María, es Pepita, y una Pepita muy popular y muy querida.

Nuestro coche atraviesa el jardín bajo una lluvia pertinaz, y ante la escalinata de piedra se detiene.

Entramos.

La marquesa recibe; los salones están abiertos; las flores, en cantidad infinita, los adornan, y rodeada de todas sus hijas—que son otras flores y el mejor adorno de la morada—y de sus hijos y del marqués de Argüelles, saludamos a la bella marquesa, que envuelve el aire gentil de su figura vivaracha entre los bullones de seda de su *toilette*, color de las lilas.

—¿Restablecida, por fortuna?

—Todavía no; pero caminamos hacia ello—responde la dama.

—Con el ferviente deseo de todos sus amigos.

¡Cuánto regalo, cuánto! ¡Plata, porcelana, antigüedades, flores!... Y qué continuo entrar y salir de gente que acude a felicitarla.

—María, hija, mil felicidades.

—Mil felicidades, marquesa.

—Señora, acepte usted mi felicitación más sincera.

Y efusivamente, como es su carácter, respondía:

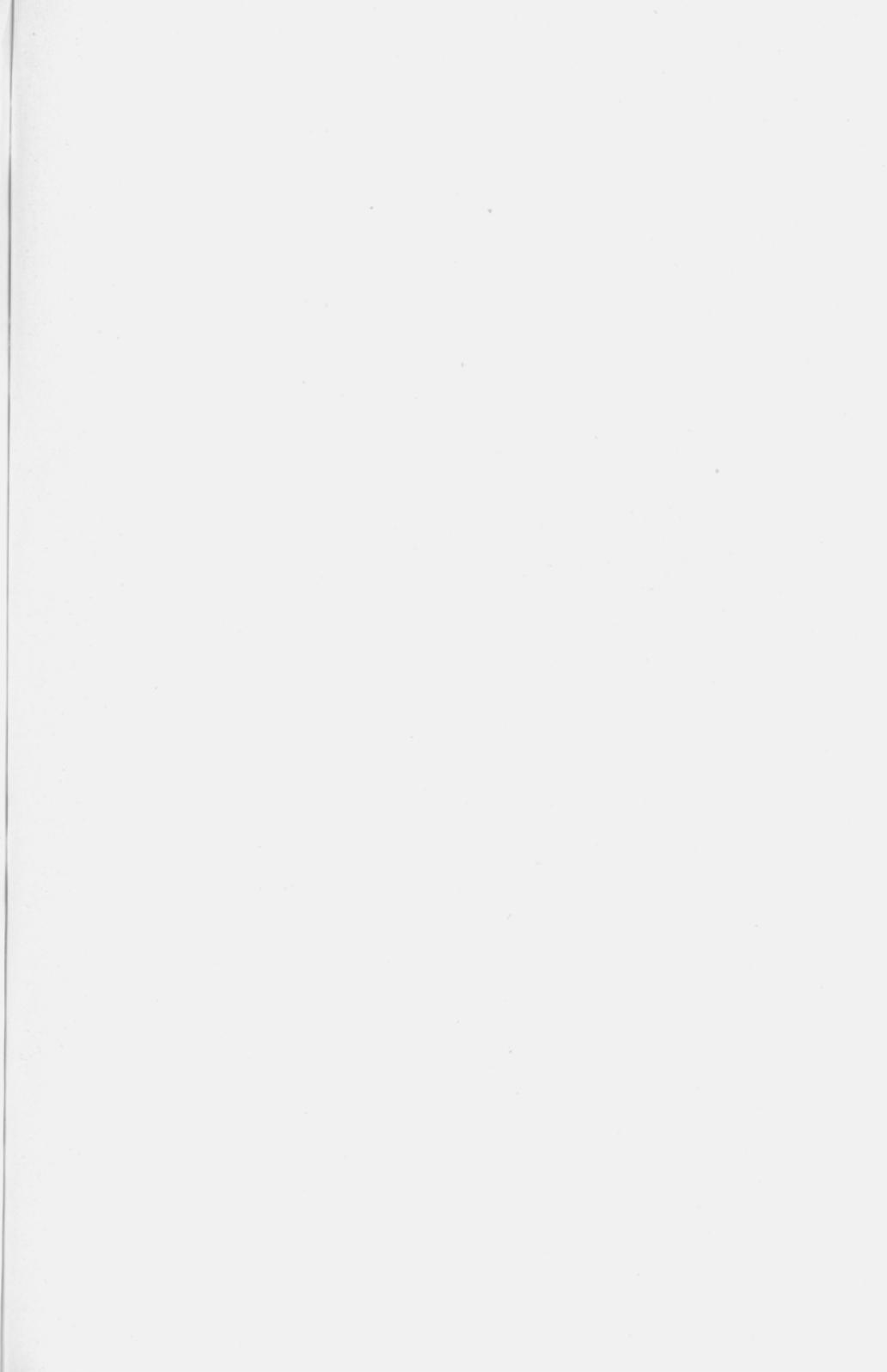
—Gracias, gracias, mil gracias.

*La Huerta* fué un jubileo; un *entra y sal* incesante de todos los elementos que integran—que deben integrar—la sociedad madrileña: Política, Aristocracia, Arte, Letras, Milicia...

—¿Y quiénes estaban en la *La Huerta* cuando en ella estuvo usted, señor cronista?—me parece que me preguntan.

—Pues verás, verás—respondo yo—. Vamos a hacer memoria.

Y recordamos unos nombres; el obispo de Madrid—y eso que también estaba de *días*, por cuyo motivo, como por el de haber sido nombrado asistente del Solio Pontificio, recibía muchas felici-





Señorita Pepita de Mendoza, hija de los condes  
de la Corte.

(Fot. Kaulak.)

taciones—; el ex presidente del Congreso señor González Besada, el ex ministro de Hacienda conde de Bugallal y sus dos bellas hijas, el gran Mariano Benlliure, el ilustre marinista Martínez Abades, que tiene en uno de los salones del palacio gallardas pruebas de su arte—¡oh, aquellos paisajes de Ribadesella!—; la marquesa de Caicedo, la señora de Suárez Inclán y sus lindas hijas, los señores de Palomo, los marqueses de Vista Alegre, la señora de Bermúdez de Castro y su sobrina la señorita de Quiroga, la marquesa de San Miguel de Hajar con la condesita de Sierrabella, la de Seijas con su hija Carmen, el ministro de la Guerra y la generala Luque, la señora de Linares-Rivas, Antonio de Hoyos, Escalera y la eximia escritora condesa de Pardo Bazán y su hija Carmen, en cuyo honor debemos celebrar un homenaje por su nombramiento de catedrática. El triunfo lo merece.

El comedor del palacio de los Argüelles era una preciosidad; aquella mesa, un primor; no había mantel; aparecía cubierta por un soberbio paño de tisú de oro, sobre cuyo fondo violáceo florecían áureas rosas; la vajilla era de oro, y de los grandes centros de plata—con que se adornaba la mesa—surgían bellas rosas de Francia. El conjunto era suntuoso.



¿Y desde *La Huerta*? ¿Y desde este palacio que nos recuerda los tiempos del gran Cánovas, adónde fuimos?

Pues fuimos, lector; fuimos, lectora, a casa de los señores de Sarthou. Este ilustre matrimonio, bueno entre los buenos, amable entre los más amables, cariñoso como muy pocos, se «quedó ayer en casa» para festejar a su sobrina Pepita de Mendoza y Montero de Espinosa, hija de los condes de la Corte, que, con su madre, la condesa, se encuentra de temporada en Madrid. Pepita de Mendoza o Pepita la Corte es una señorita encantadora. A su cultura, a su ingenio, a su inteligencia, se suma una natural belleza y una amabilidad que nos hacen decir, en justicia, que su trato, por oírla y por verla, es encantador.

Con los Sarthou, con la condesa de la Corte, con Pepita Mendoza, estaba la gentil marquesita de Selva-Alegre, hija de los dueños de la casa, a la que nosotros dedicáramos cuantos elogios se

merece si supiésemos que no heríamos la sincera modestia con que engalana su virtud.

—Cuénteme usted, señor cronista, esa recepción de los señores de Sarthou.

Y allá voy. Tuvo una nota artística. No fué sólo el entrar, el saludar, el conversar, el tomar una taza de té o saborear los manjares que se extendían en aquella gran mesa de aquel gran comedor, en el que brilla la plata repujada como el principal de sus adornos, no; tuvo la nota amenísima de escuchar cuantos allí estaban reunidos—y eran muchos—al singular Pepe Medina, ese artista original y *propio* que se hizo aplaudir en Apolo, que se ha hecho aplaudir en Romea, que ahora obtiene el aplauso del público en el teatro Benavente.

Y Pepe Medina, que ya ha trabajado—ha lucido sus habilidades, más bien—en algunas casas aristocráticas, las lució ayer nuevamente en casa de los ilustres señores de Sarthou. Y Santiago, y Barraycoa, y María Guerrero, y Fernando Mendoza en una escena de *La Malquerida*, y Carreras, y Ontiveros, y Garcia Valero, y Manzano, y Soriano, en una escena de *La mala sombra*, y Borrás en *Los semidioses...* y no sé cuántos más desfilaron ante el selecto concurso a través del temperamento artístico de este joven maquetista, que escuchó muchos y nutridos aplausos.

Los salones de los señores de Sarthou, en los que se ven algunos bellos cuadros antiguos y muchas lindas miniaturas que es fácil se exhiban en la próxima Exposición de los Amigos del Arte, estaban muy concurridos. Queremos recordar algunos nombres, y vamos a ver si lo conseguimos:

Vimos en ellos al ministro de Instrucción pública y a la condesa de Torre-Mata, su esposa; al ex ministro don Amalio Gimeno y la suya, a la condesa de Romanones, esposa del jefe del Gobierno; al señor Sanz y Escartín, ex gobernador de Madrid, y su esposa, la condesa de Lizárraga; al ex ministro marqués de Pilares, al ilustre autor de *El nudo gordiano*, don Eugenio Sellés, marqués de Gerona, y sus bellas hijas; generales y generalas Mille y Casanova, general Borbón, la esposa del gobernador de Barcelona y las lindas señoritas de Suárez Inclán, don Juan Ortueta y sus bellísimas hijas, duquesa de Medina de Rioseco, señorita de Ugarte, general Villar y Villate, su señora y su hija.



Señorita Beatriz de Mendoza y Esteban, marquesa de Selva-Alegre.

(Fot. Kaulak.)



El señor y la señora de García Molinas y su hija, el vizconde de Amaya y los suyos, los señores de Dahlander, la señora de Sáinz de Vicuña y la señorita de García Prieto, la señorita de Bernaldo de Quirós y su hermana la marquesa de Santiago, la marquesa de las Atalayuelas y su hija la señora de Bayo, la de Seijas con su hija, la de San Miguel de Híjar, la señora de Oruña, la de Villanova, las señoritas de Reynoso, Santana y Despujol; las marquesas de González e Hinojosa, las condesas de Fuente Blanca, Saceda, Pardo Bazán y su hija la señorita de Quiroga; los marqueses de Ugena, los de Peñafiel, el duque de Béjar, los condes de Luna.

—¿Cuándo ha llegado usted, marquesa?—le decían a la de Villamediana.

—Hoy mismo, en el expreso de Barcelona.

—Pues entonces... bien venida.

Más nombres: los marqueses de Torrelaguna y la señorita de Oñate, la duquesa de Noblejas, los condes de Mayorga, los de Villamonte, la marquesita de Espinardo, la señora y señorita de Barroso, esposa del ministro de Gracia y Justicia; la de Rodrigáñez, los marqueses de Camarena, los señores y señoritas de Cejuela, González-Conde, Luca de Tena, Oliva de Gaytán, Palomo, Roda, Bárcenas, Ceballos, La Cierva, Vázquez de Zafra, Celis, Linares-Rivas, García Loygorri y Casal, además de madame Horigoutchi, la esposa del encargado de Negocios del Japón.

Mariano y Juan Antonio Benlliure, Prast, Hoyos, Groizard, Vincenti, Cobián y Fernández de Córdoba, Ochoa, Castelló, Gayarre, Angulo, el marqués de Dos Fuentes, el de Mondéjar, Eloy Bullón...

El ministro de Instrucción pública, señor Burell, y el ex ministro señor Navarro Reverter conversaban a solas en un ángulo de la galería cuando Pepe Medina iba a comenzar en el salón su monólogo *Monomamia teatral*.

—¿No vienen ustedes a escuchar el monólogo?

—En cuanto se acabe el diálogo—replicó rápido don Juan.

Fué una bella fiesta.



Otro agradable té hubo en casa de los señores de Gamero Cívico (don García), hijos del conde de las Atalayas.